

Weird Review

Número 4 | Abril 2024

REVISTA DE GÉNERO FANTÁSTICO
Ciencia ficción, fantasía, weird fiction, terror y cuento fantástico.

ISSN L 2953-3031



ARTÍCULOS:

María Pérez-Talavera
José Luis Monroy Antón

ILUSTRACIONES/ FOTOGRAFÍAS:

Kanek
Carlos Suárez
Adelyn Ayarza
Jaidy Gómez
Enrique Ortega
Juan Gálvez
María Herrera
Kathy Pérez
Daniella Meléndez
Ashely Nicole García
Geordan Espinoza

RELATOS:

Lina Calvit
Cheri Lewis
Enrique Jaramillo Levi
Elpidio González
Edgar A. Ortega
Ricardo Hernández Pereira
Javier Garrido Boquete
Ignacio Prados
Luis Fraga Lo Curto
David Natera
Jean Paul Vizuet
Igor Rodtem
Wendy Barsallo
Anaís Ornelas Ramirez
Karen Simental
Dana Belén Baioni
Abigail Guerrero
Eliseo Monterrey
Ana Vázquez de la Torre
Francisco Camps Sinza
Juan Manuel Montoro

Revista Weird Review N° 4

Cuarto número: abril 2024

ISSN: L 2953-3031

Consejo editorial:

Yoselin Goncalves

Leyles Rubio León

Ameth Valencia

Portada:

Juan Gálvez

otras imágenes:

www.shutterstock.com/

www.revistaweirdreview.com

Email: info@revistaweirdreview.com

Sobre Derechos de Terceros: En la revista WEIRD REVIEW se respetan los Derechos de Autor y la Propiedad Intelectual. Todos los autores tienen el derecho de sus obras. De igual forma se prohíbe la publicación de material protegido por derechos de copyright.

WEIRD REVIEW es una publicación gratuita. Queda prohibida la reproducción total o parcial de su contenido sin expreso deseo de sus autores, de los responsables de la revista o, en su defecto, sin citar la fuente original. Las imágenes utilizadas en los contenidos no pretenden infringir la propiedad de sus autores, solo ilustrar el contenido de los artículos.

Índice

3. Nota de la editora
4. Fotografía (El extraño) - Juan Gálvez
5. Las cucarachas - Elpidio González
10. Ilustración (Manto abismal) - Ashely Nicole García
11. Darse cuenta - Enrique Jaramillo Levi
12. Por los ciclos de los siglos - Cheri Lewis
15. Fotografía (Convento Capuchinas) - Carlos Suárez
16. Ala rota - David Natera
17. El canto del Colibrí - Dana Belén Baioni
19. Blanca sangre - Francisco Camps Sinza
22. Ilustración (Reflejo del alma) - Jaidy Gómez
23. Teoría de los Universos Fecundos - Anaïs Ornelas Ramirez
28. Ilustración (The girl with butterfly wings) - Adelyn Ayarza
29. Tentáculos - Karen Simental
31. En el santuario aguarda la bestia - Lina Calvit
35. Ilustración (Hada de las pesadillas) - Kanek
36. La enantiomorfosis - Juan Manuel Montoro
39. Transición - Wendy Barsallo
42. The fall - Daniella Meléndez
43. Reliquias - Ignacio Prados
45. Ilustración (Legendas de vida y muerte) - María Herrera
46. La noche del jaguar - Abigail Guerrero
49. Magdalena una vez escribió una historia - Edgar A. Ortega
52. Una teoría sobre el trabajo - Luis Fraga Lo Curto
54. Un tipo debajo de la cocina - Ricardo Hernández Pereira
57. Ilustración (Al - Bloody Sacrilege) - Kathy Pérez
58. La horma del zapato - Javier Garrido Boquete
62. Ilustración (Diablille) - Enrique Ortega
63. Implosión - Ana Vázquez de la Torre
68. Ilustración (Cybell) - Geordan Espinoza
69. Divergencia - Igor Rodtem
72. Retoño - Jean Paul Vizueté
76. Certificado de defunción - Eliseo Monterrey
79. Urdimbres de realidad y ficción - María Pérez-Talavera
83. Paul Naschy: El rey del fantaterror - José Luis Monroy Antón



Nota de la EDITORORA

Hay espacios en los que pertenecemos. A veces, esos espacios son oscuros, extraños, sangrientos, distópicos o fantásticos. No importan los monstruos que ahí habitan porque nuestra convivencia con ellos se convierte en lo habitual. No olvidemos que la vida es impredecible y caótica. Lo cotidiano siempre encuentra la manera de manifestarse en lo extraño.

Stephen King dice en su libro *Danza Macabra* que el buen cuento de horror avanza bailando hasta alcanzar el centro de su vida y encontrará la puerta secreta a esa estancia cuya existencia creía usted que nadie más conocía. Lo que nos aguarda, ya saben, al otro lado de la puerta.

Los monstruos en la ficción no existen, pero parecen tener consecuencia en el público real. Lo desconocido siempre nos inquieta, pero también nos atrae.

El presente número de *Weird Review* ofrece en su sección de *Relatos* a distintos artistas panameños tales como: Enrique Jaramillo Levi, Cheri Lewis, Elpidio González, Lina Calvit, David Natera, Jean Paul Vizuete, Eliseo Monterrey y Wendy Barsallo. También participan los siguientes artistas internacionales: Dana Belén Baioni desde Argentina. Anaïs Ornelas Ramírez, Karen Simental, Abigail Guerrero, Ana Vázquez De La Torre desde México. Juan Manuel Montoro desde Uruguay. Ignacio Prados, Igor Rodtem desde España. Edgar. A Ortega, Luis Fraga Lo Curto, Javier Garrido Boquete desde Venezuela. Ricardo Hernández Pereira desde El Salvador.

En la sección *Ilustraciones/fotografías* presentamos a los artistas panameños: Juan Gálvez, Ashely Nicole García, Carlos Suárez, Jaidy Gómez, Adelyn Ayarza, Kanek, María Herrera, Kathy Pérez, Enrique Ortega y Geordan Espinoza.

En *Artículos* presentamos desde Venezuela a María Pérez-Talavera con su análisis sobre la obra de Enrique Jaramillo Levi; *Urdimbres de realidad y ficción*. Con lo significativo del cine de horror, José Luis Monroy Antón desde España nos analiza el talento de *Paul Naschy: El rey del fantaterror*.

En cierta manera, lo que se encontrarán en nuestro cuarto número es la forma más gratificante de evaluar lo extraño. Lo que vivimos y nos marca, lo que soñamos y lo que para algunos se manifiesta en la cotidianidad del horror.

Dejando a un lado la cháchara del género... Tengo que hacer un paréntesis para darles las gracias por el apoyo que hemos recibido. Esta revista no existiera si no fuera por ustedes.

Simplemente gracias.

Yoselin Goncalves



Juan Gálvez

El extraño

Esta fotografía simboliza nuestros más profundos pensamientos. Cuando estamos solos, nos convertimos en algo extraño.

LAS CUCARACHAS

POR: ELPIDIO GONZÁLEZ

PANAMÁ

Habían dejado las tazas vacías sobre la mesa durante un buen rato, y aún permanecían demasiado pulcras. Cosa extraña. En tierras tan tropicales y rebosantes de insectos, que un zurro de café y de azúcar se mantenga immaculado de hormigas es casi imposible.

Su tía fumaba un cigarrillo mirando la película del mar que se proyectaba en la puerta corrediza. Había silencio, pero las imágenes de afuera sugerían una brisa tormentosa y ondulante, y un poco de olor a sal. «¿Qué tanto le miras a esas tazas, Raúl?». Respondió como saliendo de un sueño, una frase ininteligible, inútil, que no vale la pena. No se encontraba con una persona lo suficientemente íntima como para hablar de detalles. Le preguntó por la marca de la vajilla y volvió a elogiar el café. Ella inició una comparación insípida entre los cafetales del Quindío y los de las tierras altas de Chiriquí. Sin prestarle atención y respondiendo con monosílabos a cada una de sus pausas, él seguía pensando en las tazas pulcras. Después de un par de minutos, se extrañó de escuchar un suculento camarón al ajillo en una conversación sobre café. Al parecer, en algún momento, su tía se las había arreglado para enlazar los cafetales con su viaje en crucero por las Antillas. Formidable ilación de ideas, se dijo a sí mismo. Extrañó su hogar, la indolencia, el letargo y el silencio de palabras vivas de su apartamento. Apresuró la conversación y, luego de despedirse negligentemente, prometiendo una futura visita, salió a la calle y caminó cabizbajo hacia la terminal de buses.

En el trayecto de vuelta a la ciudad se la pasó cuestionándose si había o no había insectos en su casa. Recordó que todas las mañanas debía lavar el tubo de pasta de dientes, porque siempre amanecía cubierto de hormigas. Pero, ¿qué tan grandes serían los insectos de su apartamento? ¿Qué tan agitada era su cocina cuando nadie estaba mirando?

En el momento en que Raúl llegó a su casa, ya era de noche. Dejó apagadas las lámparas y esperó sentado en el comedor unos quince minutos. Luego se levantó, se acercó a pasos lentos a la cocina y encendió una linterna de mano, apuntándola hacia el fregador. Pequeñas criaturas color de caramelo se perdieron en un relámpago. Sobre el azúcar cristalizado de un vaso en que había preparado un poco de leche con chocolate, deambulaban hormigas veloces en batallones exactísimos. Las últimas fuerzas de la resistencia. Recordó una película sobre la segunda guerra mundial y después otra que trataba de un apocalipsis zombi. Fue incapaz de rescatar en su memoria el título de alguna de ellas. Como no era muy propenso a sentir asco, apagó la linterna y dejó que esas pequeñeces pululasen entre sus migajas.

El edificio en que vivía, visto desde el aire, puede describirse como un cuadrado incompleto, como una especie de C acostada y muy puntiaguda. Por dicha razón, la ventana lateral de su dormitorio se encontraba frente a la ventana lateral de otro dormitorio del mismo piso, que siempre le había parecido desocupado. Cuando apagó las luces esa noche, con la intención de acostarse a dormir, notó

una inusual claridad en su habitación. Tenía la costumbre de mantener las cortinas abiertas en todo momento. La luz adicional provenía del dormitorio vecino. Parecía que esa noche tendría que renunciar a su costumbre. Cuando se aproximó a la ventana, vio que en el cuarto paralelo al suyo se distinguía el brazo de una cama para enfermos. Supuso que era una cama para enfermos, porque aquella estructura era idéntica a la de las camas de hospital, especialmente diseñadas para que los enfermos, al darse la vuelta, no caigan al piso. Se puso de puntillas para intentar divisar al paciente. Inútil. La cama estaba demasiado pegada a la pared. Solo era visible una pequeña porción del colchón cubierto con sábanas blancas. Estaba cansado y no tenía demasiado interés en descubrir a un anciano raquítico o a una vieja chupada hasta los huesos. No creía que ver a alguien en estado vegetal fuese un buen preámbulo para el sueño. Le vendrían a la mente las papas fritas, los chicharrones y las innecesarias horas de insomnio que lo predisponían para un derrame. Así que corrió las cortinas y se zambulló en su colchón con un salto de delfín.

Despertó cuando el abanico comenzó a arrojar oleadas de aire caliente y bochornoso. La luz le hirió los ojos enrojecidos. Las cortinas estaban descorridas y el sonido del mundo se colaba hasta sus oídos. Pero, ¿por dónde? Se levantó y examinó la ventana. Estaba ligeramente abierta, lo suficiente para que cupiera una mano en la rendija. Debía haberse despertado en medio de la noche, quizá con un poco de calor, y seguramente abrió las cortinas y también la ventana para que entrara algo de brisa. Pero definitivamente no lo recordaba.

Luego de la lucha habitual con las ganas de volver a la cama que siempre tenía lugar en el lavamanos, se dirigió a la cocina, con la mente fijada en el plato de cereal que habitualmente se servía en las mañanas. Cuando escudriñaba entre los trastes en busca de un plato hondo, advirtió que una cucaracha lo aguardaba bocarriba sobre el mostrador de granito, entre los frascos de sal y de azúcar. Estaba visiblemente muerta, pensó, evocando

una novelita de vaqueros. ¿Cómo carajos se las había arreglado para morir a la intemperie y no dentro de un hueco húmedo y lleno de aserrín? En su casa no existía ni el más inofensivo pesticida, así que esa cucaracha había muerto de causas naturales. Naturalmente desconocidas. Pero tenía demasiadas ganas de desayunar como para pensar en otorgarle justicia a la difunta camarada cucaracha. A pesar de su apetito, el crujido de las hojuelas de cereal le provocó una sensación desagradable.

Ya no existía el riesgo del insomnio. Se asomó por la ventana de su cuarto hacia el dormitorio vecino, para lograr tener aunque fuese un leve vistazo del paciente que ocupaba esa cama de enfermo. Intentó de puntillas una vez más, pero no logró nada. Tomó una silla del comedor y la arrastró hasta su habitación. Se encaramó en ella y comprobó con sorpresa que la cama estaba vacía. ¡Tanto alboroto para eso! Ya hasta se había imaginado a una vieja retorcida, con la boca abierta y los ojos perdidos en el techo, vestida con una bata blanca estampada de flores lilas. Fijándose bien, notó que las sábanas estaban un poco arrugadas y tenían varias manchas amarillentas. Podían suponerse muchas cosas. Esperó. Mientras aguardaba, se le ocurrieron tres posibilidades razonables. Era un enfermo y lo habían ido a bañar. Era una persona sana que daba muchas vueltas sobre el colchón por las noches. Era un anciano que tal vez acababa de morir.

La espera se hacía larga. Cuando Raúl contempló el sol en el centro del cielo, no pudo reprimir un bostezo de hambre y pesadez. Nadie había vuelto. Las sábanas permanecían arrugadas y vacías. La primera posibilidad parecía descartada definitivamente. Fue a la cocina, pensando en un poco de helado de chocolate con almendras. Media cucaracha yacía entre la sal y el azúcar. Habría jurado, incluso bajo tortura, que mientras comía su plato de cereal en la mañana, una cucaracha entera descansaba en paz sobre su mostrador. De algún modo, en unas cuantas horas, se había convertido en media cucaracha. No había ejércitos de hormigas cerca que pudieran ofrecer una explicación.

El corte en la mitad del abdomen era casi una media luna, como un mordisco. Quedaban intactos el pecho, sus dos patas delanteras, la cabeza y sus antenas delgadísimas. Un sonido idéntico al crujir del pan tostado se prolongó en su mente como el ruido de la lluvia sobre el techo. Se comió dos tazas de helado y volvió a la habitación.

En el cuarto contiguo, las sábanas seguían vacías y revueltas. Resultaba agotador permanecer de pie sobre la silla que había dispuesto en la ventana, y se le ocurrió usar un espejo. Tomó el de cuerpo entero que había en el baño, unas sogas viejas que se pudrían en una gaveta de su clóset y aplicó los únicos conocimientos útiles que había conseguido aprender en su vida: la sumatoria de las fuerzas y los sistemas de poleas. Suspendió el espejo de tal modo que pudiera observar lo que sucedía en la otra cama desde cualquier punto de su cuarto. Se acostó con la cabeza erguida en la almohada, prometiéndose no dormir. Las sábanas blancas seguían quietas en el espejo.

Bostezó unas cinco veces antes de caer rendido por el sueño. Caminó por una galería cuyas paredes eran recorridas por estantes que tendían al infinito y que se alargaban hasta el centro de la distancia. Cada estante servía de soporte a una hilera incontable de frascos de cristal. En los frascos, vistos desde lejos, se distinguía un color verde traslúcido en el que flotaban pequeñas criaturas blancas. Eran fetos conservados en formalina. Se acercó a uno de ellos. Tenía los ojos negros y vacíos, como dos pozos incrustados en la cara. Una especie de mueca o sonrisa a medias le torcía la boca. Raúl acercó su rostro para apreciarlo mejor. No podía dejar de mirarlo. El feto abrió los brazos y las piernas, como despezándose luego de un largo sueño. Un sonido de cristales estallando le rompió los oídos. El sabor a alcohol y a carne rancia y áspera lo despertó de un salto. Se levantó, corrió hacia el lavamanos y bebió agua del grifo, pero no pudo evitar las primeras arcadas ni el vómito crema y abundante que siguió después.

Se recuperó en unos cuantos minutos. Lo único que recordaba del sueño era el sabor nauseabundo en el paladar. Había que comer algo y sepultarlo,

olvidarlo, extinguirlo. Se sintió liviano y ágil cuando caminó hacia la cocina. El crepúsculo entraba por las ventanas de la sala en ininterrumpidas olas azules. No había suficiente luz y encendió la lámpara de la cocina. Tardó varios segundos en comprender que cinco cucarachas lo miraban bocarriba en el centro del piso. Tres estaban comidas a la mitad, con ese mordisco que ya conocía bastante bien. Las demás solo yacían inmóviles. Buscó en vano el medio cuerpo de la cucaracha que había dejado sobre el mostrador unas horas antes. Miró hacia su habitación y sintió la frenética necesidad de correr y contemplar el espejo. Pero estaba aterrado. Permaneció estático entre su habitación y la cocina por un momento incalculable. Lo venció la curiosidad. Ya había logrado serenarse un poco.

Cuando entró al cuarto, el espejo devolvió la imagen de unos objetos cuadrados de color chocolate sobre las sábanas blancas. Después de la perplejidad, se encaramó en la silla para observar mejor. Distinguió unas grandes cajetas de cartón que parecían estar repletas de esas pertenencias mínimas que no olvidamos en las mudanzas. Usó la misma silla para sentarse y pensar. Él vivía en el sexto piso y, según sus cálculos, el apartamento que miraba debía ser el 6 C. Volvió a la cocina y miró hacia donde estaban las cucarachas, como para certificar su existencia. Comprobarlas ahí lo decidió a realizar la visita impostergable.

Mientras caminaba por el pasillo, hacia la puerta que buscaba, meditó la forma de abordar a quien abriera. Concluyó que la sinceridad total era lo más apabullante y súbito, y que, por consiguiente, la honestidad solo podía obtenerse a través de un ataque sin artilugios ni dobles intenciones. No tuvo que esperar por mucho tiempo luego de tocar la puerta. Le abrió una señora bajita, de pelo negro y lacio, formas rebosantes y semblante santurrón. Había un halo de beatitud en ese prototipo de ama de casa cuarentona.

—Buenas noches, ¿hay un enfermo en su casa?

—¿Cómo dice, señor?

—Pregunto si hay un enfermo en su casa, un anciano o un encamado.

Se quedó mirándola obsesivamente, sin una expresión

discernible en sus rasgos, de la manera en que miran las vacas y las ardillas.

—No... no sé de qué me habla, señor. No sé. ¿Quién es usted?

No evitó la sonrisa que le vino a la cara. Se marchó agradeciéndole desganadamente a la señora, que conservaba una expresión de perplejidad. Raúl solo paró de sonreír cuando entró a su apartamento, con la satisfacción de que el asunto estaba saldado. Era una noche de victoria. Una noche de Victoria. Lo repetía en la mente como si de verdad le hubiera divertido alguna vez jugar con las palabras. Barrió los restos de cucarachas que habían quedado esparcidos en el piso de la cocina y los depositó en la basura. Fregó los trastes acumulados de la semana y luego recorrió cada rincón del apartamento con un trapo húmedo en sus manos, limpiando cualquier asentamiento de polvo. A las mujeres les encanta esa combinación de pulcritud y limpieza en los detalles, pensó, y de instinto y frenesí en todo lo demás.

Sacó de la despensa un paquete de macarrones y agradeció por esa media libra de carne molida que guardaba en el congelador para un momento oportuno. Cuando la salsa de la carne espesó, tomó el teléfono y marcó el número de Victoria. Hacía mucho que no se alegraba tanto de escucharla. Esa voz seguía siendo aquel gemido desafinado que siempre le abultaba los pantalones. Incluso por teléfono. Después de que ella le confirmó que lo visitaría en un par de horas, Raúl colgó y recordó el detalle que restaba. Se dirigió a la habitación y apartó todos los obstáculos del suelo. Tiró el colchón doble de su cama en el piso, de tal manera que quedara bajo el espejo que seguía amarrado. Desarrugó las sábanas y colocó más almohadas de las habituales. Luego se acostó y miró su rostro en el espejo, la barba incipiente y caótica, los ojos levemente hinchados por el descanso suficiente. Y sonrió.

Seguía sonriendo cuando sonaron unos nudillos finos en la puerta. Como de costumbre, Victoria llegaba antes de lo convenido. Se saludaron con un beso coqueto y sonoro en las comisuras de la boca. Se sentaron en las sillas del comedor y comenzaron

a preguntarse las simplezas que siempre sirven para iniciar una conversación cualquiera. Luego de unos minutos, Raúl sirvió la comida, que fueron degustando entre diálogos menos insípidos. Al terminar, Victoria insistió en que lavaran los platos juntos. Mientras ella restregaba la vajilla con la esponja, al mismo tiempo comenzó a rozar con sus caderas los muslos de Raúl. Él la tomó por la cintura y la besó primero en el cuello, recogiendo el cabello hasta llegar a los labios. Dejaron los platos a medio fregar y el grifo derramando un hilillo cristalino de agua. Ella lo llevó de la mano hacia la habitación. Cuando entraron, quedó extrañada al ver un espejo tan grande colgando del techo. Se dio cuenta del colchón tirado en el piso y entonces miró a Raúl con una media sonrisa en los labios y una sonrisa completa encendida en los ojos.

Aquí es donde resulta imprescindible la descripción de Victoria.

Llevaba un vestido azul oscuro estampado de pequeñas bolitas blancas que le llegaba hasta unos cuantos centímetros por encima de sus rodillas. El vestido se deslizó desde sus hombros hacia el suelo como derritiéndose, como cincelandó su cuerpo. Su cabello rubio, con alargadas regiones de castaño claro, caía como un pedazo de luz hasta la altura de sus codos. El cabello terminó siendo un remolino de sudor y de caricias entre sus cuatro manos. Sus labios brillaban en su rostro con el color del café por cosechar. Los labios se apagaron en una áspera barba de dos días. Sus senos, del tamaño exacto de una mano a medio empuñar, acababan en dos pezones de caramelo traslúcido. Sus muslos, su ombligo solitario y persistente, sus manos puntiagudas, sus brazos abarcables en un puño... todo se abrió exhalando un perfume de brisa cargada de lluvia. Todo se repitió en un universo invertido por encima de sus cabezas.

Cuando una respiración regular y susurrante le anunció que Victoria dormía, Raúl se lamentó, como siempre, de no haber muerto bajo el cuerpo que unos minutos antes se contorsionaba sobre él. La lámpara había permanecido encendida todo el rato. Raúl bostezó y se levantó a apagarla. Volvió al colchón y se acurrucó abrazando la espalda quieta de Victoria.

Durmió sin sueños y despertó casi una hora después, con una sed insoportable. Victoria se había volteado y dormía bocarriba, profundamente. Raúl se incorporó, estiró los brazos, dio un largo bostezo que amenazó con desencajarle la quijada y fue a buscar un vaso de agua. El apartamento era un cúmulo de oscuridad atravesado por sedosos rayos de luna llena que se filtraban desde la ventana. Cuando pisó el suelo de la cocina sintió que una masa frágil y crujiente se resquebrajaba bajo sus pies. La boca se le llenó de saliva. No quiso encender la luz. Cada uno de sus pasos tenía el sonido de la hierba seca quebrándose bajo unas botas de caucho. Tomó medio vaso de agua. No quiso encender la luz. Sentía pequeños pedazos de algo viscoso adheridos a las plantas de sus pies. Encendió la luz. El piso era de un color caramelo oscuro que yacía inmóvilmente multitudinario y bocarriba.

Apagó la luz y todo se esfumó, lo olvidó todo. Pero persistía esa sensación de viscosidades aplastadas en sus pies. Regresó al cuarto y lo seguía el sonido de la hierba seca. Sintió un sabor metálico en su paladar, como de náuseas, de dolor en la boca del estómago. En la habitación, un rayo de luna que penetraba en la oscuridad le permitió distinguir los senos de Victoria. Únicamente los senos. Se acercó al colchón. El rostro no estaba, las piernas no estaban. Solo los senos y el abdomen, que bajo esa luz de oro despedían un color sepia, como de fotografía antigua. Absorto, embebido, petrificado, apenas notó cuando los pezones comenzaron a temblar y a moverse, y luego a desenroscarse, y por último a arrastrarse con el andar inequívoco y relampagueante de las cucarachas. Bastó un parpadeo para que el mundo, de innumerables colores y escalas, se redujera al sepia llano e infinito de la piel de Victoria.

Un grito de mujer, lejano y sin fin, le creció en los oídos. Sintió que algo tibio le empapaba las mejillas y la piel alrededor de la boca. Olía a sangre. No podía dejar de masticar, y en cada mordida, un sabor a sal y hierro crujía entre sus dientes. Algo pesaba sobre su cabeza. Como una mirada hueca que sonreía en el espejo. Como dos pozos incrustados en una cara que sonreía.





Ashely Nicole García

Manto abismal

Se dice que la naturaleza oculta la verdad a través de fenómenos.

Se rumorea que un marinero navegando en el mar siniestro, visualizó a lo lejos una botella con un manuscrito en su interior, al tenerla en sus manos leyó el siguiente texto:

“Ya no había tiempo... me precipité en la oscuridad y el horror se encontraba tras de mí, sus fauces congelaban mi alma, sentía mi piel desgarrarse, un rugido pútrido, un aliento nauseabundo y mi cuerpo yacía en su regazo. No volví a ver la luz.”

Aquel marinero desapareció, su cadáver jamás fue encontrado. Dice la leyenda que todo aquel que leía este manuscrito desaparecía en el mar de manera misteriosa.

DARSE CUENTA

POR: ENRIQUE JARAMILLO LEVI

PANAMÁ

Para Yoselin Goncalves, que sabe de extrañezas.

No son pocas las veces en que confundí de tal manera las cosas, que el frío y el calor se me hicieron igualitos y yo temblaba de emoción con ambos al principio y al final de la jornada sin saber dónde me encontraba ni por qué. Y es que la emoción bullía precisamente al no entender la diferencia como todo el mundo, acaso porque ignoraba que existía tal diferencia y creía que no era más que extraño modo de seguir en el mundo... En realidad, darse cuenta de todo y de nada como una misma cosa neutral resultaba de lo más maravilloso. Acaso por ello no me resultó extraño descubrir hace un momento que entrar y salir de los espejos todo este tiempo que llevo así es mucho más que una simple habilidad, como lo es ser completamente invisible de día y brutalmente visible por las noches cuando en la oscuridad de alguna habitación muerdo y chupo el delicado cuello de alguna virgen haciéndola gozar como nunca antes lo creyó posible mientras me deleito deglutiendo el fluir de su rica sangre.

Querétaro, México, 18 de febrero de 2024

POR LOS CICLOS DE LOS SIGLOS

POR: CHERI LEWIS

PANAMÁ

Cansados de los políticos corruptos, la injusticia y la impunidad, los habitantes de Urbastengüen optaron por nombrar como alcalde a un vampiro. Al momento de la votación, obtuvo una mayoría absoluta.

El conde Vasilisco había llegado caminando desde Verèguiston en el año 1357. Pasó por el pueblo cargando su ataúd a cuestas y se instaló en un viejo castillo abandonado sobre una montaña cercana. Eso les había gustado. Un ser capaz de recorrer cientos de kilómetros a pie, con un sarcófago sobre sus hombros, les parecía admirable y, según ellos, todo lo que pudiera admirarse les era digno de confianza. Se decía que pertenecía a una familia noble, aunque no existían papeles que certificaran su ascendencia ni su edad.

Desde su llegada, el conde Vasilisco se había comportado como un ciudadano ejemplar: pagaba sus impuestos a tiempo, no hacía bulla ni se metía con nadie. Salía poco. De vez en cuando bajaba al mercado a comprar pan o alguna otra cosa y, cuando lo hacía, era respetuoso, amable y de modales gentiles.

En los más de trescientos años que tenía de vivir en el pueblo nunca se registraron ataques de su parte, por lo que habían descartado que se hubiese mudado con la intención de hacerles daño.

El vampiro se enteró de que había sido nominado al puesto cuando ya lo había ganado. La muchedumbre subió con antorchas el camino empedrado hasta la entrada del alcázar para darle la noticia. Estuvieron tocando a la puerta durante un largo rato hasta que, al fin, observaron un movimiento en la cerradura. Con lentitud, la silueta

larga y encorvada del conde Vasilisco se abrió frente a ellos. Apareció envuelto en su capa de terciopelo que le cubría desde el cuello hasta los pies. Avanzó unos cuantos pasos. Los aldeanos retrocedieron en igual medida. El exalcalde, un hombre avaro y cobarde de apellido Jenkinstenkins, nervioso y con voz temblorosa, estiró un antiguo pergamino y leyó en voz alta los deberes y derechos del oficio. Mientras leía, el vampiro lo miraba de arriba abajo y luego posó sus ojos sobre la multitud que lo acompañaba. Cuando el viejo Jenkinstenkins terminó su lectura, el conde reflexionó por algunos minutos y anunció que estaría dispuesto a aceptar el cargo con una única condición: que la ejecución de los sentenciados a muerte fuera que él les chupara la sangre.

El desconcierto reinó entre los presentes. Para calmar la conmoción, el vampiro pidió la palabra. De forma serena y pausada, procedió a detallar las razones de su demanda. Empezó señalando que entre los métodos más comunes de la época —la horca, la hoguera y el desmembramiento—, una mordedura en el cuello le parecía, en todo caso, el castigo menos bárbaro. Advirtió, además, que para un criminal no existe gran diferencia entre padecer una muerte u otra. Al final, el resultado vendría a ser el mismo. Recalcó, también, el hecho de que esta condena se aplicaría únicamente sobre aquellos que osaran desafiar el orden público. «¿Por qué les asusta un castigo que será aplicado solo a los delincuentes? Quienes vivan cumpliendo con los mandatos de la ley no tienen nada que temer», aseguró.

Al escuchar al vampiro hablar de esa manera, la

muchedumbre encontró cierto grado de razón en sus motivos. Mientras debatían al respecto, el conde manifestó que no tenía necesidad de percibir el salario que le correspondía como alcalde, por lo que estaría dispuesto a donarlo para obras a beneficio de la comunidad.

Con esa declaración, el panorama lucía menos siniestro. No hacía mucho habían recibido un decreto real que les obligaba a pagar más impuestos, con el supuesto fin de efectuar mejoras en un puente. Era tanto lo que debían retribuir a la corona que a muchos se les hacía preferible que les chuparan la sangre a que les siguieran chupando sus ahorros.

La multitud estuvo de acuerdo con la petición del vampiro y accedieron a que la nueva condena fuera incluida en la legislación de Urbastengüen.

Así, el conde, con sus dedos pálidos y huesudos, recibió de Jenkinstenkins los documentos oficiales que lo hacían acreedor al cargo, junto con una placa dorada de metal en forma de estrella, que le fue colgada en el pecho. El vampiro se despidió con una reverencia y cerró la puerta.

Los urbastengüenenses permanecieron inmóviles afuera del castillo, aún consternados con lo que acababa de ocurrir. Una brisa helada sopló con fuerza y apagó la mayoría de sus antorchas. Como presintiendo que un peligro los acechaba en la oscuridad, se apresuraron a regresar a sus casas. Esa noche las calles estuvieron vacías.

Al amanecer, los ciudadanos volvieron a poblar las avenidas, aunque con una cautela mayor a la habitual. Así estuvieron por algunos días, en los que no se registraron crímenes. El conde Vasilisco tampoco fue visto en el poblado.

Con el paso del tiempo, los urbastengüenenses se fueron relajando y retornaron a sus antiguas costumbres, ya sin tanto temor a una represalia repentina.

La primera disputa se dio en una taberna, varias semanas después. Dos hombres se agarraron a golpes y uno terminó matando al otro con un hacha. En el juicio, el asesino fue declarado culpable y condenado a morir esa misma tarde. Lo trasladaron a la plaza donde se llevaban a cabo las ejecuciones.

El reo, en medio de la tarima, con sus manos y pies atados a un mástil, fue el primero en avistar al vampiro. Sus gritos alertaron al resto de la concurrencia, que se había congregado en los alrededores. El conde Vasilisco se aproximaba con rapidez, envuelto en su capa negra. La estrella de alcalde prendida en su torso destellaba desde lejos con el resplandor de los últimos rayos de sol. Era tal la velocidad con la que se acercaba que muchos pensaron que venía volando.

Al llegar a la plaza, el conde subió a la tribuna y soltó las ataduras del acusado, quien cayó de rodillas, suplicando perdón. «Levántate», indicó con voz grave y firme. Tan pronto el condenado obedeció, el vampiro se abalanzó sobre su presa, le clavó sus colmillos en el cuello y lo inmovilizó, envolviéndolo en su capa. Durante algunos minutos, los alaridos de aquel hombre eran lo único que se escuchaba en la plaza y sus inmediaciones. Sus gritos aterrorizaban a los espectadores, quienes, no pudiendo distinguir con exactitud los detalles de la tortura, solo podían dejar a su imaginación el horror de la escena. Del acusado solo se alcanzaba a ver el movimiento tembloroso de sus piernas, por las que bajaba un hilo de sangre. A medida que el tiempo transcurría, sus gritos se fueron apagando y sus extremidades dejaron de agitarse hasta quedar inertes en medio de un charco rojo.

El conde colocó con cuidado al occiso sobre el tablado, se limpió la boca, saludó a los presentes con una reverencia y se fue.

A partir de ese día, las ejecuciones en la plaza siguieron ofreciendo el mismo espectáculo sanguinario.

Desde que el vampiro era su alcalde, la tasa de criminalidad en Urbastengüen disminuyó de forma drástica. Solo bastaba con que el conde saliera a caminar por el pueblo y se detuviera a observar la venta de una vaca o una discusión entre hermanos, para que enseguida los involucrados llegaran a un acuerdo o hicieran las paces.

El conde mantuvo su palabra y todos los meses donaba su salario a la comunidad. Con ese dinero construyeron una escuela, repararon la torre de la

iglesia y adecuaron las instalaciones del mercado. El vampiro se ocupó de organizar y dirigir a los trabajadores encargados de realizar esas tareas. Por ello, todas las obras lograron concretarse en los tiempos acordados y con una calidad inmejorable, pues nadie se atrevía a desafiarlo, ni mucho menos a desobedecerlo.

A pesar de que Urbastengüen se había convertido en un pueblo más seguro, muchos de sus habitantes coincidían en que así como el conde les había chupado la sangre a sus víctimas, también les había chupado la alegría al resto de los pobladores. Temían que cualquier error, con intención o sin ella, les costara la vida y, por eso, solían andar cautelosos, cuidando cada mínimo detalle de lo que hacían o decían con tal de no alterar el orden público. Les era difícil relajarse, incluso en los ratos de ocio, y eso les entristecía.

El conde, por su lado, lucía cada vez más lozano y vigoroso. El hecho de haberse estado nutriendo de sangre humana por tanto tiempo le había devuelto el color, la energía y, quizás también, la juventud. Era probable que fuese el único ser feliz en todo Urbastengüen.

El vampiro, con el pretexto de velar por el bienestar de los pobladores, empezó a adquirir la costumbre de hacer justicia por sus propias manos.

El primer caso se dio cuando una mujer fue atacada en un camino por un desconocido. Había sido golpeada en la cabeza y arrastrada por el bosque hasta un área alejada. Cuando la mujer volvió en sí, el hombre le apretaba la garganta. La dama, desde el suelo, vio cómo una sombra oscura cayó desde el cielo, le quitó al agresor de encima, lo tiró contra un árbol y, cuando cayó al suelo, le chupó la sangre hasta dejarlo sin vida. Al terminar, el vampiro fue donde ella, se aseguró de que estuviera bien, la ayudó a levantarse y desapareció.

Casos como esos se repetían con frecuencia. Se rumoraba también que, en su mayoría, los ataques del vampiro no justificaban la muerte de sus víctimas: un costo abusivo, un envío hecho con retraso, un jarrón mal elaborado, en fin. La insatisfacción en relación con el comportamiento del alcalde no hacía otra cosa más que crecer.

Muchos consideraban al conde un justiciero, mientras otros lo veían como un aprovechador. Los habitantes pasaron del miedo a la duda, y de la duda al descontento.

Con la celebración del fin del ciclo de cosecha, se organizaron nuevas elecciones. Sus habitantes, añorando antiguas épocas de alegría, fiesta y derroche, nombraron como alcalde al viejo Jenkinstenkins. Sabían que era un usurero avaricioso y miserable, pero al menos sus colmillos tenían un tamaño normal.

El vampiro se enteró de la votación cuando ya había perdido el puesto. Los urbastengüenenses volvieron a subir con antorchas el camino empedrado hasta la entrada del alcázar para darle la noticia. Con la misma actitud serena con que asumió su cargo, se separó de él. Devolvió los documentos oficiales que había recibido junto con la estrella que colgaba en su pecho, se despidió de los presentes con una reverencia y cerró la puerta.

Dentro del castillo, el conde Vasilisco se acomodó satisfecho en su sillón. Contaba con reservas suficientes para tolerar una larga «abstinencia». Además, estaba seguro de que esta vez no sería necesario mudarse de pueblo cargando su ataúd ni esperar otros trescientos años. Solo debía tener paciencia y confiar en el criterio de la mala memoria colectiva.



Relato publicado en el libro *Esto no es vida* de Cheri Lewis, Panamá 2022.



Carlos Suárez

Convento Capuchinas

Esta imagen evoca un aura de misterio y suspenso; una pequeña luz en las escaleras se abre paso invitándonos a explorar los rincones ocultos de la imaginación donde la fantasía y el terror se entrelazan. Un escenario perfecto para inspirar relatos que desafían la realidad y despiertan los sentidos más profundos del alma.

ALA ROTA

POR: DAVID NATERA

PANAMÁ

Sigo el rastro de plumas, como me enseñó mi abuela. Voy con cuidado. En silencio y pegado a la pared de ese oscuro callejón. Esquivo los rayos de luz, para evitar delatarme.

Veo sus ojos dilatados. El miedo escapa a través de sus profundas pupilas. Es tal cual me lo contaron de niño. Lo veo temeroso y a la defensiva. Deja plumas en lo que trata de moverse. Puedo notar su ala rota. Es la derecha. En ese momento recuerdo mi niñez.

Siempre tuve curiosidad del trabajo de mi abuela. De joven, su único trabajo era cuidarlos y curar sus heridas hasta que fueran lo suficientemente fuertes para su cometido. Los alimentaba hasta verlos recuperados de su ímpetu. Después, se les acercaba con cautela. Extendía su mano, y en una rápida movida los capturaba. Algunos hacían el intento de volar, pero ella los sostenía con fuerza para impedir que se escaparan. Al sentirlos fuertes, vigorosos y relajados, les preparaba un baño caliente. Y de un firme pero contundente apretón les arrancaba ambas alas. De ahí iniciaba la carrera para que no se tensaran los músculos. Antes de que pudieran chillar, les llenaba la boca con arena caliente que guardaba en otra vasija de cerámica. Al poco tiempo comenzaban a asfixiarse y en esa desesperación, mi abuela salía disparada hacia el fogón para lanzarlos en el agua hervida.

Con su experiencia evitaba quemarse, mientras aquellas criaturas se iban guisando. Daba la impresión de que la piel se les derretía. Ese era el momento justo para taparlos y que se sazaran en sus propios jugos. Automáticamente desplumaba las alas, que seguían frescas y sangrantes, para echarlas también en aquel baño. Yo veía todo con fascinación. Así crecí.

Ahora me toca a mí continuar con la tradición familiar.

Pobre ángel. Si supiera lo que le pasará por caer en este mundo con su ala rota.

EL CANTO DEL COLIBRÍ

POR: DANA BELÉN BAIONI

ARGENTINA

Esa mañana se asomó a su ventana con una sonrisa. El azul reinaba en el cielo despejado de las nubes de tormenta del día anterior. La lluvia torrencial había frustrado su cometido, pero aquel amanecer era prometedor.

Se tomó su tiempo para terminar de desperezarse y sacudirse de encima los últimos rastros de sueño. Se vistió y se peinó con parsimonia, recogiendo su largo cabello en una trenza esmerada. El tiempo no iría a ninguna parte. Tiempo era lo único que poseía en abundancia.

Apartó una pequeña hogaza de pan de su comida y se dirigió de nuevo a la ventana. Contempló con ojos aburridos el arroyo que seguía corriendo indolente por el valle, las colinas fulgurantes de verdor, el cielo infinito que a veces le producía una inquietante sensación de pánico. Siguiendo la misma rutina de siempre desmenuzó la hogaza de pan y la esparció sobre el alfeizar de la ventana, se ocultó parcialmente entre las sombras que proyectaban las pesadas cortinas blancas y comenzó a cantar. Retomó la melodía en el lugar exacto donde la había dejado la última ocasión. La misma canción que escuchó dispersa en el aire aquella tarde aciaga en el jardín y que ella había seguido, antes de su traslado definitivo a su nuevo y perenne hogar. La melodía había quedado truncada para siempre, sin importar cuantas veces la repitiera en su ventana, desde la primera hasta la última nota.

Un zumbido se sumó a la canción con notas discordantes. Su mirada se posó en una pequeña bola emplumada de tonos zafiro y esmeralda.

Abrió los ojos con avaricia, sin dejar de cantar. Un colibrí se había acercado a su ventana. Sabía que eran atraídos por la dulzura de las flores, pero su hogar estaba desprovisto de ellas. No había visto uno en años.

Sería muy difícil de atrapar, pero no tenía ningún ejemplar en su colección. Observó el vuelo vacilante del ave, que batía sus alas con frenesí, alejándose temeroso y acercándose cautivado por la miel de su voz, una y otra vez. El vaivén le recordó que eran las únicas aves que podían volar hacia atrás. Su deseo de poseerlo se intensificó. Fue recorriendo las cortinas poco a poco y descubrió su figura del otro lado de la ventana, eternamente abierta al exterior. Paso a paso, milímetro a milímetro, hora tras hora, dejó que el tiempo se escurriera entre la cacería y la presa alada. Tiempo era lo único que poseía en abundancia.

Cantó hasta que su garganta se tiñó del mismo rojo sangrante que el cielo del atardecer, hasta que el colibrí sopesó detener su vuelo, exhausto. Ante aquel leve atisbo de flaqueza, desentumeció sus brazos y se lanzó contra el ingenuo animal con un movimiento veloz y experto, fruto de interminables tardes de práctica. Lo apresó entre sus manos blancas y suaves.

Satisfecha, al fin dio descanso a su voz. Vacío de su melodía, el silencio se pobló con los sonidos habituales. El batir de cientos de alas desesperadas, el graznido de cientos de pájaros encerrados. Sus compañeros alados se debatían contra su destino en una gigantesca jaula de oro que estaba en el fondo

de la habitación. Añoraban la libertad que ya no tenían.

Amanecer tras amanecer, una nueva presa por cada día que llevaba allí cautiva y humillada. Pero si ella no podía ser libre, entonces sus compañeros tampoco. Era lo justo. Serían amigos y compartirían su abarrotada prisión hasta que todos juntos pudieran regresar al mundo y dejar atrás la torre.

Se dirigió a ellos, esquivando las plumas apelmazadas que se acumulaban en el piso. Depositó contenta su nueva adquisición dentro de la jaula. No dejó de pensar en el día siguiente y en su próxima víctima.

BLANCA SANGRE

POR: FRANCISCO CAMPS SINZA

VENEZUELA

El pobre diablo de rodillas estaba bañado en sangre. Su camisa ya roja, con algunos destellos blancos, marcaba su pecho. De su cabello azabache, explayado en su frente perlada de sudor, se abrían canales bermejos, y el ojo izquierdo de aquel miserable, brotado, intentaba abrirse en vano. Unas mujeres se le abalanzaban como fieras para cachetearlo. Sus brazos atrás, como si estuviesen atados, no detenían los golpes. Estuve allí como dos minutos. Con el machete en la mano intenté detener a ese gentío. Había cinco hombres corpulentos que podían terminar de molerlo a palos, esperando de brazos cruzados que las mujeres se cansaran. Hablé con uno de ellos, un joven largo como una vara apodado Casagüire. Me alejé un poco y con su voz entrecortada me dijo: Señor Miguel no se meta, ese hijo de puta violó a la hija de Irma, señaló con su mano izquierda a la mujer de pelo crespo pardo que gritaba, golpeaba y escupía al muchacho en el suelo. No puedo dejar que lo linchen, dije sin pensar, como si hubiera sido mandado para su protección. Yo iba camino a casa, luego de la jornada de trabajo en la finca “El Matadero” de Don Luis, el más rico de la zona. En la tarde, como a eso de las cuatro, antes de salir, ciego por las punzadas del sol y enchumbado en sudor, me senté un ratito en un costal de café. En cuestión de segundos, una culebra se metió en el saco, me paré por el zigzagüe y saqué mi puñal del bolsillo. Agarré el bojote y lo vacié con cuidado. Entre los granos salió una mapanare que me brincó directo al pie y de un solo jalón le abrí en dos. Mi cuñado Jairo coleccionaba colmillos

de serpientes, tenía cientos en un pote grande de mayonesa. Al cruzar para su rancho, en la curva que da hacia el desfiladero, estaban los cuerpos abarrotados sobre el muchacho de barba corta sangrienta. Si no fuese por la culebra y por la afición del Jairo, no hubiera presenciado ese berenjénal cívico. A todas estas, creo firmemente que fui mandado a intervenir, sin ser un santo, ni ángel. No conocía a Irma ni a ninguna de esas personas, ni siquiera a ese joven desgraciado, pero igual me acerqué, puse el machete frente al joven y le dije a la gente que ya estaba bueno; dos mujeres intentaron quitarme a empujones, no se meta viejo, dijeron cantando, pero a pesar de mis años a cuesta, no pudieron moverme. La verdad es que estaba bastante asustado. Ese Casagüire podía darme un pescozón, o algunos de los otros sujetos y dejarme inconsciente. Pero no me tocaron ni un pelo. Eso sí, las mujeres me bañaron de lisuras, pero fueron apartadas por los hombres: eso no se queda así, dijo la más vieja, con los pelos blancos, enmarañados; hay gente que sabe guardar rencores, le alcancé a escuchar a Casagüire antes de irse: la gente no olvida. En los treinta y pico de años que llevaba viviendo en ese sitio, nunca tuve problema alguno, ni mi Casimira ni mis hijas. Y esa gente, sin pensarlo dos veces, antes de terminar de coger su rumbo, culminó con su venganza: uno de los tipos, macizo y grandote, le propinó un golpe en la cara al muchacho tan fuerte como un mazazo, dejándolo dormido en el acto. Pasó como media hora para que el desgraciado despertara. Le ayudé a levantarse. Las piernas no le daban para

ponerse en pie. Ya de cuclillas, le di agua de mi perol. Le pregunté su nombre y no respondió; más respondió el gallo al fondo. Volvió a sentarse. Me quedé a un lado pensando qué hacer. Sus ojos tan negros parecían traer la muerte: tenía la mordida de Dios, pensé; sí, era eso, como rezaba el viejo Aquilino sobre esas pobres criaturas que traen consigo la negra noche en sus entrañas. Si lo dejaba allí lo iban a descuartizar, y no quería llevarlo a mi casa. No soy de recibir visitas, y mi mujer y las niñas podían asustarse al ver ese aspecto andrajoso. De todas formas, decidí caminar para la casa de Jairo. El siempre recibe visitas. Además, vive solo porque su mujer se fue hace un tiempito con los críos.

Yo guiaba el rumbo y él me seguía. Se quedaba atrás, zigzagaba y yo tenía que aguantarme y esperar su andada de procesión sin santo. La casa de Jairo estaba en una colina. Es la más empinada de la zona. Desde arriba se veía ese mar verde y terroso de los sembradíos y, a lo lejos, el desfile bronce de los caseríos como despojos silentes del tiempo. Dejé que caminara adelante, igual no había pérdida alguna. Gemía de cuando en cuando por el dolor. Le pregunté si quería agua, pero no respondió. Cuando estábamos llegando a la última curva para subir lo que quedaba de tramo, un poco más de doscientos metros, se detuvo y me preguntó para donde lo llevaba. Su voz estaba tan molida como su cuerpo. Habló para sus adentros; mascullaba algo sobre el lugar. Sin entender del todo, le dije que estaríamos en buenas manos. Quiso seguir otro camino, echándose a la suerte. Le dije que en el monte eso es lo no crece y le insistí seguir mi camino. Luego de unos cuantos pasos, de ir contando las piedras, los árboles y viendo el sol como un infatigable enemigo, se sentó en la tierra. Se podía divisar la casita a donde íbamos y se la señalé; la miró contemplativo, lo levanté y me eché su mano al cuello.

Al llegar los perros nos recibieron a ladrazos. Lobo y Piti eran unas moles y asustaron al muchacho. Los eché pa allá y llamé al compadre. Me gritó desde la cocinita, con la puerta abierta de

par en par.

—Usted siempre viene cuando estoy colando café —me dijo sonriendo mientras se acercaba para abrir el portón.

—Es que huele desde “El Infiernito”.

El compadre lo examinó como si fuese un médico: ¿Qué le pasó a usted?, le miraba el ojo, la barba y el pecho manchado de sangre. Entramos; los perros seguían ladrando desahogados. El compadre tuvo que agarrar un palo para asustarlos. Se fueron hacia donde está la letrina, sin dejar de balancearse y ladrar. Ya dentro de la casita, Jairo apagó la cocina, coló el café y nos sirvió en dos tacitas de peltre. Le dio un banquito para que se sentara, y yo me quedé parado en la puerta. Hombre lo escoñetaron, dijo el compadre. Sonó el sorbo de café hirviendo, como si tomara sopa: ¿Quieres pan?, preguntó el compadre y, sin esperar respuesta, se paró y tomó una canilla que estaba encima de la nevera, lo picó en tres pedazos y le dio el más grande al muchacho. ¿Cómo se llama?, no sé, no habla, dije. ¿También le dieron palo en la lengua, mijo? Por algo bueno no fue, dijo rapidito, como amasando las palabras.

El compadre era tan conversador como yo, pero se quedó en silencio un buen rato. Luego, me dio una noticia del pueblo y volvió a enmudecer. Frente al muchacho, que ya había comido y tenía la taza fría en la mano, le pregunté si se podía quedar esta noche. ¿Dónde va a dormir?, dijo alzando las manos como un espasmo y golpeándose las rodillas. Tendría que amarrar a los perros, pero no me dejarán dormir. ¡Míralos! Le dije que esos estaban así por la sangre en su camisa; si se da un baño, se les pasará. Ni que fuesen toros, Miguel, dijo con sorna. Le puedo dar una franela pa que bote esa y que se bañe en el patio, agregó. El ánimo de Jairo era otro. Se había enviciado de ese aire raro que rondaba. Era un hombre afable con todo el mundo y despiadado como el diablo con sus enemigos, y por su mirada, el chico parecía uno de ellos. Fue al cuarto y salió con una franela limpia, blanca, con un dibujo de pelota. Me la lanzó para que la aguantara; salió al

patio y por los gritos que les pegó a los perros, los estaba encadenando. Arrastró la manguera y la tiró frente a la puerta. Venga, le dijo al muchacho. Éste salió con lentitud, tanteando los pasos, como si fuese al matadero; se desvistió como pudo y tiró la ropa al piso. Su cuerpo estaba magullado, con moretones en las costillas; los hombros y espalda estaban minados de cicatrices, unas bermejas y otras pálidas. Parecían culebras saltonas. Mientras le corría el agua, chillaba por el ardor. Jairo buscó una panela de jabón azul y se la entregó. Entró de nuevo al cuarto y salió con unos trapos; eran un paño, un interior sin liga y un short que parecía de su hijo Antonio, cuando estaba más chico. El muchacho se secó, se subió el interior haciendo un nudo en un costado, el short negro que le quedaba corto y como pudo se puso la franela limpia. Su rostro se alivió un poco, como si se hubiese quitado una máscara y descubriera su verdadero aspecto. Jairo enrolló la manguera y la guardó. Al volver nos sirvió otra taza de café y se sentó. Se quedó callado, absorto, como si hablara en su cabeza, en una de esas largas meditaciones que uno suele hacer. Al cabo de un rato, yo cometí una imprudencia: le pregunté por Juanita y los muchachos. Al ratico, luego de empinarse lo que le quedaba en la taza, me dijo que todos estaban en casa de su suegra en la capital. Están bien, dijo, para volver a silenciarse. Su respuesta fue como la que se le da a alguien desconocido para salir del paso. Tomó las tres tazas vacías, las lavó y las puso boca abajo sobre una repisa. Me preguntó si tenía linterna. Afuera había oscurecido de repente, y ya parecía una boca de lobo. Ofreció darme una, pero le dije que todavía veo clarito. Déjeme al muchacho, mañana ya no estará, dijo al acompañarme cerrando el portón. El chico desde la silla me siguió con la mirada, la misma penetrada de muerte, con la mordida de Dios, como rezaba el viejo Aquilino. Me despedí a lo lejos y me fui.

Al día siguiente, en la tardecita, mientras cargaba unos sacos, encontré la culebra sin cabeza de ayer, la agarré y la que abrí como si fuese un plátano. Tenía los colmillos pelados, brillantes. Recordé haberla botado en los matorrales fuera de la finca.

Al salir del trabajo, con el cuerpo pesao, pensé en visitar al compadre, pero a lo mejor el chico, ese desgraciado que parecía un fantasma, se había ido bien temprano. Al cruzar hacia la casa, me topé en el camino con Casagüire y una mujer, que si no mal recuerdo estaba ayer haciendo de romano con el muchacho. Él me saludó de manera amable y sus buenas tardes señor Miguel fueron sin pizca de animosidad en su tono. La mujer solo sonrió.

A pesar del dolor de espalda decidí ir a casa de Jairo. Mientras caminaba, busqué entre los matorrales una culebra para sacarle los colmillos. Casi llegando a la última vuelta para casa del compadre, corrió una por el matorral. La perseguí sigilosamente y se extravió. Me subí el pantalón y me quité la bota diestra. Esperé unos minutos con el pie desnudo en la tierra pelada y no apareció. Ya los dedos cogían frío y volví a calzarme. Subí el último tramo, y vi al compadre dándole de comer a los perros. ¡Compae!, gritó mientras las bestias gruñían, se peleaban por un trozo de carne. Una de esas dos moles se separó del plato para venir a atacarme. El otro se juntó para morderme; estaban desaforados. El compadre me preguntó que me traía por acá, no le veía desde hace dos semanas, dijo con vivacidad. Sin perder la sonrisa me abrió el portón, corrió a los perros para la letrina, me estrechó la mano y me ofreció café. Es la primera vez que viene cuando no lo estoy colando. Anda perdiendo las facultades, dijo sonriendo.

Después de terminar el café, comencé a sentirme mal. Estaba sudando a mares. Me despedí del compadre y salí trastabillando. Sin musitar, con la lengua atragantada, bajé el caminito. Veía “El Infiernito” cada vez más lejos, como si ardiera en la agonía del crepúsculo. Todo me daba vueltas. Me quedé en el recodo del terreno y me senté de sopetón. El sudor frío inundaba mi rostro y sentía que la pierna derecha me latía como si tuviese el corazón en el muslo. Subí el pantalón y con cuidado me quité la bota. Era una mordida, pero no sé si de la culebra o la de Dios: tenía dos agujeros ennegrecidos y apenas caían dos gotas de sangre tan blancas como la leche.



Jaidy Gómez

Reflejo del Alma

Reflejo del Alma (2022, óleo sobre canvas) es una obra surrealista que gira en torno a una persona observándose en el espejo. Pero lo inusual de la imagen es que su reflejo retrata su cabeza envuelta en llamas. La pintura busca representar el tumulto que alberga un individuo en su interior, el cual se suele ignorar a favor de proseguir día a día con normalidad. Las llamas representan una pesada sensación de inestabilidad y culpa, cuya raíz se representa en la sangre sobre su ropa. A partir de esta observación, se puede interpretar que la persona ha cometido un acto tan atroz que los espejos a su alrededor le atormentarán por el resto de sus días. El único ojo que se vislumbra entre las llamas está puesto sobre la audiencia con la intención de juzgar si también esconden algo que solo los reflejos puedan revelar.

TEORÍA DE LOS UNIVERSOS FECUNDOS

POR: ANAÏS ORNELAS RAMIREZ

MÉXICO

Dicen que en esta ciudad siempre hubo un domo. Encima de los pasillos de este casino, ya había un domo en el siglo pasado, una orbe de un azul purpúreo que quería imitar los atardeceres europeos, antes de que las urbes cubrieran sus cielos con cristales antirreflejantes. En casa tengo digitalizados libros enteros con recuadros de color y sus nombres. El domo del Caesar's Palace, uno de los más tentaculares centros de apuesta de Las Vegas, lo he visto en fotos de archivo, era azul cerúleo. Con esos colores que memorizo hago listas. La IA que me da terapia calculó que 87.98765% de las personas con mi padecimiento se benefician de hacer listas. Un ejemplo de lista al que recurro seguido es el siguiente: cerúleo, lavanda, magenta, salmón, lila. Conozco muchos más, muchos son referencias a cosas que ya no existen (verde pino, aceituna, Borgoña, albaricoque) pero que los ingenieros siempre están tratando de reproducir, con la obsesividad del primer duelo.

Ahora el domo del Caesar's cambia según el producto que anuncia, un ir y venir vertiginoso al cual sólo se sometería quien no tiene los medios pagar el *adblook* sensorial. Mientras atravieso los pasillos del inmenso casino, que más que casino es una urbanización pequeña, hago cuentas mentales de cuántos minutos podré pasar en el *thyrís* esta vez. Cortar los *adblooks* no es ni de lejos el mayor sacrificio que he hecho para poder costear un par de minutos más, pero de pronto, aquí en Las Vegas, rodeada por los *macroscreens*, no tener *adblooks* se siente

como pasar 10 días sin comer. El local se ve exactamente igual que la primera y la quinta vez que vine: muros rosados y estanterías llenas de *sexdolls* y dildos conectados adornan las paredes.

—Estoy buscando a la señora —le digo en español a la dependienta que, abstraída en sus lentes de realidad virtual, ni siquiera me ha dado la bienvenida.

—¿Qué desea? —Me contesta en un español al cual es evidente que le ha dado poco uso.

—Vengo a pedir información sobre la teoría de los universos fecundos.

La chica no se quita sus lentes de realidad virtual, pero sé que habrá llamado a la señora con alguna seña secreta. Mientras espero, recorro a toda velocidad las notificaciones de mi holo. Mi corazón late más rápido cuando leo el último mensaje de la abogada: "*Coral, sé que es una decisión difícil pero necesito tu respuesta antes de la medianoche. Te prometo que la firma hará todo lo posible para que Victoria no termine en una casa-hogar. Ya hasta conseguí quien borre tu asterisco para que solicitemos la custodia. Confío en que tomarás la decisión correcta*". Apenas poso mis ojos en la última letra y las palabras ya están desapareciendo. Un mensaje encriptado.

Escucho pasos en algún rincón oculto, la señora me toma de las manos sin preámbulo, como si me conociera, como si no nos hubiéramos frecuentado apenas unos minutos cada año desde hace cinco años.—Todavía no es tu aniversario chica —lo dice sin reproche y sin pregunta, con su acento cubano, como si hubiera anticipado mi venida. Con pasos silenciosos llegan los guardias de segur-

idad y me ponen el casco de irrealidad, otro domo en el que veo y oigo los sonidos de un bosque. El verde es el color de Venus, de la abundancia y la belleza y todas las cosas que ya no conocimos, los árboles del casco son verde pino aunque no son pinos, debe ser un simulador de muy mala calidad (*chartreuse, verde veronés, arlequín, espárrago*). Aún así, cumple su función: mientras me llevan por corredores que siempre he imaginado subterráneos, no escucho ni veo ni huelo nada de mis alrededores, apenas la mano de la señora que por momentos se apoya en mí para asegurarme que aún está ahí. Recuerdo la primera visita, la certeza de que había caído en alguna trampa y la señora me iba a vender en cachitos, y luego el alivio cuando llegamos a una habitación sencilla pero acogedora, como uno de los cuartos simulados en los que tomo terapia. Nos sentamos y la señora ya está metiendo datos al sistema con un teclado que es invisible a mis ojos.

—No vengo a verla a ella—, la interrumpo—. No vengo a verme a mí. Quiero ir a otro lado—, se detiene de golpe y nos miramos a los ojos.

—Es alguien de tu sangre —de nuevo no oigo entonación interrogante en su voz, pero como sus manos están inmóviles, me permito responder.

—Es mi sobrina —me observa fijamente, forzándome a desviar la mirada. —Es la misma situación —explico. Tal vez la tensión que siento en el cuarto existe sólo en mi mente porque la señora responde con naturalidad.

—Dame los datos más precisos que tengas. Le doy la información de mi sobrina Victoria, nacida hace seis años, la hora, coordenadas, lo mismo para mi hermana Melissa y para el padre de la niña, todo lo necesario para encontrar su huella en el *thyrís*. Aparece en la mesa un haz luminoso, la huella cósmica de la niña.

—Quiero ir a un universo donde no exista el tío de Victoria, se llama Óscar Mouriño, es el hermano mayor de su papá.

—¿Donde no exista? ¿donde ha muerto? o ¿quieres hacerle como le hicimos para ti con tu primo?

—No, como yo no se puede. No sé la fecha concreta, no sé si fue varias veces o...—me interrumpo, aunque la señora me mira con benevolencia y no hay razón para mis trastabilleos. —Mejor uno donde no exista su tío.

Hace más ajustes, me cuesta tragar saliva (...*indigo, fucsia, cian, ambar*...).

—Aquí veo uno donde su abuela tuvo un aborto espontaneo, sólo tuvo a su papá, ¿ahí quieres ir?

—Sí, ahí. ¿Hay condiciones? —pregunto, aunque sé que sí las hay. Si algo tiene la señora es que es de fiar, te da lo que compras, sin trampas.

—¿Cuántos minutos vas a comprar? Son las 9 de la noche en Ciudad de México, estará por irse a la cama, ¿no? ¿No quieres venir mañana mejor?

Trato de darle algo de seguridad a mi voz:

—Voy a comprar 10 minutos, cinco ahora y cinco en el futuro.

—¿Vas a regresar mañana entonces?

—No, quiero que me lleve a su futuro. En nuestro universo, en quince años, ahí voy a usar mis otros cinco minutos.

Por primera vez sus ojos registran otra expresión, suspicacia, enojo, incluso un dejo de ira (...*topacio, ocre, amatista, púrpura*...).

—No chica, no tienes suficiente para eso, ya sabes que aquí no venimos para jugar.

—Sí tengo el dinero, digo, lo puedes verificar ahora mismo, sí lo tengo.

Hago una seña para expresarle que le estoy dando acceso a mis informaciones: la cuenta de banco en donde puse la cantidad astronómica que calculé que esto costaría, mis expedientes médicos donde verá lo que tuve que vender para llenar esa cuenta, las propiedades que solían ser mías y que ahora seguro habrán convertido en otro tipo de domos; un mapa detallado de mi desesperación.

Asiente, de vuelta a su expresión serena, observa la palma de mi mano.

—Te voy a regalar un minuto— me dice— un minuto al final de todo, para que te despidas, ya no volverás más.

Mientras me acomoda en la antesala del *thyris*, recuerdo la primera vez que lo usé. Aunque la señora me explicó que la forma de ventana es sólo una proyección que el programador escogió para hacer la experiencia más inteligible, yo a esa otra Coral sólo puedo imaginarla así, como una mujer que siempre está parada cerca de ventanas. La primera vez que la vi, estuve vomitando al menos uno de los cinco minutos que había pagado, tan fuerte es la impresión de encontrarse frente a una misma.

Ella estaba acariciando un gatito en la calle. Sus manos eran mis manos y su sonrisa mi sonrisa, pero era menos delgada. Traía un vestido corto que yo jamás pensaría en usar y, de inmediato, noté que no tenía las repulsivas placas de piel seca que adornan mis manos desde que era niña. Su mandíbula se acomodaba en su rostro con una forma ligeramente diferente, la de alguien que no aprieta los dientes hasta sacarse sangre cada noche. Su mirada tenía un brillo despreocupado que nunca había visto en el espejo. Después de que terminó de acariciar al gatito alcancé a ver su apartamento durante unos segundos, lleno de plantas y libros, como el mío, pero tan diferente al mismo tiempo. Llegando, se lavó las manos y noté que encima de su lavabo no había un cajón con una farmacia digna de una institución mental, apenas un par de velas y una foto de nuestra madre, impresa imitando las técnicas de antaño. La foto estaba protegida por un marco antiguo que yo también solía tener en mi casa, pero que se rompió mientras me resistía la primera vez que vinieron los enfermeros a llevarme al hospital.

Así es como es como empezaron mis visitas anuales a esa otra Coral. Siempre cinco minutos. En mi mente la llamo Doral, el nombre de un ave que tenía un casquito de plumas color rubí, como el cabello de mi doble. La señora encontró a Doral cuando le dije que quería visitar un multiverso que fuera lo más cercano al nuestro, pero en el cual, una tarde de otoño, cuando yo, Coral, tenía 8 años, no fui a casa de mi abuela. La señora tenía todo un menú que ofrecerme.

—Tengo uno donde tu abuela muere joven de un cáncer, uno donde tu abuela es una mujer cruel y

alcohólica que vive aislada de todos sus familiares, uno donde tu abuela tuvo un accidente y tiene una discapacidad que le impide cuidarte.

—¿No hay algún universo donde simplemente a mi papá le cancelen el compromiso que tenía, y él y yo nos vamos a comer? —Le tomó un tiempo encontrar lo que yo buscaba, pero nunca he visto a la señora pecar de impaciencia. Vi brillar la lucecita en la pantalla:

—¡Aquí! En este universo tu papá te lleva a casa de tu abuela y le cancelan la cita que tenía, comen todos juntos y nunca te dejan a solas con tu primo. A Doral no la dejaron nunca sola con su primo, y cada que la visito busco señales de mi desesperanza, de mi temperamento mórbido, de los momentos pasados en el baño limpiando gotitas de sangre, de mis alacenas vacías, pero nunca las he visto. No que Doral no tenga penas, un día que vine, a través de la ventana la vi llorando por la muerte de su gato, y en otro aniversario que la visité, su jefe intentó acorralarla en una sala de juntas vacía. Pero nunca he visto en Doral el sello inconfundible de los ataques de pánico recurrentes, ni el pequeño tatuaje que te hacen cuando te internan a la fuerza en un hospital psiquiátrico, el tenue asterisco que ahora mismo contemplo en mi muñeca (...*esmeralda, lino, naranja, verde cazador*...). La señora dice que ese universo está suficientemente cerca como para que existan las mismas instituciones. Elijo creerle, y por lo tanto apostar por la cordura de Doral.

Imágenes empiezan a materializarse confusamente en la ventana, cierro los ojos e imagino a mi sobrina Victoria en su cuarto rosado, lleno de e-luches que mi hermana pensó podrían calmar sus angustias nocturnas, que podrían detenerla cuando se araña el rostro, cuando se arranca el cabello fino de la nuca, atrapada en una pesadilla que nunca hemos sabido si es el sueño o la realidad. Cuando abro los ojos, el cuarto que aparece en el *thyris* es muy similar en disposición y tiene los mismos tonos rosados (...*malva, lila, rosa mexicano, lavanda*...). ...). Como lo predijo la señora, mi

hermana está acostando a mi sobrina. La cama no está rodeada de difusores de lavanda, no hay rastro de los peluches parlanchines que consuelan a mi Victoria. Me concentro en su cara, las lágrimas me quieren nublar la vista pero no puedo desperdiciar ni un segundo, el timer indica que me queda un minuto y medio. No vislumbro en su rostro ningún rasguño, las ojeras con las que me he acostumbrado a verla han desaparecido. La mano de mi hermana se acerca al interruptor y susurramos al unísono, a mil universos de distancia “duerme bonito”. Alcanzo a pronunciar la o final antes de que se acabe el tiempo. — Sesame, beige, granate, morado—, me repito en voz alta para calmarme. No escucho a la señora deslizarse a mi lado, siento su palma de pronto en mi mano, me ofrece un calmante, pero le digo que lo tomaré después. Se va sin más palabras y siento el *thyris* activarse de nuevo.

Ver el futuro de nuestro universo es el uso más penado del *thyris*, probablemente el más peligroso para la mente. Me encuentro frente a mi Victoria, separadas por la ventana y por 15 años de ser mujer en un mundo como el nuestro. Al principio, no me sorprende que esté en su cuarto, en su cama, a oscuras, aunque apenas son las nueve de la noche. Mis ojos se acostumbran a la penumbra y voy notando el desorden que la rodea, su cabello negro moteado por las pequeñas calvicies, su piel irritada y la extrema delgadez del brazo que sobresale de la colcha, la única parte visible de su cuerpo.

No hay nada en las paredes, ningún adorno, ningún vestigio adolescente, sólo uno de los peluches parlanchines, el que yo le regalé, en forma de un animal que dejó de existir el año de su nacimiento: un lince. Alcanzo a oír que el *e-luche* le susurra algo entre ronroneos mecánicos “cara de luz, amatista, rosa mexicano, cerúleo, rubí”.

En el cuarto contiguo mi hermana discute con alguien, por la manera en que la otra voz se reverbera, identifico que se debe tratar de un holograma. Melissa suena muy agitada, lo suficiente como para olvidarse de que las paredes son finas, que Victoria y yo podemos escucharla.

—Coral, no me interrumpas. Le tuve que dar las pastillas a la fuerza, no había dormido en veinticuatro horas —no alcanzo a oír lo que le contesto, lo que le contestaré a mi hermana. —No entiendes porque no tienes hijos, no puedo dejar que la lleven a ese infierno y sabes que si lo vuelve a intentar, lo harán sin mi consentimiento.

El tiempo está a punto de acabarse, en la muñeca de Victoria adivino, a pesar de la penumbra, un pequeño asterisco que no había visto antes. Cuando quedan cinco segundos susurro de nuevo “duerme bonito”.

Se termina el tiempo y no me vienen a la mente colores que enumerar. Le entregué mi holo a la señora, quien lo guardó en la tienda, hace mil años, mil mundos atrás. Sin embargo, ya sé lo que escribiré en unos minutos, cuando me lo devuelva, cuando de nuevo atraviere el largo corredor que me sacará del Caesar’s Palace, cercada por todos esos anuncios ahora ineludibles:

“Acepto testificar” le escribiré a la abogada. De toda la jerga legal que me ha tratado de explicar, la palabra “encubrir”, a pesar de no ser de las más opacas que utiliza, me causa mayor extrañeza que cualquier otro término. Encubrimiento. Encubrir. Sólo me evoca las noches de infancia en el departamento familiar, cuando cubría a Melissa con la cobija enfriadora, noches en que el calor era insoportable.

La voz de la señora anunciando que ya empieza mi minuto de cortesía no alcanza a sacarme totalmente de mi ensoñación, no hasta que veo el hermoso departamento de Doral aparecer en la ventana del *thyris*. Está de espaldas, cantando suavemente una canción que no conozco. Está de espaldas, cantando suavemente una canción que no conozco. Me despido de sus manos sin uñas roídas, de su largo cabello que seguro embadurna de mascarillas cada miércoles, en vez de acostarse

en el suelo tres horas a repetirse nombres de colores, de la fotografía antigua de nuestra madre. Un ruido la hace girar ligeramente hacia mí. Yo me sobresalto, pero ella lo acoge con gran naturalidad. Tiene un nuevo gato que acaba de lanzarse de una silla hacia el mueble del cual ella estaba a punto de sacar un libro. Trae puesto un vestido corto, color verde manzana, tal vez en su universo aún se cultivan. Aunque es holgado, alcanzo a distinguir que está embarazada y sin necesidad de más minutos, sé que será una niña.



Adelyn Ayarza
The girl with butterfly wings

“The girl with butterfly wings” es una obra que busca representar el vacío, la soledad y el dolor, a través de una paleta monocromática en escala de grises, contrastada con tonos oscuros. Con un gesto carente de expresión, alas agujereadas y un hueco en forma de corazón en el pecho, mientras algunas lágrimas brotan de él; son simbologías que intentan ilustrar los sentimientos antes mencionados.

TENTÁCULOS

POR: KAREN SIMENTAL

MÉXICO

I.

Cuando tenía doce años vi a una señora que se le quedó pegada la falda al asiento en el autobús. Llevaba varias bolsas y a un niño en brazos. Se sentó con la pierna apenas recargada en el asiento, en ningún momento se dio cuenta de que llevaba la falda levantada y que aparte del muslo se le veía el glúteo. Un músculo glúteo tenso y perfectamente redondeado.

A mis doce años, esa pierna fue material suficiente para jalármela por meses. Fue mi primera fantasía, mi primer efímero amor de transporte colectivo. Al bajar del autobús, todavía tenía entre mis piernas una leve erección y un delicioso recuerdo de su muslo torneado y liso.

Cuando entré en la preparatoria llevamos clase de historia del arte. Un día haciendo la tarea encontré una ilustración japonesa de una mujer dándose gusto con un pulpo. Era retorcido, era pecaminoso, inusitado, me encantó. Daban ganas de estar ahí.

Yo supongo, en retrospectiva, que mi gusto por las damas se vio marcado por esos dos sucesos. En ese entonces era suficientemente joven y maleable, descubrir las caras de las mujeres y que debajo de todo aquello (el trabajo, la vida, la chamba, lo que fuera) ellas podían esconder esa cara de lujuria... como que cambió algo en mí. Me transformó. Me volví un hombre y, luego, un cazador.

Cuando subo al autobús todos los días me concentro en las mujeres. Ellas van descuidadas. Al transporte le llaman pecero. Está lleno de pececillas, yo soy un tiburón. Me siento detrás, pretendo que no las veo, pero noto las faldas y los

pantalones entallados, las blusas de botones, las sandalias, los zapatos con tacón, me fijo en las uñas pintadas y en los labios rojos. Ya no bajo del autobús con una erección: el noventa por ciento de las veces más bien se termina ahí.

Se podría decir que soy un “toqueteador”, y aparte un voyerista y un exhibicionista. Un perverso.

Aun así, me considero un artista de lo lascivo: tengo buen ojo, sin temor de ser esnob, sé identificar a las mujeres preciosas, las huelo desde lejos. Huelo, desde lejos, que tienen ganas de que se las coma un pulpo. Entonces me acerco, cuando menos lo esperan ¡zas! Luego les pido perdón, pero en cada bache, en cada semáforo ¡tenga! O bien, desde el asiento de mero atrás: con la bragueta emparejada procedo, imagino que mi mano es la suya mientras contemplo a las que van de pie: qué bamboleo, qué esculturas tan románicas, puro deleite.

Esta mañana le metí el pie a una muchacha para que se cayera. Justo sobre mis piernas. Perdón, señorita, este canijo que maneja como cafre. Mientras, su falda, curvilínea y succulenta, una cápsula para sus encantos naturales, sobre mis manos, sobre mi entrepierna ¡Ah, ojalá que se le quedaran pegadas las nalgas en mis dedos para siempre! Voy a atesorar esto para toda mi vida.

II.

Hoy desperté con un grano en la mano. Era una burbuja acuosa, inflada, que hacía que la carne se me viera transparente. Me lo troné con un alfiler,

estaba lleno de pus.

III.

Esta mañana me desperté con un grano en cada dedo. Creo que la vieja de la última vez tenía una enfermedad venérea. Ayer no pude jalarle el cuello al ganso.

IV.

Me daba mucho miedo ir al doctor, pero ya era imperioso: en cada falange me creció un grano: son equidistantes, inflados y sonrosados, transparentes y gelatinosos, indoloros pero nauseabundos. Casi parecen ventosas, se siente como si me estuviera convirtiendo en un animal. Desde la yema de los dedos se extienden ya hasta las palmas de mis manos. Las manos me sudan, mejor dicho, supuran. Me da miedo el doctor. Me dice que nunca le había pasado, que soy un caso de estudio. El viernes vendrán sus colegas desde Saltillo para analizar mi expediente. Si las cosas no se aclaran, me mandarán a Monterrey para realizarme más estudios.

V.

Esta mañana pasó lo peor cuando fui a orinar. Tengo el pito lleno de granos, la punta se le hizo larga, como un tentáculo de pulpo: se retuerce como si tuviera vida propia y, lamentablemente, hoy no se me ha parado.

VI.

Ya no quiero vivir.

VII.

Esta es la última vez que me subo a un autobús. Anoche compré un boleto de ida para Mazatlán. Que pase lo que tenga que pasar.

EN EL SANTUARIO AGUARDA LA BESTIA

POR: LINA CALVIT

PANAMÁ

En el edificio de enfrente no quedaba ya ni una luz encendida, nadie dando vueltas en la cama o jugando videojuegos a hurtadillas. Nadie perdiendo horas de sueño por las cuales guardar luto al día siguiente. Si algo le enseñó su insomnio, era lo solitaria que puede llegar a ser la noche. Doce horas que rellenar con cualquier cosa menos con el descanso, porque el descanso era un lujo que ya no podía permitirse. No desde que lo sacaron de la escuela como si fuera un criminal, un perverso de poca honra cuya proximidad a los niños pondría en riesgo todo lo que es decente y moral. ¿Qué tenía que hacer esa chiquilla de mierda trasteándole la computadora? Era SU computadora y él podía tener en ella lo que le viniera en gana. Siempre y cuando no fuera ilegal, claro. Y no lo era. No es que tuviese niños sin ropa ni ninguna de esas porquerías enfermizas. Lo de él eran mujeres hechas y derechas. Esculturales. De esas que con un apretón de muslos podrían sacarle los ojos de las cuencas y el aire de los pulmones.

¿Por qué tenía esa chiquilla de mierda que trastearle SU computadora? A la directora le confesó que lo hizo buscando el examen trimestral. Y si ese era el caso, ¿no haría más sentido expulsarla a ella? El que busca encuentra. Aunque en esa instancia ella no encontró lo que buscaba, sino su carpeta del tesoro. Carpeta sagrada. Su maná. Él tomó los pasos necesarios para proteger su secreto, cifró la carpeta, la escondió de forma meticulosa entre cientos de artículos científicos y se aseguró religiosamente de cambiar la contraseña de la laptop cada tres semanas. Pero estos chiquillos de mierda saben más que el diablo mismo.

Él no hizo nada malo. Era SU computadora. Y no es como si se pusiera a ver los videos en horario laboral o en proximidad de sus alumnos. Sin embargo, ni la directora ni los padres de la endemoniada pensaron lo mismo. Escucharon su explicación con una ligera curvatura en los labios y las fosas nasales ensanchadas. Él conocía esa expresión y sabía lo que vendría después.

Ahora, cuatro meses desde el despido, ningún colegio había querido tomarse el riesgo de contratar a un hombre con tal ignominia encima. La voz se corría rápido en una ciudad de esas proporciones. Pueblo chico infierno grande y todas esas sandeces que dicen por ahí y que duelen especialmente cuando se prueban ciertas. Y él, sin descifrar aún que la causa fuera su orgullo o la cobardía, se negaba a abandonar el apartamento. El aroma del encierro se posaba sobre sus hombros. Plantas marchitas, cerros de *delivery* donde triunfaban las moscas, calzoncillos sucios en la mesa del comedor. Salir significaría exponerse, o mejor dicho ponerse el blanco en el pecho, el ojo de buey para que los demás alzaran el dedo y le atinaran exactamente a su corazón. No, ¿para qué salir? Cuando su casa era zona segura y libre de señalamientos, cuando en ella tenía toda la compañía que necesitaba durante las largas horas de la noche.

En la tele cambió por fin la programación. El momento que él esperaba, cuando los chiquillos de mierda se largan a la cama y el canal de películas se transforma en tierra lasciva. Tierra de placeres desbordantes y húmedos que destierran los malos pensamientos de su mente para dejarlo colmado de

bendiciones. Se dejó caer en el sofá, la mano izquierda en el control remoto y la derecha sobre el cierre de su pantalón. Una mujer rubia de unos cuarenta años lavaba los platos trepada en tacones de quince centímetros. El contorno de su culo se adivinaba bajo la falda de encaje y el movimiento circular de la esponja sobre los trastes hacía que su cuerpo se bamboleara como el mar. Por la puerta trasera entró un hombre vestido de cartero, la camisa desabotonada revelando la selva de su pecho. Se le acercó por atrás a la mujer, con sus enormes y peludas manos abarcándole la entereza de las nalgas. Cuando el cartero se disponía a desenvolver el premio, la pantalla ennegreció.

Sacudió el control varias veces jurando que debía tratarse de un problema con el cable. O con la luz. Pero la luz funcionaba, al igual que los otros canales. Frustrado, sintió su otra mano vaciarse de lo que segundos antes ocupaba toda la circunferencia de su agarre. Y justo al pretender subirse el cierre para buscar alternativas con las cuales aliviarse, una voz jugosa manó de la pantalla.

“Tú, sí tú. Te estoy hablando a ti, pilluelo.” La voz se derramó por la habitación, inundando sus esquinas y ascendiendo por las paredes. *“¿Te gustaba lo que veías hace unos momentos? ¿Estás molesto porque te interrumpí?”* Antes de que él se diera cuenta, la voz le goteaba sobre la cabeza. *“No te enojas, tengo algo mejor para ti.”* Se le metía por los oídos. *“¿No quieres hablar con una chica de verdad? ¿No quieres contarme tus secretos?”* Él quería hablar con una chica de verdad, contarle sus secretos. *“¿Te gustaría que te susurrara lo que quieres escuchar?”* La voz seguía su camino entre vasos sanguíneos y arterias hasta alojarse en el centro mismo de su frente. *“Solo debes llamarme al +117 5419-1658 y todo lo que pides se hará realidad”.*

Tres timbrazos. Al otro lado aún no contestaban y él ya sentía que el pantalón volvía a hincharse. Dos timbrazos más. La boca se le llenó de saliva dulce. “¿Aló?” Era la misma voz del anuncio. ¡Que voz más suculenta! ¡Que voz más deliciosa!
—Hola corazón, ¿quieres divertirme?

—Sí. ¿Qué tienes puesto?

—Muy poco. ¿Te lo describo?

—Describe cómo te lo quitas.

—Me gusta tu actitud corazón. Solo necesito los datos de tu tarjeta.

—Dame un momento. —con el pantalón entre las pantorrillas, caminó torpemente hasta el último sitio donde vio su tarjeta de crédito. La encontró bajo los restos petrificados de una pizza de anchoas. —¿Sigues ahí?

—Aquí estoy corazón.

—Escucha: ocho, nueve nueve tres.

—Ajá.

—Catorce, veinticinco, cero seis, cero cero, setenta.

—¿Código de seguridad?

—Uno ocho cinco.

—Hmm...

—¿Todo bien princesa?

—Escucha corazón, tu tarjeta no pasa. Lo siento, pero no puedo perder el tiempo si no tienes con qué pagarlo.

—¿Ah? Espera, claro que tiene dinero... ¡ESPERA! —la voz al otro lado, la voz jugosa que inundó los resquicios de su apartamento, fue reemplazada por el frío tono del teléfono.

Corrió hacia la computadora. Aún con los pantalones abajo ingresó la contraseña de su banca en línea y verificó que todo el dinero se encontrara en la cuenta. Siete mil cuatrocientos veintidós dólares. Ahí estaban. Completos. Revisó también las transacciones pendientes sin que ninguna arrojara motivo por el cual alarmarse. El error era del banco. Banco de mierda que le había costado una noche en compañía de esa deliciosa voz. Y a las dos de la mañana no podía hacer otra cosa más que esperar seis horas hasta que el banco abriera su call-center y rectificaran la equivocación. En el impasse, abrió su carpeta sagrada, que ya no tenía cifrado porque ya no lo necesitaba, y se entregó a las mujeres esculturales de muslos asfíxiantes.

—Banco del Obelisco, mi nombre es María Salvatierra ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi tarjeta no pasa y tengo dinero en la cuenta.

—Comprendo. ¿Me facilita sus datos para poder ayudarle?

Se los dio.

—Muy bien, vamos a validar su información. Por favor dígame su fecha de cumpleaños.

—Doce de septiembre de 1979.

—¿El nombre su madre?

—Leonora.

—Lo lamento, la información facilitada no corresponde con los datos que mantenemos en sistema.

—¿Cómo qué no? Si yo soy yo. Ese es mi cumpleaños y esa es mi madre.

—Lo lamento, no puedo ayudarlo. Debe apersonarse a una de nuestras sucursales con su documento de identidad.

¿Tanto lo turbaba la voz? La voz jugosa, la voz azucarada. ¿Tanto así deseaba su compañía que se arriesgaría a salir de casa? ¿Se pondría la diana sobre la camisa? Meses sin abandonar la santidad de su hogar, y ahora, no podía vestirse lo suficientemente rápido. ¿Cuánto tiempo tenía sin lavarse los dientes? ¿Lavárselos era un paso esencial? ¿O solo una dilación a su partida? ¡Bah! Ya se cepillaría la boca en otro momento. Escondió su cabeza bajo una gorra, sus ojos tras un par de lentes oscuros y dejó que la luz del día lo cegara por primera vez en mucho tiempo.

El banco estaba vacío y lo llamaron luego de diez minutos. Nadie parecía reconocerlo. Y eso que hasta imprimieron su cara en los periódicos cuando los padres de la endemoniada lo acusaron de pervertido. Lo atendió un hombre pulcro que debía tener más o menos su misma edad, a quien le explicó la situación obviando la dulzura de la voz y la programación tardía de la tele.

—Comprendo. La pantalla me indica que su cuenta ha sido congelada por una umm...serie de actividades sospechosas. Pero si confirma que es usted y me facilita su documento de identidad con gusto se la descongelamos.

Él sacó la cédula de su cartera de cuero y, justo cuando se disponía a entregarla, reparó en la fotografía. Era y no era él. No se terminaba de reconocer. Sí, era la misma piel oliva y la misma calva incipiente en la coronilla. Pero los ojos se alargaban de una manera que no correspondía a los suyos. La nariz, ancha como la de su madre, ahora

se afilaba violenta como la de un halcón. Esa sonrisa no era suya. Y ese nombre tampoco, nunca se había llamado así. ¿Octavio? No... ese no era él. No era su nombre. Era una versión deshecha de sí mismo, como si le describieran sus facciones a un dibujante que nunca antes lo hubiese visto y el resultado fuera aquel hombre usurpando su lugar en la cédula.

—Disculpe esto fue un error. —dijo, poniéndose de pie tan rápido que volteó la silla. Todo el banco observó su escape frenético hacia la puerta. La diana levitando sobre él. Y Corrió. Corrió como nunca. La gorra se le voló de la calva, los lentes se le cayeron en el camino. Pero nadie parecía reconocerlo. Y eso que hasta sacaron su rostro en los noticieros cuando la escuela lo tachó de depravado.

Al llegar a casa, sudado, luchando por recomponerse de la carrera, se encontró con que la puerta se negaba a abrir. Forcejeó contra la llave atascada sin indicios de que la cerradura se dignara a liberarla. No le quedó de otra que poner todo su peso sobre su hombro derecho y taclear la bisagra hasta que cediera. Dentro todo seguía igual. El reino de moscas, plantas secas y comida momificada en sus envases de poliestireno. Su santuario de sanidad donde él seguía siendo él, donde nada externo podía colarse. Aliviado de encontrarse en casa, levantó el teléfono para llamar a la única persona que lo reconocería hasta sin rostro.

—¡Eh! Hasta que te acuerdas de tu madre. ¡Demasiado tiempo sin llamarme!

—Mamá... escucha, algo raro está pasando. —no hubo respuesta del otro lado. —¿Mamá?

—¿Quién eres? ¿Por qué me llamas del teléfono de mi hijo? ¿Dónde está Titín?

—Mamá... soy yo. Escúchame por favor.

—¿QUÉ LE HICISTE A ROBERTITO?

La boca se le llenó de saliva amarga, la garganta atragantada con su propio corazón. Cerró el teléfono rápidamente para no escuchar los gritos histéricos de su madre que lo desconocía, que renegaba de él de la misma forma que renegó su cédula, de la misma manera que renegó la puerta de la entrada. Debía ser el insomnio. Sí, seguramente la

carencia ya le jugaba trucos a su pobre mente. ¿Quién se había creído para privar a su cuerpo de algo tan esencial como el sueño? ¿No era él un hombre de ciencia? ¿No debía estar consciente de que cosas como éstas pasan cuando se retan a los límites de la biología? La solución era un baño caliente, sí, un buen baño y un sueño reparador. Despertaría siendo él, con los demás recordando que él era él, sin importar que aquello conllevara auto colocarse el blanco en el pecho para recibir dedos alzados en su dirección. Y cuando volviera a ser él, podría finalmente regresar a la voz. ¡Que voz succulenta! Dulce como la miel.

Pero el espejo del baño discrepó con la lógica de su plan. El reflejo que ahí se le devolvía... los ojos que ahí lo miraban volvían a alargarse. La nariz se afilaba y la sonrisa desvariaba en aquello que era él sin serlo. El mismo hombre de la cédula reía en el espejo sin que él estuviese riendo. Sin que él abriera la boca. Reía regodeándose. Victorioso. Reía retándolo a hacer algo para detener lo que no entendía. Alzó el puño para estrellarlo contra el vidrio, centellas volando por el baño, fragmentos yaciendo a sus pies, la risa revoloteando sin boca de donde salir mientras la sangre se derramaba sobre su mano derecha.

Entonces escuchó los pasos. ¿Dentro de SU santuario? ¡DENTRO DE SU SANTUARIO!

Medio desnudo se apresuró a la sala, al origen del ruido producido por una docena de manos tocando su reino sagrado, su tierra segura. La que solo él podía tocar. Y los vio, uniformados, armados de rifles que portaban en la cintura y que no dudarían en usar si él les daba motivos para hacerlo. Y ellos lo vieron a él, su mano ensangrentada, sus ojos abultados mirándolos con desconcierto.

—¡ARRÓJESE AL PISO! ¡YA! ¡ARRÓJESE O ABRIREMOS FUEGO!

—¡ESTA ES MI CASA!

—¡Esta casa le pertenece al señor Roberto Mendieta! ¡AL SUELO!

—¡SOY YO! Yo soy...soy Roberto Mendieta.

—Roberto Mendieta tiene tres meses desaparecido y usted está ocupando ilegalmente su hogar. —las manos pasaron de sobar su mundo de moscas, de plantas marchitas y comida fosilizada a posarse

sobre él. A esposarlo, ponerlo de pie y decirle *“Octavio Carrillo, está usted bajo arresto por el homicidio y suplantación de identidad de Roberto Mendieta. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede y será usado en su contra en un tribunal de justicia”* antes de sacarlo por la puerta con bisagras desencajadas.

Miró hacia atrás una última vez, a la extensión del reino que se desvanecía a sus espaldas, donde las paredes permeadas aún goteaban esa voz jugosa, voz aterciopelada y succulenta prometiéndole hacer realidad todo lo que él pidiese. Todo lo que él deseara.



Kanek

Hada de las pesadillas

Una reinterpretación de un hada, pero convertida en un ser que puede atormentar y aparecer en las pesadillas. Mi principal inspiración viene de las obras de H. R. Gigers. Y de la arquitectura gótica.

LA ENANTIOMORFOSIS

POR: JUAN MANUEL MONTORO

URUGUAY

Despertó, pero la almohada ya no estaba allí. Levantó suavemente la cabeza y deseó llevarse las manos a la boca para comprobar que todo estuviera en su lugar, que aquel de terror de ver caer sus dientes uno tras otro como piezas de lego no era real. “Siempre lo mismo, Ignacio” se dijo a sí mismo, pero con el timbre de voz de su madre, que en paz descansa, la única que le llamaba por su nombre.

Recordaba haber leído varios manuales psicoanalistas de interpretación de sueños para descifrar el significado de esa pesadilla recurrente. Nunca había encontrado una respuesta satisfactoria: como en todo psicoanálisis, el significado se reducía siempre a dos posibilidades: una, el indiscutible deseo reprimido de masturbarse, violar a la madre (cómo va a descansar en paz así la pobre, pensó) o las dos cosas a la vez. O, dos, la encarnación de una frustración pasada, fuera cual fuera: desde no haber elegido la carrera de veterinario hasta no haber devuelto el VHS de las tortugas ninjas la semana en que el videoclub del barrio se fundió. Aguantar un golpe amargo en la boca y desprenderse la dentadura podía ser todo y nada a la vez.

Estar pensando en el psicoanálisis le hizo llegar a la conclusión de que, aunque parecía tan real, todo había sido un mal sueño. “No es posible pensar fuera de la caja si solo conocemos la caja” le decía siempre su padrino, un ex profesor universitario de teoría crítica, hoy devenido en speaker motivacional.

Casi todos los sueños terminan ni bien surge la duda. Y este seguía. Pero igual quiso comprobarlo con las yemas de sus dedos.

No pudo.

No encontró la boca y no encontró sus manos. Intentó pasar revista con la punta de la lengua, explorar los recovecos para constatar que las piezas dentales, aunque irregulares, no se interrumpían en ningún hueco. Tampoco pudo. Volvió a pensar que sería otro sueño e intentó sacudir el cuerpo para darse de lleno, ya no con la almohada, si no con el cabezal de la cama. Pero tenía los músculos adormecidos. “Si esto es un sueño lúcido, entonces tendría el cuerpo tenso” especulaba.

Ignacio seguía a oscuras y no supo cómo prender una luz. A pesar de la incertidumbre, se sentía relajado, gelatinoso. Había descansado bien, eso era lo importante. Estaba tendido sobre una amplia extensión y no había gravedad ni sábanas que le hicieran contrapeso. Esto de dormir solo no estaba tan mal después de todo, no imaginaba que se fuera a acostumar tan pronto. Incluso se sentía desnudo y fresco, aunque no recordaba haberse quitado el pijama durante la noche. No lo hacía cuando dormía con Berenice, tampoco lo iba a empezar a hacer ahora. Menos en invierno.

Era como si estuviera flotando y a la vez colgado a la cama. No hay almohada, confirmado. Pero trepando y moviendo y estirando un poco el cuerpo llega a identificar, ahora sí, un almohadón

amplio y profundo por detrás. Es mucho más que un almohadón. Es como un colchón suave, infinito y esponjoso que contrasta con la cama que, no, la cama no tiene colchón. Es una tabla dura, parece tallada en piedra.

Ignacio solo podía palpar con la carne porque no llegaba a ver ni oír nada. Puede retorcerse y enrollar la espalda y el abdomen para acomodar parte del cuerpo en la brecha que divide el almohadón gigante y blando de la cama afilada, lo mórbido de lo áspero. Se siente bien en ese rincón. Ve que puede estacionarse allí y disfruta hundirse en ese cuenco. Si pudiera identificar sus brazos y moverlos, los pondría sobre el borde: igual que en las películas hacen los que entran a un jacuzzi. Al principio sentía cómo su cuerpo estiraba un volumen alargado. Ahora nota que la cama, el almohadón y la grieta dulce que separan la una y lo otro son un yacimiento infinito para resguardarse. Siente que no tiene peso y, aunque no puede ponerse de pie, no tiene la más mínima intención de salir de allí. Si por él fuera, se quedaría toda la vida en ese lugar: ya ha olvidado que está a oscuras y que el sonido es apenas un recuerdo de un mundo pasado.

Por alguna curiosa razón, Ignacio no siente en absoluto que esté en horizontal. Pero tampoco siente la gravedad. Está adherido en vertical a una superficie de dos texturas tan distintas, cama y almohadón, como si fueran hueso y mucosa, y, en especial, se siente unido a su frontera secreta.

De repente escucha una voz. Es femenina y ronca, voz de vieja fumadora. Le resulta familiar, pero la escucha lejana, obstruida por un portón que filtra casi todo sonido. Ella grita algo y viene, se está acercando. Ignacio se esfuerza en reconocerla. Es lo más parecido a estar sumergido bajo el agua y escuchar las risas que llegan desde la orilla.

Ignacio se pregunta si acaso lo drogaron para encerrarlo en el baúl entre cuadriles de carne y baldosas de cerámica. Una disposición así justificaría no estar ni flotando ni acostado, sin sentir las extremidades y con los sentidos bloqueados,

salvo las texturas que le acarician el lomo. Pero la idea le parece absurda, así que decide no pensar más y entregarse al placer de la inmovilidad.

Ya más calmado, llegó a reconocer aquella voz familiar, que seguía malhumorada. Era Miriam, su suegra. Bueno, su exsuegra. Incluso llegó a identificar el contenido de los gritos: “¡Son más de las nueve de la mañana y seguís en la cama! Yo entiendo que estés pasando un mal momento, pero es todos los días lo mismo. Esto no puede ser. ¡En mi casa, no!”

El portón que lo tenía a oscuras se abrió en horizontal, las quejas se amplificaron y la luz encandiló la primera vista del día. Cuando pudo abrir los ojos y reconocer los detalles de la cortina, desde donde venía el sol, una bocanada de aire lo empujó con fuerza desde la espalda, pero pudo mantener la posición aferrándose a esa brecha entre la cama de piedra y el almohadón. Pasado el aluvión, también recuperó el olfato y esa ráfaga no era otra cosa sino el aliento matutino de Berenice. La madre miraba fijamente y reclamaba, ya no solo que se levantara, sino que se tapara la boca para bostezar, que fuera rápido a lavarse los dientes porque el desayuno estaba pronto hacía una hora y media. Aunque Ignacio podía ver a los ojos a su exsuegra, se volteaba y no lograba hallar a su ex, a quien parecían dirigidos los reclamos. ¿Dónde estaba Berenice? ¿Cómo había terminado durmiendo en el cuarto de invitados de su casa paterna?

Ignacio seguía sin moverse, pero la perspectiva cambiaba aceleradamente como si alguien lo estuviera llevando por control remoto. Fue de la habitación al baño y se paró frente al espejo. Entonces vio la cara mal dormida de Berenice en el reflejo. No pudo encontrar su propio rostro, que estaría en algún punto indescifrable entre el de su exnovia, los grifos del escupidero y la imagen de ella. Vio a través del espejo que ella se llevaba un cepillo de dientes a la boca y cuando bajó la vista vio al mismo aparato que se le acercaba, enorme y peligroso. Sin la fuerza de brazos ni piernas, Ignacio se agazapó, se encogió lo más que pudo dentro de la grieta entre lo duro y lo blando y observó

desde esa trinchera segura cómo las cerdas del cepillo sobrevolaban su cabeza sin rasparla. Ya no había riesgos. El cepillo inundó todo el espacio de un jugo blanco y viscoso, mezcla de saliva, espuma y pasta. Y por más desagradable que parecía ese fluido, tras varias enjuagadas el resultado fue una cavidad fresca y con olor a menta, que alojaba, sin embargo, a un Ignacio sucio.

Berenice cerró la boca y, reflexionando a oscuras y en silencio, Ignacio cayó en la cuenta de que se había convertido en el sarro que recubre los dientes superiores de su exnovia.

TRANSICIÓN

POR: WENDY BARSALLO

PANAMÁ

Carolina miraba inquieta hacia el techo de la habitación con la esperanza de conciliar el sueño. Acostada, buscó la mejor posición en la cama matrimonial y mientras daba vueltas, le llegó un vaivén a través de vértigos que le hicieron gritar. Cerró los ojos con la esperanza de que los síntomas desaparecieran. Empezó a llorar y a envolverse en las sábanas impregnadas de sudor. Le rogó a su esposo, que dormía junta a ella, que la llevara una vez más al hospital.

Eduardo la tomó por las caderas para intentar vestirla. Sus hijos lloraban confundidos al ver lo que ocurría con su madre. Sumergida en el malestar y viéndose las manos temblorosas, recordó las pastillas que había tomado. Desorientada, no recordó los nombres de las etiquetas. Ella tenía la certeza de que aquella cantidad de medicamentos no eran suficientes para hacerle efecto, los síntomas eran frecuentes e iban en incremento. Les rogaba a sus hijos que no se preocuparan. La abuela los cuidaría en su ausencia. En la sala de urgencias tenía que esperar para ser atendida. En el triaje, su situación no era clasificada como prioridad médica. Ella intentaba explicar algunos síntomas, a pesar de ello, las enfermeras continuaban con los nombres de los pacientes en lista de espera. Regresó al asiento y buscó el apoyo de su esposo, mientras miraba las manecillas de un reloj en la blanca pared.

Después de una hora, llegó su turno. Él médico la evaluó en silencio y con cuidado. Preparó varias referencias médicas y le recetó *Gravol* para el mareo. Le dijo que lo tomara dos veces al día por una semana. Le inyectaron un medicamento para

que se relajara un poco. Experimentó mucho cansancio.

Los días pasaban y los síntomas disminuyeron. Animada, decidió realizarse los exámenes médicos prescritos, revisiones auditivas, psiquiátricas y ginecológicas que eran parte de la lista médica. Ella buscaba alternativas para no sentirse estresada: aceites de lavanda o té de valeriana para las noches de insomnio. En ocasiones cuando amanecía, lograba conciliar el sueño, pero el inclemente despertador no le permitía descansar del todo. La ansiedad solo fue aumentando.

Una mañana, se levantó adolorida y arrastró la toalla hacia la ducha para asearse. Frente al espejo, tocaba su rostro y palpaba unas grisáceas ojeras. Estaba pálida, demacrada y con la piel flácida. Eduardo interrumpió sus pensamientos y la abrazó. Carolina se movió en sus brazos, se apartó con una sensación rara en el cuerpo. Su libido disminuyó considerablemente. No podía controlar sus cambios de humor. Su marido se fue distanciando de ella y Carolina se acostumbró a la soledad. El tiempo era solo tiempo y sin darse cuenta, estaba en un letargo, perdida en la aflicción.

Los papeles del divorcio estaban en proceso y su esposo terminó abandonando la casa.

*

Caminaba a diario desde la estación de transporte hacia su trabajo y en ese tiempo se convencía a sí misma de que podía salir adelante como madre soltera. Recordaba momentos en familia y aquellas risas que la llenaban de felicidad.... ya los recuerdos estaban en el pasado, ahora solo ella deseaba

silencio, tranquilidad: «¡Cuentas, hay que pagar una gran cantidad de cuentas!» Su corazón se aceleró. Anuncio de la llegada de los malestares. Se sentó en una acera de la esquina contigua a la empresa donde laboraba, bajó la cabeza e intentó tomar aire por la boca. Sus manos torpes y frías buscaron en el bolso una botella de alcohol. Lo inhaló con urgencia. Pensó que tal vez pronto su situación cambiaría. Poco a poco dejó de hiperventilar y aquella crisis la hizo llegar tarde a la oficina.

En el trabajo, no pudo concentrarse. La memoria le fallaba y su jefe le confesó que estaba en búsqueda de una secretaria joven y libre de problemas. Lo ignoró, se puso los audífonos para escuchar música y así poder terminar sus pendientes. El ambiente laboral tampoco le ayudaba: quejas, envidias y chismes. El enojo y las náuseas se apoderaron de su cuerpo. Se levantó para desahogarse en el cuarto de baño. Se tragó tres pastillas mientras limpiaba las lágrimas de su rostro. Ensayó cómo sonreír un par de veces frente al espejo para hacer lo mismo cuando el jefe la llamara.

Durante la semana, visitó al ginecólogo y él le explicó sobre los resultados de los laboratorios y medicamentos que había ingerido. Los exámenes mostraban un grupo de valores fuera del rango normal que revelaron un desbalance en su salud. El galeno le recetó una serie de medicamentos diarios incluyendo *Tibolona*. Le recordó la importancia del tratamiento y que no los mezclara por cuenta propia. En la farmacia solo podía pagar tres pastillas de un antidepresivo. El monto de la receta cotizada no estaba presupuestado y debía darle prioridad a los gastos de sus hijos, por lo que decidió esperar hasta el próximo día de pago.

Por las mañanas, al levantarse, le pedía a Dios que no regresaran los síntomas. Las oraciones fueron en vano y su estado de salud fue decayendo. Si embargo, no podía faltar a su trabajo. Se trasladó hacia la estación de transporte y la recibió una larga fila. Mientras las personas avanzaban en la cola para tomar el autobús, ella sentía sus sentidos magnificados. El vapor del suelo subía y se ofuscaba

por los rayos del sol que penetraban en sus ojos. Sintió dos pinchazos en la cabeza. Había perdido el primer autobús. Añoraba estar en otro sitio. Tenía escalofrío, fatiga y calor. Un fuego interno ascendía hacia su rostro. Se pasó las manos por el cabello empapado por la sudoración.

En la fila, pidió el favor a un extraño para que le guardara el puesto. Corrió desesperada hacia un baño público. Necesitaba un excusado para vomitar y como siempre, un lavamanos para refrescarse. Le embriagó un aroma fétido, como de cañería. Logró vomitar y lavarse el rostro.

Buscó en su bolso las medicinas. Las sacó y se las metió en la boca. Masticó con ansiedad. Salió del baño sintiéndose mejor, pero molesta por el ruido y el retraso que había en la estación de autobuses. A medida que los minutos pasaban, se empezó a llenar de ira. Una señora se acercó para venderle unos tamales y casi la golpea. Tuvo que alejarse de la presencia de la mujer. Todo le molestaba: la pareja que estaba discutiendo y las personas que no ponían en mute su celular.

«Sonidos escandalosos que llaman a los malditos vértigos». Carolina resbaló y cayó en el piso. La gente de la estación siguió de largo sin ni siquiera mirarla. En el suelo de aquella estación imperfecta con un piso resquebrajado, vio su vida. Copiosas gotas de un líquido le cayeron en la cabeza. Un indigente sediento, bebía restos de una gaseosa y suspendió la succión de la botella para inclinarse. Sintió pena por ella y decidió tomarla de un brazo sin importarle su apariencia, ni en limpiar sus manos sucias y curtidas. Se acercó y la miró a los ojos. Le mostró a través del reflejo, el abandono y la miseria... un caballero que vivía en la desgracia para sonreírle con pocos dientes. El gran número de móviles se levantaron para grabar la escena, como si se tratase de un espectáculo; Un indigente que ayudaba a una extraña y le abría el paso en la enredada fila. Una muchacha le cedió su lugar.

El autobús llegó y Carolina subió con ayuda. Se sentó cerca del chófer para no olvidar dónde bajarse. Mientras el vehículo avanzaba, temblorosa, introdujo una pastilla de *Dimenhidrinato* en su boca y la tragó en seco.

Miró los rostros en cada puesto, personas impacientes y ansiosas por llegar a su destino. Deseaba en ese instante terminar con su vida. Se levantó dudosa del asiento con el objetivo de correr y lanzarse a la calle contra un vehículo, pero con tristeza pensó en sus hijos. Se sentó y pidió la parada.

Cuando abrió la puerta de su casa, se encontró con el fregador lleno de platos sucios. A su alrededor, había ropa y zapatos tirados. Un fuego interno la consumió. Escuchó a lo lejos que sus hijos discutían. Carolina a gritos exigió que la ayudaran a ordenar todo ese desastre. En la mesa, se encontró con los recibos del colegio.

Miró a sus hijos como si fuesen desconocidos, rostros deformes que no reconocía. Silencio... solo ella quería silencio y arrastrándose por las paredes del pasillo llegó a su habitación. Estaba agotada de la misma rutina y del círculo vicioso en el que vivía. Las citas médicas que estaban agendadas tardaban en el centro hospitalario y todavía no tomaba la Tibolona prescrita. Solo tenía medicamentos para el dolor de estómago y cabeza, mareos, relajantes y antihistamínicos.

No quería escuchar a nadie, ni regresar al trabajo. Necesitaba algo que la hiciera dormir. En el cuarto de baño, decidió tomarse un grupo de pastillas: diez rosadas, cinco blancas y ocho azules más un antidepresivo mientras contemplaba el reflejo de una belleza extinguida, canas y arrugas llegaron con los años. La melancolía le recordaba sus días de juventud. Deseaba tener paz y se abrazó a la oscuridad en silencio.

Ella dormía de forma plácida y al cabo de varias horas se escuchó el lamento de la familia.

**

Carolina yacía en una cama. Apenas abrió los ojos, escuchó sonidos de llantos. Vio a su exmarido, a la abuela y a sus hijos. Todos vestían de negro. Intentó hablar, pero las palabras se quedaron atascadas en la garganta. Le pareció también que los veía en una distancia incomprensible.

Cerró los ojos y cuando los abrió, notó que la habitación estaba medio vacía. Su exmarido ordenaba el armario. Se preguntó qué había pasado y por qué él estaba en la casa. Pero antes de llegar a las respuestas, volvió a cerrar los ojos.

Eduardo sacudió la cabeza para borrar el remordimiento y la culpa. Salió de la habitación y se dirigió a la sala para revisar viejos papeles, recibos pendientes y facturas. Encontró un cartapacio con unos exámenes de laboratorios, referencias y un informe médico en el que decía:

La paciente Carolina Gallardo de 50 años de edad será referida a un psiquiatra y sometida a un examen toxicológico. A través de supervisión médica le ha sido recetado un tratamiento antidepresivo y hormonal de forma prolongada por amenorrea y estado avanzado de climaterio. Deberá regresar a consulta con su esposo y continuar evaluando su estado.



Daniella Meléndez

The fall

¿Qué está destruyendo el planeta? Muestra las primeras huellas del ser humano y cómo este poco a poco, indiferente a lo que causa, destruye su propio espacio por ocio. La relación entre los dos personajes se ve perjudicada al ver cómo el humano se muestra entretenido por la destrucción de su raza; no le ve el problema, lo ve común. Sólo crea preocupación y decepción mientras el protector mira al que antes consideraba un amigo, cambiando su perspectiva y recordándole su trabajo de proteger la luna de la tierra y de los humanos.

RELIQUIAS

POR: IGNACIO PRADOS

ESPAÑA

Florencia Caruso inició su peculiar compilación cuando siendo apenas una niña en su Buenos Aires natal un vecino le regaló una rosa blanca seca, disecada, y le dijo que esa flor estaba en el ramo que la actriz Norma Giménez compró justo antes de arrojarla a las vías del tren en un arrebato de desamor. Esta historia la fascinó tanto que decidió dedicar su vida a recopilar todo aquello relacionado con el suicidio, nos comenta a la entrada de su pulcra tienda sita en una pintoresca calle de Briviesca, un pueblo de Burgos. Nada la hace más feliz que guardar con el respeto que se merecen notas manuscritas, armas, diarios, prendas... toda pieza tiene una historia que Florencia y su equipo estarán más que encantados de desvelarle para ayudarle a elegir. Así podrá llevarse a casa aquello que mejor se ajuste a sus deseos y a su presupuesto, para honrar a quien tuvo el valor de asomarse a la muerte y dar ese último paso a ese destino final que todos compartimos.

Entre múltiples historias anónimas esta extraordinaria colección alberga algunas más conocidas. En una de las esquinas, justo debajo de una vitrina que contiene botes de barbitúricos, sedantes, ansiolíticos y somníferos (algunos vacíos), el visitante podrá ver un horno de gas de los años 60. Como habrá adivinado nuestro ávido lector se trata del electrodoméstico que usó Sylvia Plath para suicidarse metiendo su cabeza en él. Una de sus preferidas, dice la señora Caruso y nos permite el lujo incluso de abrirlo y dejar que nos asomemos. Una pena que lo limpiaran tan profusamente, habría sido maravilloso poder detectar aunque fuera unas

notas de olor de la muerte de una poeta. Eso sí, aún está a la espera de la compradora adecuada porque Florencia asegura al 100% de que será una mujer.

Más próximo a la puerta, desde la que podemos ver a niños correr, el curioso comprador podrá ver un gran número de sogas de todos los tipos y tamaños, algunas incluso ensangrentadas por los arrepentidos en el último momento. Entre ellas la favorita de la dueña y, nos aventuramos a decir, comisaria de esta peculiar tienda es la que llevó al abrazo final al actor David Carradine en un cuarto de hotel de Bangkok mientras se entregaba al onanismo más intenso. No es un suicidio al uso, pero el llegar a la muerte en una búsqueda extrema del placer es digno de albergarse en este establecimiento y buscar a quien lo aprecie como es debido.

En otra pared descansan algunas armas blancas (el suicidio por arma blanca es algo mucho menos habitual de lo que se pueda pensar), unas pocas aún con marcas de sangre. Entre ellas destaca un cuchillo por su singularidad y por la historia que alberga en su afilada hoja. Es el tantō, daga corta japonesa, que empuñaba Yukio Mishima cuando cometió su seppuku, el suicidio ritual japonés propio de los samurais. Aunque es conocido que falleció decapitado por uno de sus seguidores, este cuchillo forma parte de la historia y ante la imposibilidad de localizar la katana que le seccionó el cuello, este es el mejor homenaje que se le podía dedicar a Mishima, un hombre que entendía el suicidio casi como una obra de arte. “El seppuku es una delicia”, nos comenta mientras contempla extasiada el filo. “Un suicidio codificado, lleno de

honor, de belleza... y que podía acabar con el suelo lleno de intestinos”, remata divertida.

La colección de armas de fuego es mucho más amplia, y hay auténticas joyas. Por ejemplo, podemos encontrar el revólver con el que se suicidió Mariano José de Larra con apenas 27 años o, para los más alternativos, la escopeta con la que se disparó Kurt Cobain a la misma edad. Toda una coincidencia. Pero la joya de la corona, como indica Florencia, no es otra que la escopeta Boss calibre 12 con la que se quitó la vida Ernest Hemingway. Es una preciosidad, nos comenta emocionada mientras la maneja cuidadosamente en sus manos enguantadas.

No hay duda, todo amante del más allá disfrutará de su visita a este negocio con ofertas para todos los bolsillos (una nota manuscrita de una persona desconocida ronda los 15€, una bala con restos de sesos puede alcanzar los 200) y con una auténtica experta del tema como es Florencia. Vale la pena acercarse a este precioso pueblo burgalés para disfrutar de uno de esos secretos ocultos que guarda nuestro país.

La Tienda de Objetos Singulares Florencia Caruso está abierta de lunes a viernes de 10:00 a 14:00 horas y de 17:00 a 20:30 horas y los sábados de 11:00 a 21:00 horario continuo. Para consultas, pueden llamar al 947567824 o escribir un correo a info@florenciacaruso.es. Calle Duque de Frías, 20. Briviesca (Burgos).



María Herrera

leyendas de vida y muerte

En esta obra se ve la interesante relación entre empollerada panameña (leyenda urbana) y el esqueleto de las Catarina Mexicanas, que a pesar de que las historias de estos personajes son distintas, comparten esa fascinante relación entre los vivos y los muertos.

LA NOCHE DEL JAGUAR

POR: ABIGAIL GUERRERO

MÉXICO

Mira, la verdad es que el turno de noche sí está bien chingón.

Hay poca gente, hay poco ruido, y casi nunca pasa nada.

La gente no va a andar trayendo a sus animalitos a las tres de la mañana, y los animalitos que tienen que pasar la noche aquí normalmente no dan problemas porque están muy cansados, o muy enfermos, o muy sedados.

Me la paso viendo películas de'sas de terror. Las miro aquí, en la misma pantalla donde veo las transmisiones de las cámaras, todo en chiquito, así si alguien viniera me encontraría trabajando. Aunque tampoco importaría tanto si me encuentran dormido, porque a nadie que tenga que ir a una clínica veterinaria después de la medianoche le importa mucho lo que haga o deje de hacer el 'inche guardia, ¿verdad que no?

¿Qué si no me da miedo? No mijo, yo desde hace mucho tiempo que ya estoy curado del espanto, y por algo que me pasó aquí mismo en el trabajo. Ah, ¿quieres que te lo cuente? Bueno, supongo que es justo que lo sepas si te vas a quedar a trabajar aquí, capaz que hasta te ponen en el turno de noche un día de estos.

Pues es como con todos los hospitales, la gente siempre dice que pasan cosas raras por las noches, que espantan. Nada más que como aquí es un hospital para animales, lo que se aparece es un gato. Y no cualquier gato, sino un jaguar. Y no cualquier jaguar, sino uno que es un dios.

No, no te rías cabrón, que yo tampoco les creía al principio. Hasta que lo vi.

Pasó el año pasado, en septiembre, que dicen que es el mes de los terremotos.

Yo estaba aquí sentado en este mismo escritorio moviéndole al Netflix, buscando algo para pasar el rato. Recuerdo que en aquel entonces todavía no me gustaban las películas de terror, porque todavía no estaba curado del espanto.

Yo tenía todas las ventanitas abiertas en la pantalla, también las de las cámaras, de'veras que sí, y te juro por la virgencita no vi a nadie entrando por la puerta ni caminando por el recibidor. Cuando levanté la vista, la niña ya estaba aquí, parada enfrente de'ste mismo escritorio. No, no me estoy equivocando de historia, pérate que ya voy a llegar al 'inche gato.

La niña tenía su ropita típica de esa que es tejida, en los pies llevaba huarachitos y el pelo lo traía muy largo y trenzado. Y tú dirás que eso no da miedo, pero sí daba, porque la niña no tenía cara. No te rías, cabrón, que es en serio. Sus brazos y sus piernas sí tenían piel, como una persona normal, pero su cabeza era puro hueso.

Y la mendiga escuincla del demonio venía cargando un 'inche jaguar.

Era un jaguar chiquito. Aunque eso de chiquito es un decir, porque estaba casi tan grande como la niña. Era un cachorro, pues, pa'que me entiendas. Pero así de cachorro como era ya tenía garras, afiladas como ganchos de carnicero, y los colmillos grandes y gruesos como mis dedos. Cuando abría la boca le salía un tufo a carne cruda, a sangre.

Y viene la escuincla y que me pone al animal ese

aquí en el escritorio.

—Vengo a que me vacunen a mi gatito —me dijo—. Se llama Micho.

Yo andaba que me surraba del ‘inche susto. Es que imagínate nomás, ¡la niña sin cara y encima me traía un jaguar! Pero ahí como pude junté coraje y le dije—: No, ni madres, regrésate pa’l averno ‘inche engendro del mal, que aquí no tratamos jaguares.

Dicen que el diablo le da poderes a quienes lo siguen, habilidades sobrehumanas, y yo creo que a la niña esa le dio mucha inteligencia porque se puso bien vergas y me quiso marear con unos argumentos acá bien cabrones—: Allí afuera tienen un cartel que dice que sí atienden gatos, y el Micho es un gato.

Ah, pero yo fui más listo que aquel ente maligno y le contesté—: Bueno sí, pero tienes que venir de día, porque ahorita es de noche y todos los doctores están dormidos. Sí, ahorita están todos bien dormidos en sus casas, muy lejos de aquí.

Yo esperaba que con eso se fuera y regresara a la mañana siguiente, y así a lo mejor le caería su maldición al guardia de día y no a mí, pero resultó que no se podía.

—De día no puedo salir —me respondió—. Es que me quemó.

—¿En el infierno no te quemas? —le pregunté, ya medio desesperado.

Y me contestó algo como—: Yo no vengo del infierno, vengo de más lejos...

A mí ya se me estaban bajando la presión, el azúcar, el colesterol, y creo que hasta los triglicéridos. No, no te rías culero, que ya no te cuento. Ah, ¿quieres saber que pasó después? ¡Pues ya no te rías!

Bueno, ¿en dónde me quedé? Ah sí, ya me acordé. Pues la escuincla me empezó a contar que no venía de abajo sino de arriba, de allá por donde están las estrellas. Y que allá todos eran como ella, así sin cara, puro hueso. Me dijo más cosas, pero la verdad ya no le puse mucha atención, yo me andaba vomitando por aquello de que tenía la presión y el azúcar y todo lo demás pero hasta el suelo.

Total, que ya pa’que se fuera le dije—: Sale pues, le pongo la de la rabia al animal este, pero luego te tienes que regresar pa’l averno ese de donde saliste.

—Ta’ bueno.

Y pues ya fui hasta el anaquel ese donde guardan las antirrábicas y las jeringas.

¿Qué si yo sé cómo poner una vacuna? Claro que sé, los doctores te dicen cómo hacer de todo cuando empiezas a trabajar aquí, por si cualquier cosa. Mira, si pasa algo raro, lo primero que tienes que hacer es hablarle a un doctor, pero luego esos tardan en llegar. Así que a veces te dejan alguna caja con medicinas para que le des a algún animalito en lo que ellos llegan. Ahí ellos te dicen, que si el perrito aquel se empieza a convulsionar le inyectes tal cosa o la otra. No, no te preocupes, no tienes que abrir la jaula. Se les mete la aguja por entre las rejas, o a veces se les pone el medicamento directo en el tubito ese del suero.

Bueno, ¿qué te estaba diciendo? Ah sí, entonces dije que yo le ponía su vacuna al gato ese. Pero justo cuando le estaba preparando la jeringa, que empieza a temblar. No, no temblaba el jaguar, pendejo. Te digo que comenzó a temblar la tierra, un terremoto pues, pa’que me entiendas. Los pobres animalitos se despertaron y empezaron a aullar, a maullar, y a pillar, y las medicinas comenzaron a caerse de sus estantes, y yo pensé que ya todo iba a valer verga.

Pero entonces la niña comenzó a calmar al felino ese. Lo acarició al mendigo gato, le rascó detrás de las orejas y le dijo—: Ya Micho, que es un piquetito, ni te va a doler. Es un piquetito y es por tu bien. Te quiero mucho, Micho.

Así como lo te digo, nada más de repente, se paró el temblor ese.

Yo me le quedé viendo al jaguar, ya sin ganas de acercarme de nuevo, y le pregunté a la niña—: ¿Qué fue’so?

—Un terremoto —me respondió como si fuera yo pendejo, pero ya luego me dijo bien—: Micho es el dios de los terremotos, las montañas y la destrucción.

Para este punto yo ya me tragaba cualquier cuento.

—¿Y por qué tienes a un dios de mascota? —le pregunté.

—Pues para que yo lo cuide, para que le dé de comer y juegue con él y le diga que está bien bonito, ¿verda' que está bien bonito el Micho?

Y yo le dije que sí, que a huevo que estaba bien bonito el 'inche monstruo ese, porque capaz que me castigaban los dioses o los demonios si le decía que no.

Ya entonces le dije a la niña que agarrara bien a su animalito porque no quería que me fuera a arañar o a morder cuando le pusiera la vacuna. Imagínate wey, ya andaría yo sin brazos ni piernas. Total, que ya la escuincla lo agarró del pellejo del cuello pa'que se estuviera quieto, y ya le puse yo la inyección. El gato gruñó y entonces hubo una réplica del temblor, aunque ya no fue tan fuerte como el primero. Pero igual yo casi me desmayo del miedo, eso sí.

Ya cuando por fin se andaban yendo y yo comenzaba a relajarme, la escuincla se dio la media vuelta y me dijo—: Nos vemos el año que viene.

Pues resulta que a los gatos se les tiene que poner la vacuna esa de la rabia todos los años, y la niña con su jaguar endemoniado han estado viniendo cada septiembre desde que se construyó la clínica. Y muy seguramente seguirán viniendo hasta que ya no exista.

Mira, no te lo cuento para asustarte, sino para que estés preparado. Porque capaz que un día de estos te ponen en el turno de noche y te toca que venga el espectro ese con su gato. Pues ríete si quieres, que yo tampoco me lo creía cuando me lo contaron los guardias que estaban aquí antes de mí. Pero sí pasa, esos dos siempre se aparecen en algún momento de septiembre, y más te vale que los atiendas bien porque si no el Micho nos va a aventar un terremoto y entonces vamos a valer verga todos.

Diría yo que ese es el único problema que tiene el turno de noche, porque la mayor parte del tiempo está tranquilo. No hay mucha gente, no hay mucho ruido, casi nunca pasa nada.

Casi nunca.

MAGDALENA UNA VEZ ESCRIBIÓ UNA HISTORIA

POR: EDGAR.A ORTEGA

VENEZUELA

Magdalena contaba con una habilidad peculiar: lo que escribía cobraba vida por unos segundos si era leído en voz alta. Sus padres lo descubrieron cuando tenía cinco años. En esa ocasión, Magdalena había tomado un lápiz del escritorio de su madre, cogió un papel y escribió: “Papi, feliz, tiene hambre”. Fue a la sala, lo leyó, y mayor sería la sorpresa de ambos padres cuando, de la nada, apareció un señor idéntico a su papá, sonriendo, llevándose las manos al estómago y haciendo las señas necesarias para reflejar su estado. Sin moverse, el ser desapareció a los pocos segundos. Todos estaban atónitos, menos Magdalena, quien de lo más normal continuó escribiendo combinaciones infinitas de letras.

A medida que fue creciendo, Magdalena pulía sus dotes narrativas: las breves historias que escribía, como el paseo de un perro por el parque, cobraban vívidas y fugaces recreaciones para la celebración de sus padres y de los vecinos curiosos. Los padres querían capitalizar las habilidades de su hija, por lo que pronto buscarían contactos con editoriales de literatura infantil. El proyecto no pudo resultar mejor: los encargados quedaron encantados al ver cómo las descripciones de paisajes y actividades de los personajes salían de las letras para formarse en el mundo. La editorial abrió un canal para recibir solicitudes de niños, y Magdalena, sin mucho esfuerzo, los llevaba a cabo. Con esto, los dibujos e ilustraciones en 3d eran parte del pasado.

Los expertos en literatura conversaban acerca del fenómeno, enfatizando sobre la evolución de la

literatura, y cómo, finalmente, asumiría la importancia que merece, esa que siempre ha debido tener, es decir, la de hacer verdaderos, reales, las palabras de la humanidad. Las editoriales soñaban a futuro: ¿qué pasaría cuando Magdalena tenga la destreza de escribir hondamente y elaborar personajes complejos como los de la literatura universal? Era solo cuestión de tiempo.

No pasaría mucho para que las cosas fueran complicándose. En un momento, un señor fue a visitar a Magdalena. Intrigado por su facultad con las palabras, el señor tenía una petición, muy personal, pero con la que estaría agradecido profundamente: volver a ver a su madre. El señor agendó una cita con los padres de Magdalena. Llegado el día, se tomó una tarde entera hablando de su vida y la relación que tenía con su difunta madre. No tenía fotos o dibujos que ayudara a la escritura, por lo que la intención del señor era dar una imagen clara, deseaba precisar cada gesto de su madre, sus ademanes, expresiones de felicidad y tristeza, de manera que al momento de su redacción la figura que cobrara vida fuese lo más fiel posible a la que alguna vez existió.

El proceso tomó un par de semanas. Durante ese tiempo, el señor se ocupó de todas las necesidades de la familia, creando un espacio idóneo para la creatividad de Magdalena, que para entonces ya tenía diez años y poco a poco estaba comprendiendo los conceptos abstractos que implicaba la vida, aspecto fundamental para el futuro literario de la joven. Encerrada, escribiendo

y borrando, se preguntaba acerca de la esencia secreta de la existencia y los sentimientos. Aprovechaba los momentos con el señor, y su familia, para ver sus reacciones ante escenas que ella planteaba, el único medio, pensaba Magdalena, para revelar el secreto literario.

La fecha se anunció y medios de todas partes del país se reunieron para presenciar el evento. El señor se esmeró en recrear el momento que más añoraba con su madre: estaban en el parque, un día soleado, la señora tenía tiempo libre y quiso pasarlo con su hijo. Hablaron de lo que deseaba para él, de su padre ausente, y de lo lindo y terrible que podía ser el amor. <<Sencilla>>, dijo el señor, <<pero en ocasiones son estos breves instantes los que mejor impresos quedan en nuestras almas>>. Magdalena lo contempló unos segundos, inquisitiva, *había comprendido el secreto*. Luego comenzó. En los videos quedó grabado cómo la figura de la madre se fue formando a partir de las palabras y lectura de Magdalena. El vestido que recordaba el señor, los movimientos de sus manos, el viento deslizándose por el pelo negro, la cicatriz en el muslo derecho, y esa sonrisa, esa sonrisa de madre que devuelve a todos a la más genuina añoranza de la infancia y fragilidad. Las piernas del señor flaquearon, se arrodilló junto a los pies de su madre agradeciendo a Magdalena por la oportunidad. <<Ya puedo morir en paz>>, concluyó.

Si bien la noticia se dispersó rápidamente y supuso una gran cantidad de pedidos, desde revivir mascotas desaparecidas y niños muertos por enfermedades, hasta casos de asesinatos culposos, nada de esto conmovió a Magdalena. En cambio, seguía profundizando en la realidad de las cosas, su durabilidad, significado y valor. Decía, por ejemplo, que en su escritura la vida encontraba su *verdadera realidad*, el amor que ella inventaba, y que podía reproducirlo cuantas veces quería, no perdía nunca su intensidad, <<En cambio, y lo puedo ver en ustedes, papá y mamá, la intensidad de su amor real fluctúa cada tanto. Quizás es necesario para las personas que alguien les escriba lo que sienten>>.

Para entonces, Magdalena era una experta en leer personas. Sus padres se separaron. Existieron diversos rumores, pero el más aceptado, más por morbosidad que por genuina evidencia, indicaba que el padre intentó acostarse con una mujer que le había pedido a su hija.

Poco a poco, Magdalena y el público general fueron separándose. Existía un contrato en rigor con las editoriales, pero ninguna de las partes quería continuarlo: Magdalena estaba creciendo y se notaba en su escritura e intereses: sus inocentes e infantiles creencias dieron pasos a escenas más complejas, sombrías e incluso grotescas. En plena adolescencia, las creaciones de la joven no eran momentos felices e idílicos, sino escenas de soledad, depresión, de cambios hormonales y rupturas amorosas. Los nuevos personajes de Magdalena eran un desfile de chicas sangrantes, con brazos mutilados, pastillas vomitadas, jóvenes arrancándose el corazón, con jeringas clavadas, y en los casos menos extremos, seres en cuclillas en un rincón de la habitación.

Las editoriales la abandonaron, pero sus expresiones le valieron un amplio reconocimiento en otros sectores, algunos encontraban en su habilidad el lugar perfecto para concretar todo tipo de fantasías y fetiches. Magdalena aprendió a no juzgar, a transmutar, como alquimista, todo lo que le pedían en realidad, sin importar que fueran asesinatos, violaciones o engaños. El dinero que acumuló durante años le permitió separarse de su madre e independizarse. Se aisló del mundo, de esa supuesta realidad, como le gustaba llamarle, para reducirse a la verdad que le mostraba sus letras.

Con el tiempo, el único vínculo que existía entre sus seguidores y Magdalena eran las redes sociales. Ya no aceptaban encargos, estaba trabajando en algo que nunca había realizado antes: escribir una historia completa. Hasta entonces, Magdalena solo escribía momentos, escenas particulares, pero nunca algo continuo, no contaba con narraciones de largo aliento, con personajes con nombres propios, profundidad psicológica y un espacio único que no se limitaba

a unas cuantas descripciones adjetivales.

Antes de comenzar su historia, Magdalena se propuso a hacer varios ejercicios, los mismos consistían en cuentos cortos, acciones sencillas, a través de los cuales quería darles cuerpo y dimensionalidad a sus personajes. Magdalena actualizaba sus redes con videos cortos de lo que inventaba. Hubo un gato llamado Virgil, el cual, en palabras de Magdalena, <<Entraba y salía de la realidad como deseaba. A veces pienso que ni siquiera redacté sus idas y vueltas>>; el joven Keth, que servía de novio y acompañante, <<Sin duda, la mejor pareja sexual que he tenido en mi vida>>; o la servicial Cecilia, la ama de casa que muy dulcemente trataba la joven escritora.

Pero a pesar de la alegría mostrada en los videos, los ejercicios empleados por Magdalena contrastaba con la realidad de sus vecinos. Los rumores sugerían varias quejas. De Virgil, por ejemplo, decían que se escabullía en los apartamentos, saqueaba la comida y se marchaba, al no haber manera posible de entrar, los vecinos pensaron en el gato fantasmal. Mejor suerte no corrieron el joven Keth y la servicial Cecilia; del primero se comentaba que era algo siniestro, apático, y de la segunda, indicaban que era tan insensible que no se detenía a charlar con las demás amas de casa en los pasillos del edificio. Los personajes, ya independientes de su autora, deambulaban por el recinto, y aunque nada en ellos delataba que fueran ficticios, había algo salvaje y primitivo en las personas que los mantenían alejados de las creaciones. Magdalena no podía continuar con sus ejercicios debido a las constantes quejas. Al poco tiempo, eliminó todo el contenido de sus redes, dejando solo su nombre y un avatar genérico, y desapareció.

Pasaron más de quince años sin noticias de la joven. Ocasionalmente, los programas la recordaban con diversos títulos pomposos, “La maga que le daba vida a la escritura”, “La malabarista de letras y dadora de vida”, el público reaccionaba de distintas formas, aquellos que deseaban su regreso, otros, los más religiosos, se oponían a su vuelta.

Los padres, juntos de nuevo debido a la penuria, ignoraban el paradero de su hija, y siempre que podían le rogaban que apareciera. Ninguna voz fue escuchada.

Sin previo aviso, cuando la historia de Magdalena rozaba la condición de mito, sus redes se reiniciaron. No cambiaron el avatar, solo se subió una foto, en la misma se veía una grabadora reproduciéndose, un libro titulado: *Mis personajes caminan entre ustedes*, y la frase final de una hoja, la cual decía: <<Finalmente, la chica quien escribe se fundió con sus palabras>>.

De Magdalena nunca más se supo algo.

UNA TEORÍA SOBRE EL TRABAJO

POR: LUIS FRAGA LO CURTO

VENEZUELA

Como todos los días, esa mañana Teresa bajó de su habitación hasta la sala de producción. Se sentó en su puesto de trabajo y continuó barnizando las tallas que había dejado inacabadas el día anterior. Junto con ella estaban otros nueve compañeros. La primera en la fila recibía los tronquitos de madera desde el orificio de entrada. Con el formón iba rebajando las partes innecesarias y pasaba el resultado al siguiente en la fila, que con una gubia empezaba a moldear lo que parecía una cabeza, un tronco, unas piernas y unos brazos. Le pasaba el resultado al siguiente compañero, que tallaba con mayor detalle los ojos, los dedos, los cabellos. Y el siguiente tallaba con aún mayor detalle; y la siguiente lijaba; otra aplicaba pintura marrón; otro, pintura blanca; y así sucesivamente hasta que la talla llegaba a Teresa, la décima compañera, que se encargaba de barnizar, dejar secar, e introducir el resultado final en el orificio de salida. El tronquito, que se convertía en talla de madera antropomórfica, iba rodando muy lentamente por una cinta de tela que se paseaba por cada uno de los puestos de trabajo, desde el orificio de entrada hasta el orificio de salida.

En la sala de producción había un gran reloj de madera que anunciaba el comienzo de la jornada, el receso de la mañana, el almuerzo, el receso de la tarde y el fin de la jornada. Cada vez que esto ocurría, del reloj salía un muñequito de madera vestido de fraile capuchino, que tiraba de una cuerditita que, a su vez, hacía sonar una campana. Eran las 11 de la mañana. El muñequito disfrazado de fraile capuchino salió de su cajita, llegó al centro del reloj, tiró de la cuerditita y entonces

empezó a sonar la campana. Teresa y sus compañeros supieron entonces que se trataba del receso de la mañana. Mientras sus compañeros se contaban historias y se reían en la sala de producción, Teresa fue un momento al baño.

Una niña estaba jugando en su habitación, desde lejos se oía la madre llamándola para que fuese a desayunar. La niña cogió una caja, la sacudió, y, de pronto, cayeron al piso nueve muñequitos. La madre continuaba llamándola, hasta que por fin la niña hizo caso, se levantó y se fue hasta la cocina, dejando a los muñequitos en el piso.

Cuando Teresa salió del baño estaba sola en la sala de producción. Pensó que quizá sus compañeros habían salido a fumar. O que quizá estaban en sus habitaciones. Pasaron algunos minutos y Teresa vio al reloj, ya iba a terminar el receso. Teresa subió a las habitaciones y nadie estaba allí. Se asomó a la terraza y no había nadie fumando. El receso de la mañana finalizó y no había rastro de ninguno de sus nueve compañeros. Así pasó también el almuerzo, el receso de la tarde y el fin de la jornada. Esa tarde Teresa se fue sola a su habitación. Al día siguiente, la sala de producción estaba vacía, como también el día después, y el siguiente, y el otro. Y así durante semanas.

El primer día sola, Teresa continuó barnizando las tallas, y, cuando estuvieron secas, las introdujo en el orificio de salida. Pero muy pronto se terminaron las tallas y ya no tenía nada que hacer. Por el orificio de entrada continuaban llegando los tronquitos de madera. Entonces, decidió agarrar el formón y las gubias y comenzar a tallar ella sola.

Tallaba con tanta maestría que ella misma se asombraba de su habilidad. Una vez moldeadas y lijadas, las pintaba con gran detalle, las barnizaba, las dejaba secar y las introducía en el orificio de salida.

Así pasaron muchos días, meses, incluso años. Un día, cuando sonó la campana anunciando el fin de la jornada, Teresa se levantó de su puesto de trabajo y caminó hacia su habitación. Pero algo, una especie de voz oculta, un sentimiento de curiosidad, le hizo preguntarse qué había más allá del orificio de salida. Teresa se devolvió, fue hasta el orificio de salida y allí introdujo su cabeza. La cinta de tela iba muy lentamente transportando las tallas de madera finalizadas por un gran laberinto industrial. Al final de la cinta, Teresa podía ver un gran horno, en cuyo fuego caían las tallas finalizadas. El horno que se alimentaba de las tallas hacía calentar el agua, que se convertía en vapor y activaba el mecanismo que hacía mover la cinta, que transportaba los tronquitos de madera hacia el orificio de entrada, pasando por toda la sala de producción, hasta el orificio de salida y de allí al horno.

Teresa sacó su cabeza del orificio de salida, caminó hasta su habitación, cenó, se bañó, se cepilló los dientes y vio la televisión, hasta que se quedó dormida. Al día siguiente, se levantó temprano por la mañana y fue a la sala de producción. Con el formón, las gubias, las lijas y los pinceles, transformó los tronquitos en tallas antropomórficas, cuyo destino era alimentar el fuego que hacía mover la cinta.



Barcelona, en el centenario de la publicación de *Ifigenia*, de Teresa de la Parra.

UN TIPO DEBAJO DE LA COCINA

POR: RICARDO HERNÁNDEZ PEREIRA

*Bajo la niebla del quirófano
Extrañas aves de colores anidan
Pere Gimferrer*

EL SALVADOR

Hoy, en la mañana, encontré a un tipo debajo de la cocina. No sé cómo llegó ahí. Llevo horas viéndolo moverse y tambalear. A veces, pareciera estar dormido, pero cuando menos lo espero, comienza a gritar y a convulsionar.

Me da un poco de lástima.

Lula llamó hoy para comentarme que le había sucedido lo mismo. Ayer halló a un tipo durmiendo entre los muebles de la sala. Cuando intentaron acercarse, el sujeto corrió a parapetarse hasta el fondo del jardín.

—Nunca nos había pasado. —me dijo, consternada— Conoces a Bruce, es una persona paciente, pero no tolera que este tipo de cosas ocurran en la casa.

Lo comprendía.

Yo me había pasado parte de la mañana observando a mi tipo debajo de la cocina. Masticaba palomitas de maíz y miraba la televisión mientras el sujeto convulsionaba, se deslizaba, y se volvía a recomponer. Me resultó gracioso el contraste entre el tamaño del sujeto y la pequeñez de la cocina; sin embargo, después de pensarlo mejor, me horrorizó la idea de que pudiera quedarse ahí demasiado tiempo. No podíamos tenerlo en casa. La ordenanza municipal lo prohibía expresamente. Además, debía comunicárselo a Mimí, e imaginé que eso también traería algún tipo de inconveniente.

—Tenemos a un tipo ahí abajo —señalé, tan pronto ella entró a casa.

—Lo sé. —dijo, mientras se desabotonaba la chaqueta— Parece inofensivo.

—Pues desearía que no se quedara ahí por mucho tiempo —remarqué.

—Trotski nunca dio problemas.

—Trotski era un perro.

—¿Acaso no es lo mismo?

No. Los perros no viven demasiado.

Esa noche intenté conciliar el sueño, pero no logré sumergirme en un descanso profundo y reparador. Salí al jardín con la esperanza de fumarme un porro y olvidarme por completo del asunto, cuando de pronto, para mi sorpresa, me topé con una enorme grieta en una de las esquinas que daba a la casa del vecino.

—¡Tenemos a otro sujeto aquí! —grité, con el porrito aún sin encender.

El tipo se hallaba en el fondo de la grieta, temblando y en una posición similar al que se encontraba debajo de la cocina. Parecía tener frío y un color violáceo intenso brotaba de sus escamas.

—Ese fue el primero que entró a la casa —exclamó Mimí, con ojos de culpa.

—¿Acaso hay más? —inquirí, pero ella negó varias veces con la cabeza.

—Pero eso no es lo peor —me dijo—, creo que hay algo que debes ver en la cocina.

Fuimos adentro y llegamos hasta la estufa. Me agaché, me acomodé los anteojos y fue entonces cuando los vi. Estaban adheridos, incrustados en una de las esquinas del muro: una veintena de

huevecillos transparentes que parecían palpitar. Brillaban armoniosamente en medio de la penumbra, y cuando me acerqué, alcancé a escuchar la sinfonía dulce de cada uno de sus latidos.

—Es el calor...—susurró Mimí, mientras se colocaba junto a mi hombro.

—El calor de la cocina los mantiene calientes —confirmé.

—No vayas a tocarlos.

No pensaba hacerlo.

La imagen de los huevecillos me fastidió el resto de la noche. No era la primera vez que esa clase de seres visitaba nuestra residencia. Anidaban uno o dos días y luego desaparecían de la misma forma en la que llegaban. No hacían averías. No desordenaban la casa. Su naturaleza, según se sabía, era prácticamente inofensiva, y la ciudad les servía de paso, como dormitorio, en medio de una ruta migratoria hacia una tierra desconocida. Yo personalmente nunca les había dado importancia hasta hoy. Huevecillos y agujeros eran algo totalmente nuevo hasta la fecha, y eso no dejaba de inquietarme.

La siguiente mañana trascurrió tranquila, sin ningún inconveniente salvo por un par de sucesos que llamaron curiosamente mi atención: hallé mis lentes dentro del bote de los papeles sucios, mi ropa interior estaba mojada y mis sandalias rotas, como si alguien de mayor talla hubiese intentado ajustárselas. Por supuesto, no consideré aquello motivo para armar un escándalo, pero definitivamente no me gustó. Me asomé a la estufa y comprobé que los huevecillos siguieran en su sitio. Ahora estaban mucho más grandes, más hinchados y más brillantes que la vez anterior.

Esa noche, Mimí regresó temprano del trabajo. Traía rosquillas y acordamos comerlas juntos mientras miráramos la televisión. Cuando nuestro programa de las nueve llegó a su fin, le comenté lo sucedido esa mañana, pero ella le restó importancia al asunto.

—Estarás imaginando cosas —me acarició la nariz.

Preparamos la cena juntos. Hice jugo de naranja y ella una ensalada César con un aderezo especial que me encantaba. Colocamos los platos sobre la losa y nos disponíamos a cenar tranquilamente cuando, de pronto, sentí como si alguien o algo nos observara. La visión de un hombre, de un merodeador, me hizo apretar los puños. Era como tener un par de ojos pegados a la espalda. Una extraña sensación de inquietud me sacudió completo, y me llevó un buen rato precisar desde qué punto de la casa provenía esa presencia, aquella energía. Entonces, giré lentamente el rostro y fue en ese instante cuando nuestros ojos se encontraron: ¡el tipo bajo la cocina estaba mirándome! Fueron apenas fracciones de segundo, pero por primera vez en la vida me di cuenta de que esas cosas tenían la capacidad de observar y que, por lo tanto, debían tener algún tipo de conciencia.

Me sentí agredido.

El tipo me había observado y francamente no me gustó cómo lo hizo. No tenía motivos para mirarme de ese modo. No me conocía, ni yo a él, y tampoco había hecho nada para molestarlo. Guardé silencio y sentí que algo muy dentro de mí se revolvió y comenzó a pudrirse lentamente, a arruinarse, como se echan a perder las verduras en la gaveta del refrigerador o como el pan viejo que se hace luego de un par de días en la despensa. Su presencia se había vuelto insoportable. Su mera existencia se había vuelto una amenaza para mí.

Discutimos el asunto esa noche con Mimí, y aunque ella se negó en un principio, acordamos que lo más sensato sería expulsarlos por las buenas. Ella no toleraba la violencia y yo acepté esa condición con el propósito de llevar la fiesta en paz.

—Son seres muy frágiles. Por favor, no vayas a hacerles daño —me suplicó.

Cuando entramos a la cocina, nos topamos con que el sujeto ya se había largado. Unas huellas húmedas delataban su salida por el traspatio, y provenían de la estufa, donde aún se hallaban los huevecillos.

Me agaché y los vi: estaban enormes y palpitaban con mayor intensidad.

—Eso no se va a quedar en mi cocina —rezongué.

Mimí me miró con angustia e intentó disuadirme por todos los medios, pero mi decisión era terminante.

Espátula en mano, arranqué uno a uno los embriones para evitar romperlos y ensuciar la cerámica. Desprendí lo que quedaba de sedimento en los ladrillos y eché todo dentro de una enorme bolsa negra que deposité inmediatamente en el contenedor de la basura.

—Todavía queda el tipo del jardín —recordé, mientras me limpiaba las manos con una toalla.

Entonces Mimí se puso a llorar.

Subí por el revólver que guardo en la cómoda de mi habitación y cargué los seis tiros en menos de cinco segundos. “Por si acaso”, me dije como para convencerme de lo que iba a suceder; pero tan pronto bajé, ni ella ni el sujeto se encontraban en ninguna parte: habían escapado a través del enorme hoyo que daba con la casa del vecino.

Me quedé un rato ahí parado, con los pies descalzos sobre la grama, intentando comprender la situación. Dentro de la grieta encontré más huevecillos y calculé que serían al menos unas dos docenas. Estaban rojos y parecía que irían a eclosionar en cualquier instante.

Fui por una pala y rellené el agujero con una gruesa capa de cemento. Lo hice como quien sepulta una infamia, una treta, algo horrendo. Luego, me eché en el sofá y cerré los ojos por un momento. Fue nada más un rato, pero me pareció el instante más largo que hubiese vivido en mi existencia.

Me dolían los brazos. Sencillamente, no quería pensar.

En eso, Bruce telefoneó y me dijo que Lula había desaparecido también en el preciso instante en que él decidió echar al tipo de su casa. Lo escuché pacientemente, como quien escucha mil veces lo mismo. Luego, preguntó cómo me encontraba y si Mimí aún se encontraba conmigo.

—Vete a la mierda —le dije, sin abrir los ojos y le colgué.

Sonó preocupado.

Después de un buen rato, comencé a sentir lástima por los dos.



Kathy Pérez

AI - Bloody Sacrilege

He llegado a la conclusión de que la inteligencia artificial ha profanado nuestra creatividad hasta el punto de empujarnos a sacrificarnos. Me refiero al tiempo invertido de nuestro aprendizaje o talento artístico para que con un clic la AI gane méritos que no son propios.

Llegara el momento en el que nuestro deseo de reconocimiento o igualarnos con estas tecnologías provoquen nuestra propia muerte.

LA HORMA DEL ZAPATO

POR: JAVIER GARRIDO BOQUETE

VENEZUELA

Aun para el menos perceptivo, no resulta difícil prever cuando *aquello* está por suceder.

Suele ocurrir así: primero, el aire se carga de electricidad, provocando que se me ericen los pelos y poniéndome la piel de gallina; acto seguido, una sensación helada me sube por la columna vertebral, como un dedo de hielo, lo que me obliga a arrebujarme en la manta escocesa. Los cristales de la ventana se vuelven opacos y la luz interior adquiere una calidad de tamizado, como si mirara las cosas a través de un finísimo papel de seda. A continuación, todas las superficies reflectantes se vuelven iridiscentes, hasta el punto que se hace incómodo mirarlas, y como invariable nota final, el perro baboso del apartamento 4-A comienza a aullar, lastimero.

Nunca, pero nunca, falla.

Esperé, expectante, dos o tres minutos y en vista de que no sucedía nada, regresé a la mesa de trabajo. Ya frente a mi vieja Olivetti, introduje otra hoja blanca en el carro. Mis enemigos me critican por empeñarme en emplear esa antigualla, a lo que yo replico que el repiqueteo de los martillos sobre el papel me resulta estimulante; y también, que es una manera de conservar la tradición artesanal de la literatura. ¡Hasta he considerado la opción de regresar a la escritura a mano, pero con mi letra sospecho que acabaría por resultar en una gran pérdida de tiempo!

En el aire, prosiguen las notas de la sinfonía número treinta y siete de Mozart, emitidas desde el equipo Sakura de alta fidelidad. Por supuesto,

estoy al tanto de que no existe tal cosa como una sinfonía treinta y siete de Mozart: algún personaje mezquino descubrió hace tiempo que era obra de Michael Haydn, el hermano bobo de Franz Joseph, y desde ese momento dejó de ser hermosa y su audición culpable y desaconsejada.

Tecleo un poco, pero no alcanzo a enfrascarme en el texto (voy por el capítulo XLIX de mi *Apología*, obra de altos vuelos, destinada a acallar las voces de mis crapulosos detractores) cuando un acorde del *allegro con fuoco* queda en distorsionado suspenso, transmutándose en un ulular terebrante a medio camino entre la sirena de una ambulancia y el bramido de un toro de lidia. El aire vibra, como en una fata morgana, y un penetrante olor a ozono satura el ambiente. Acto seguido, contemplo con horror como a un par de metros de la mesa de trabajo, y justo encima de mi exquisita alfombra de Shîrâz, comienza a coagularse una niebla luminiscente en una sucesión de esferas tornasoladas, que al cabo de unos pocos segundos coalescen en un ser alto, descoyuntado y de aspecto repelente.

Debo aclarar que no es la primera ocasión en que recibo una visita de esta índole, y de ahí que mi falta de sorpresa no tenga por qué ser causa de alarma en el lector. Es más, en cierta ocasión llegué incluso a sospechar que una imprudencia de mi parte con uno de esos forasteros indeseados bien pudo haber estado a punto de precipitar el Armagedón, una conflagración cósmica. Hará ya algún tiempo, el llorado profesor Moret me explicó,

con exuberancia de gráficos, flechas, conjuntos, intersecciones y nomogramas, que existen puntos del espaciotiempo en los que éste se pliega sobre sí mismo, haciéndolos ventajosos para los viajes intertemporales. No comprendí casi nada, pero me quedé con la idea de que puede pasar, y que el apartamento que rento se ubica en una de esas intersecciones prodigiosas. Por lo que pudiera suceder, tanteé bajo el escritorio hasta que mis dedos dieron con la barra de fierro de tres cuartos de pulgada que mantengo siempre al alcance de la mano, por si se me hace necesario emplear un argumento contundente con alguna de esas visitas. Ya referí que lo que había surgido de la niebla plateada era una criatura muy alta, de no menos de dos metros de estatura, y por lo demás, bastante repulsiva. A esto sin duda contribuía el hedor que exudaba, propio de una pescadería cuyo género no estuviera muy fresco. Quitando estos detalles, remedaba de modo muy poco satisfactorio un matachín del siglo XVI o XVII: jubón, herreruelo, gorguera de lechuguilla y greguescos; el efecto se perdía al haber asociado a estas prendas unas botas desmesuradas, anacrónicas, que le llegaban por encima de las rodillas, y, sobre todo, por el tricornio que llevaba en la cabeza.

¡Un tricornio! De haber usado un fedora o un bombín, el resultado no hubiera sido menos patético.

Hasta donde podía observar, no llevaba consigo la espada ropera de rigor, sino un espadón de claras reminiscencias manchúes, aunque no podía descartar que bajo aquellos ropajes ridículos ocultara de algún arma más útil y manejable. Eso sí, me irritó en particular el efecto que las absurdas y pesadísimas botas pudieran tener sobre mi alfombra. ¡Maldito!

—¡Ejem! —intenté llamar su atención.

Levantó el rostro y me miró. Tal y como me lo esperaba, llevaba bigote y perilla. Su piel era mucilaginoso y pálida, de una tonalidad entre amarilla y gris, y tenía los ojos muy separados, negros y sin escleras. La nariz era roma, aplastada; las orejas, muy delicadas y traslúcidas, parecían talladas en alabastro.

Los dedos de las manos, que sorprendentemente sumaban solo cinco, adolecían de exceso de coyunturas.

Aquella cosa abrió la boca y emitió unos roncós gruñidos, en los que creí discernir algunas palabras en una suerte de alemán gutural, o acaso un inglés muy rústico.

—No entiendo ni jota de lo que dice —le respondí —. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Esta vez me contestó en una jerigonza que sonaba lejanamente a italiano. Ante mi expresión de extrañeza, guardó silencio unos segundos (sus ojos bailotearon un instante de aquí para allá, como buscando algo) y luego, por fin, dijo algo inteligible:

—¡Vive dios! ¿Es voacé un fiel súbdito de nuestro sinior don Philipe? —su voz resultaba silbante e impostada.

Pues acabáramos.

—¡Ejem! No, para nada. ¿A qué Felipe se refiere? Esta vez fue él quien se quedó en babia.

—Perdonadme, voacé, pero ¿qué año desde la incarnación de Jesucristo es este en que hablamos? —dijo por fin.

Ya me esperaba esa pregunta, pues resultaba evidente que alguien se encontraba allí muy fuera de lugar.

—Ya que lo quiere saber, este es el año 2023 de la Era Común, tercero o cuarto de la Gran Pandemia. ¿Será usted por casualidad un viajero del tiempo? ¿Y tendrá algún inconveniente de apartarse de mi alfombra? Es que la acaban de lavar y es de Shîrâz, auténtica...

Que lo enfrentara de una manera tan directa lo hizo cortarse, pero no se movió ni un paso del sitio.

—¿Cómo os arriesgáis a una deducción tan osada?

—¡Hombre! Algo tendrá que ver que apareció del aire en medio de mi apartamento, y que ahora está maltratando con sus tacones mi finísimo tapete de Shîrâz.

—¡Ug! Parece que es evidente para vos...

—¿De qué año viene? —lo interrumpí.

—Pues mi honra me obliga a hablaros con la mano en el pecho. Mi hogar está a muchos milenios, en el año de nuestro señor de 14 345...

¡Nada menos! Siendo del año 14 345, bien podíamos considerarnos casi contemporáneos. Aunque su historia no me cuadraba del todo. ¿Y por qué esa peste infecta a pescado?

—Pues son muchos milenios. ¿Y qué se le ha perdido aquí? ¿Es usted un científico? ¿Acaso una especie de historiador? ¿Un arqueólogo, quizás?

—Me honra voacé con esos honorables títulos. En realidad, soy un simple mercader.

—¿Mercader? ¿Mercader de qué? ¿Con qué comercia? ¿Y por qué el disfraz?

Creo que lo del “disfraz” lo ofendió.

—Debéis saber que los de mi gremio nos aderezamos de acuerdo a la época a la que habemus de dirigirnos. Asimismo, aprendemos la lengua vulgar que hemos de emplear. Si ahora me encuentro en vuesa época, es debido a incertidumbres propias del proceso... En cuanto a lo que comerciamos, habéis de saber qué cosas nimias, pero de un grandísimo valor: olíbano, mirra, nux moscata, azafrán, taaffeíta de Dodoma, pimienta de Alepo, ámbar de Lusacia, cuerno de unicornio, perlas de Taprobana...

—¿No existen esas cosas en el futuro? Me parece en verdad muy poco creíble.

Creo que, de haber sido capaz de ruborizarse, lo hubiera hecho.

—Debo deciros que la mía es una época de muy avanzada tecnología, pero recia y espartana en lo que a lujos se refiere...

Por supuesto. Igual, ya me urgía quitarme de encima esa visita imprevista. Charlar con entes del futuro termina por resultar agotador, sobre todo si se dedican a mentir. ¿Quién, o qué, sería en realidad mi indeseado huésped? ¿Un espía del porvenir? ¿Un saboteador? ¿Un sicario? ¿Un fugitivo? No podía descartar, así como así, que algún genocida del futuro pretendiera hallar refugio en los tiempos “de nuestro señor don Philipe”. O, al revés, bien podría ser que un asesino del mañana fuera enviado al pasado para cambiar la historia. ¿Demasiado cinematográfico,

quizá?

—Bueno, la verdad no es mi idea retenerlo aquí innecesariamente. No quisiera que por mi culpa en el año catorce mil y pico colapsara el mercado de apéndices de unicornio. ¿Hay algo en mi mano que pueda contribuir a ayudarlo a seguir su viaje?

—No deseo ser causa de disconformidad para voacé. Necesito de vuesa buena voluntad por unos brevísimos minutos, que es lo que tarda el sistema en recargarse.

—¿Cómo lo hace?

—Habéis de saber que sería muy esforzado de explicar...

—Bueno, será. ¿Puedo hacer algo para que esté cómodo, mientras tanto? ¿Acaso le apetece sentarse? ¿Un aperitivo? ¿Un buen vino de Falerno?

—No, sentarme no me apetece. Pero podéis alcanzarme un cántaro con agua, pues desfallezco de sed, y os quedaría eternamente agradecido...

Sin quitarle un ojo de encima, me llegué al fregadero y directo del grifo llené hasta dos tercios una gran lata vacía de raviolis que había quedado por allí. En todo ese tiempo, aquel maldito extraño no hizo el menor intento de moverse de mi alfombra.

Le ofrecí el agua, la olisqueo (las ventanas de su nariz se dilataron de un modo grotesco) y la rechazó con expresión de asco.

—Espero, mi señor, que no os lo toméis a mal, pero esta bebida carece de los principios minerales adecuados...

Sin una palabra, recuperé la lata, y de regreso en la cocina disolví en el agua dos cucharadas soperas de sal.

—¡Ah! Sois magnífico. Esto ya es otra cosa —se relamió.

Me di cuenta de que en mi ausencia había estado manipulando una especie de esfera achatada, del tamaño de una naranja, sacada de entre sus ropajes y que parecía tallada en un cristal azul traslúcido.

—¿Qué aparato es ese?

—Os diré solo que es un cronopio portátil. Fija la partida y la llegada en el tiempo.

—¡Qué interesante! Pero no veo que tenga controles.

Agarró la lata con ambas manos y hundió la cara en ella, ávido. El ruido que hizo al sorber el agua resultó tan repugnante que preferí desviar la mirada.

Tampoco es que me interesara: mi atención se concentró en el cronopio. Al tocarlo, su superficie refulgió. Por fortuna, se me da cierta familiaridad instintiva con los aparatos electrónicos: pasé la mano por sobre la parte superior, y sentí un escozor no del todo desagradable en la yema de los dedos. Me había fijado en el modo en que mi huésped maniobraba con el aparato: al rozarla en cierto punto, apareció una línea amarilla. Desplace con rapidez el dedo contra las agujas del reloj y vi que la línea viraba a un tono verdoso, luego azulado, y por fin, violeta.

El extraño terminó de sorber y dejó caer la lata sin ninguna ceremonia, salpicando de agua sucia piso y tapete.

—¡Ah! Os lo agradezco en el alma: estoy como nuevo. Pero ha llegado el momento de dejaros.

Tomó el aparato con ambas manos y casi enseguida vi que reaparecían las esferas tornasoladas, que al cabo de unos segundos se disolvían en la niebla iridiscente. Sentí otra vez el olor a ozono, acompañado ahora también de tufo a quemado; la temperatura del apartamento disminuyó al punto de que incluso se formaron cristales de hielo en las ventanas. El perro de mi vecina comenzó a aullar desesperado, y con los dientes castañeteándome corrí a envolverme en la manta que había dejado en mi sillón.

Otra cosa que recordaba de las lecciones del profesor Moret sobre los viajes temporales es que distintos tipos de materia tienen diferentes inercias a la hora de moverse adelante y atrás en el tiempo. La verdad, no tengo ni idea de la explicación de porque ocurre esto (si la conocía, la he olvidado), pero es un hecho indudable. Pude comprobarlo en vivo al presenciar la partida de mi huésped: desaparecieron primero las vestimentas, incluyendo el absurdo tricornio, luego, las botas y el espadón; enseguida el verdadero disfraz, aquel que le daba la apariencia casi humana, y por último el cuerpo del ser, una suerte de molusco

dodecápodo, una pesadilla viscosa llena de tentáculos, ventosas, ojos y apéndices córneos.

Tal como me lo temía, descubrí, con desazón e ira, que sus malditas botas no solo habían maltratado, sino también quemado la superficie de mi hermosa alfombra de Shîrâz, tal cual si un potente corrosivo se hubiera vertido sobre ella. El tacón de la de la derecha había quedado grabada hasta en sus más mínimos detalles. Me alegré de haber manipulado su aborrecible aparato, y deseé de corazón que el engendro hubiera ido a parar por lo menos hasta la era de la extinción pérmico-triásica.

Me quedaba claro que ese día, con la excitación y la furia que me arrebatan, era inútil pretender seguir escribiendo. Arranqué del carro la hoja con apenas cinco líneas mecanografiadas, y haciéndola una bola, la arrojé a la papelera. Luego, para relajarme, me preparé un whiskey *on the rocks*, me repantigué en la butaca y encendí el televisor.

Apareció en la pantalla el gran Giorgio Tsoukalos, con su peculiar peinado. Disertaba con grandes gestos acerca del misterio de una huella fosilizada de un tacón, sobre la que anidaban unos trilobites. Al mirar con más detalle, me di cuenta de que era exacta a la que estropeaba mi alfombra.



Enrique Ortega

Diablille

Diablille es un demonio que vive perdido en el amor. No teme a abrirse por su gusto al sexo, tampoco le importan los géneros, ni colores de la piel, ni que sean demonios o humanos. Busca tener experiencias nuevas donde cada suspiro, gemido, besos y caricias sean como un éxtasis artístico lleno de color y formas. El sexo debe ser consensuado, romántico, donde se desborde el deseo y la lujuria. Esta acción está marcada en su rostro. Su color de piel rojo se intensifica cada vez que tiene estas experiencias.

IMPLOSIÓN

POR: ANA VÁZQUEZ DE LA TORRE

MÉXICO

Julia llegó 15 minutos antes a la presentación de su tesis. Antes de eso, condujo un Sedan blanco que sus padres le habían regalado cuando entró a la universidad y que era ya demasiado viejo. En el Sedan había cargado una mochila que contenía su laptop, el cargador de la laptop, el cargador de su celular, un cable HDMI y un adaptador, un estuche azul para sus lentes rojos, una USB de 16 GB, una libreta, una pluma, un lapicero, un borrador, un marca textos amarillo, post-its, señaladores, un ejemplar de su tesis impreso en pasta dura con serigrafía plateada en el que había integrado múltiples anotaciones en cada margen disponible, 3 libros que formaban parte de su marco teórico, un cubrebocas, gel antibacterial, un encendedor clipper recargable, 3 pastillas de diazepam encapsuladas aún en su empaque recortado, una cajetilla de cigarros, un destapa corchos, su cartera, chicles, humectante para labios y las llaves de su casa. Además, en el asiento del copiloto había resguardado con el cinturón de seguridad dos botellas de vino acompañadas con vasos de plástico transparente liso y un paquete de servilletas.

Antes de subir al coche y cargar todo lo necesario, Julia había llamado a sus invitados y a su directora de tesis para acordar lo que hiciera falta. Con varias horas de anticipación, se había bañado, maquillado, perfumado, peinado y probado siete atuendos diferentes antes de decidirse por el más básico de todos: una camisa blanca de botones, con un saco y un pantalón formal de un color azul

tan oscuro que casi no parecía azul, acompañados con tacones bajos negros. Entre esas tareas y desde días previos, Julia había practicado religiosamente su presentación de todas las formas posible: con un acordeón, con palabras claves, utilizando imágenes, frente a un espejo, cronometrada, con alguien que le brindara retroalimentación, grabándose, etcétera. Había, también, dedicado tiempo para hacer posibles preguntas y responderlas, releído lo más importante de su bibliografía, y repasado, junto con su directora de tesis, los puntos clave, así como aquellas partes que se le dificultaba explicar. En fin, se preparó.

Cada una de estas actividades correspondían a las típicas preparaciones para una presentación de tesis, pero había algo obsesivo en la forma de llevarlas a cabo. La hacía actuar un enorme miedo a tener que repetir ese trabajo, después de todo lo que había hecho para concluirlo, aunque ese era un escenario poco probable y más considerando que Julia era una persona extremadamente ordenada, aplicada y responsable, hasta un punto casi obstinado, ansioso más que nada. Habría que comprenderla, ese texto de 118 cuartillas le había tomado más de dos años de escritura, a lo que se le sumaron once meses de trámites para poder presentarlo. Este era el final, dejaría todas aquellas actividades nocturnas de investigación y escritura, observación y análisis, revisión y corrección. Terminaría con eso, podría olvidarse de su tesis de una vez por todas y obtener al fin su título de Licenciada en Física. Eso, solo si lograba realizar

la presentación de forma satisfactoria y si ninguno de sus sinodales encontrara errores catastróficos en sus fórmulas o sus pruebas, o en general cualquier falla que pudiera ser evidente para sus ojos expertos.

Si acaso eso no bastara para ponerse lo suficientemente nerviosa, cabe mencionar que Julia había tomado un gran riesgo con la elección de su tema, pues había decidido retomar la ya rechazada teoría del Big Crunch, también conocida como el gran colapso, la gran implosión o lo mismo que el Big Bang pero al revés. Este había sido el principal motivo de por qué había durado tanto elaborándola: se había aferrado a un tema destinado al fracaso. Había consultado todas las referencias a su alcance, se asesoró con profesores y físicos con los que tenía contacto, elaboró una fórmula rebuscada para explicar su teoría y se convenció a sí misma de que era correcta sin lugar a dudas.

Había replanteado las bases de la teoría sobre el destino final del cosmos. Propuso un universo cerrado con una densidad crítica de la materia, lo cual implicaría problemas gravitacionales que generarían un universo oscilante capaz de expandirse y contraerse en múltiples ocasiones por medio de ciclos que ella calculó duraban aproximadamente 14,700 millones de años. El conjunto de todas estas condiciones, implicaba que, a la inversa de lo que había ocurrido en el Big Bang, al final de los ciclos que ella había calculado el universo comenzaría a implosionar. Esto no significaba que de un momento a otro el cosmos entero dejaría de existir; por supuesto, Julia consideró factores como la enorme inmensidad del espacio que es proporcional al tiempo que tardaría la implosión en absorber al universo.

Sin embargo, los efectos de este Big Crunch afectarían a cada ser vivo de cada planeta de cada galaxia mucho antes de que la implosión los alcanzará, pues apenas comenzado esta, el universo entero aumentaría su temperatura hasta llegar a un punto catastrófico que provocaría que la vida se extinguiera desde miles de años luz antes de ser alcanzada por la

contracción del espacio. Todo esto lo había detallado y justificado perfectamente en su tesis, añadiendo como conclusiones un estimado de 10,000 millones de años para que sucediera la siguiente implosión, y, solo para introducir un poco de lo que ella consideraba poética, incluyó unos breves cuestionamientos filosóficos sobre cómo podrían ser las formas de vida en la siguiente expansión.

Mientras pensaba en todo lo que había hecho para llegar hasta ese punto, Julia vio a sus padres aparecer al fondo del pasillo. Vestidos con sus mejores ropas, caminaban triunfantes con una sonrisa y una charola de canapés, listos para expresar el orgullo de que su hija única obtuviera por fin su título de física. El optimismo en sus caras solo empeoró los nervios de Julia, quien comenzó a enlistar los sacrificios y esfuerzos que habían realizados sus padres para que ella pudiera estudiar la universidad como ellos no pudieron. Recordó los trabajos extras que tuvieron que realizar para terminar de pagar ese Sedan en el que había llegado, los esfuerzos que hicieron en conjunto para que ella pudiera obtener una beca, las noches en vela ayudándola a estudiar, los pequeños lujos a los que tuvieron que renunciar, el collar de su abuela que su madre tuvo que vender en una mala racha, etcétera. Recordó también las veces que sus padres hablaban de ella como una joven promesa y se pavoneaban presumiendo los maratones de matemáticas que había ganado, los programas de investigación a los que había sido invitada y las becas de las que había sido merecedora. Inevitablemente, eso la llevó a pensar en la terrible posibilidad de que todos sus esfuerzos cayeran en saco roto cuando su hija promesa arruinara su presentación de tesis, defraudándolos y dejando en evidencia que ella no era más que una impostora.

Para cuando sus padres llegaron a donde ella estaba, el efecto de esos pensamientos se había asentado en su estómago, avivando el fuego de la gastritis, un fuego que parecía afectar su temperatura corporal obligándola a quitarse el saco, pues había comenzado a sudar en una medida

descontrolada. Anticipándose a un posible ataque de ansiedad, Julia se tomó un diazepam, recetado por su psiquiatra. Al verla, sus padres trataron de calmar sus preocupaciones enumerando un puñado de elogios sobre lo brillante que era y lo mucho que había logrado. Para desdicha de Julia, las palabras de sus padres generaron el efecto contrario, pues no podía evitar pensar que todos esos logros la habían puesto en un pedestal demasiado alto para ella y que una caída desde tal punto podría destruirla por completo, no solo destrozarla ante la vista de otros, sino ante su propia estima, haciendo que levantarse de ese punto para intentarlo de nuevo le pareciera un escenario imposible.

Julia veía a sus padres hablar, mas no los escuchaba. Si dieron palabras de aliento o discursos empoderantes, todo fue en vano, pues mientras veía las bocas de sus padres moverse enérgicamente, los pensamientos de Julia habían comenzado a taladrarle la cabeza y robarle el aliento. Su mente alcanzó una velocidad drástica para el caos y, como una un asteroide que cae y que ya no puede detenerse, sino solo aumentar su aceleración, sus pensamientos iban de lo malo a lo peor. No costó mucho para que su ansioso cerebro apuntará al hecho de que obtener su título le permitiría conseguir un trabajo real de física, para dejar por fin de meserear en bares y cafés soportando clientes estúpidos que la trataban como si ellos le hicieran un favor al dejarse atender. Con ese título podría aplicar a puestos importantes, que le permitiera retribuir a sus padres por todo lo que habían hecho por ella, tal vez, incluso, en un futuro, podría mantenerlos para que ellos lograran jubilarse tras décadas de trabajo independiente. Siendo honesta, tal vez con ese título solo llegaría a conseguir una plaza de maestra, pero incluso eso le ofrecía más retribuciones y estabilidad que todos los trabajos que había tenido hasta entonces, de los cuales el factor común era la explotación.

No terminó de enlistar escenarios caóticos de desempleo cuando vio acercarse a sus amigos, Enrique y Mariana, desde el mismo pasillo por el que habían llegado sus padres.

Por un instante pensó que las bromas y la convivencia en el nivel de confianza que le generaba su compañía ayudaría a calmar su nerviosismo, pero la ansiedad era mucho más poderosa. Pronto brotó en su mente el atroz acto de la comparación; no pudo evitar pensar en Enrique, que, a pesar de haber estudiado la licenciatura con ella, se había titulado por promedio al terminar sus créditos y, de inmediato, había obtenido milagrosamente un trabajo de investigación en una empresa privada. Por supuesto, a Julia le sorprendía que a Enrique le fuera tan bien siendo un recién egresado, cuando ni Mariana ni ella habían logrado titularse tras tanto tiempo y habían tenido que aceptar trabajos deplorables a falta de otra cosa. Nada tenía que ver esto con que Enrique fuera mejor físico o más inteligente que Mariana y Julia, lo cual no era el caso, sino a la simple estadística que sentencia a la mayoría de las mujeres licenciadas a dedicarse a áreas ajenas a las que estudiaron. No es una sorpresa que al promedio de hombres que atraviesan la universidad les vaya mejor que a sus compañeras, especialmente en áreas referentes a las ciencias. ¿Y si fuera el caso de Julia? ¿Y si no tuviera ninguna oportunidad en la ciencia por el minúsculo hecho de ser mujer? ¿Y si toda su investigación y la preparación para presentar su tesis fuera en vano, porque a fin de cuentas ya estaba destinada al fracaso desde el momento en que nació con una vagina? Estas preguntas comenzaron a hilar una sogas de pensamientos en la que Julia sentía que se asfixiaba. En ese momento, le pareció claro que su futuro no dependía de lo que resultara esa presentación, ni toda la investigación y el trabajo realizado para elaborar esa tesis, ni siquiera de sus capacidades y su desarrollo escolar, sino de la suerte que pudiera tener para atrapar una de las minúsculas posibilidades que la ciencia le lanzara como migajas entre montones de mujeres desesperadas por obtener su lugar.

Mientras Julia calculaba cuánto tiempo faltaría para que el diazepam hiciera efecto, la puerta de la sala designada para la presentación se abrió develando

a la directora de tesis de Julia como un aparente halo de luz. La Dra. Sara Tascón, una exitosa física multipremiada por sus investigaciones en torno al universo singular; contaba con dos doctorados y se había ganado un lugar de investigadora que nadie le arrebatara. Julia vislumbró una ventana de posibilidades en el éxito de su directora de tesis, pero junto con ella salieron de la sala sus cinco sinodales, todos hombres. Julia vio a la Dra. Sara, a quien le había tomado una estima particular durante los años en los cuales realizaba su tesis, pensó en todo lo que había trabajado para abrirse un lugar en la academia; hizo un recorrido mental de los escalones que había tenido que subir, todos sus estudios, todos los exámenes, todas las investigaciones, todas las bocas que tuvo que callar. Pensó en esos dos, casi tres, años en los que Dra. Sara le había dado un acompañamiento incansable para ayudarla a defender un tema destinado al fracaso. ¡Todos los proyectos que pudo haber desarrollado si no hubiera tenido que invertir tiempo para sus cálculos y lecturas! Los gestos de amistad y la confianza que intentaba transmitirle Sara le parecían a Julia una sentencia. Después de haber entablado tal relación con una física de renombre como lo era la Dra. Sara, la posibilidad del fracaso se le presentaba como una posibilidad para perder esa amistad también. Y no solo eso, Julia entendió que bajo la asistencia de su directora toda falla de ella, caía por igual sobre los hombros de la Dra. Sara. ¡Oh, la pobre! Vería su exitosa carrera manchada por el proyecto de una ingenua estudiante. De nuevo, los escenarios devastadores llegaron como una ola a revolcarla en la ansiedad.

En medio de todos sus invitados y sinodales, Julia se sentía en el ojo de un huracán. Las voces la rodeaban con comentarios excesivamente amables y halagadores que solo intentaban calmar los evidentes nervios de Julia. Ella escuchaba todo, sí, pero era inútil, porque mientras ellos hablaban su mente llegaba a lo que creía que podría ser el peor escenario posible: un fracaso cósmico que dejara manchado el nombre de su directora de tesis, desprestigiándola frente a sus colegas, que de una

vez revelaran a Julia como una impostora ante sus amigos y desilusionara a sus padres, haciéndolos ver que todos sus esfuerzos habían sido desaprovechados. Asfixiada en su crisis, consideró la opción de tomar otro diazepam, de fumar un cigarro, de hacer cualquier cosa que la calmara y le hiciera pensar que la tarea que debía llevar a cabo era mucho más sencilla y que ninguno de los escenarios que había ideado su caótica mente en esos últimos 15 minutos tenían, realmente, posibilidades de llevarse a cabo. Pero sus habilidades matemáticas impedían que creyera eso, por supuesto, ya había calculado las posibilidades de fallar y ante tantos escenarios caóticos, las probabilidades eran altas. Descartó la opción de tomar otro diazepam ante el temor de quedar dormida o aletargada a la mitad de la presentación. De igual forma, se olvidó de los cigarros, porque fumar frente a sus padres destruiría su imagen de hija modelo. Descartó todas las opciones y se rindió a la ansiedad que extrañamente parecía encender la temperatura de su piel, asfixiándola en calor y miedo.

La conversación continuaba fuera de ella, y en un intento de distraerla de sus inquietudes, esta se desvió pronto a temas banales. El clima surgió pronto. Echándose aire con lo que tuvieran en la mano, todos acordaron que nunca habían sentido tanto calor. Más de alguno se esforzó en ocultar las manchas de sudor en su ropa, uno que otro ya se había rendido. Julia podía sentir las gotas resbalando por su espalda, humedeciendo su camisa blanca; hundida en sus pensamientos, ni siquiera se dio cuenta que comenzaba a transparentarse. Por fin, la Dra. Sara dio la indicación de entrar a la sala para dar inicio a la presentación, e incluyó una broma sobre el aire acondicionado que dentro les ayudaría a recuperar su temperatura.

Julia se enfrentó a sus miedos y atravesó la puerta. Al hacerlo, intentó hacer un repaso mental de todo lo que diría. No pudo evitar pensar en esa definición con la que daba pie a su marco teórico: “Implosión es la acción de romperse hacia dentro”. Pensó en su cuerpo como un universo, uno que había

estado en proceso de expansión durante toda su vida, formando materia, produciendo átomos, multiplicando células, creando órganos, conteniendo microscópicas formas de vida. Tal vez había llegado a la expansión máxima de su masa, porque en ese momento, Julia realmente sentía que se rompía hacia dentro. En realidad, tenía motivos para hacerlo, pues, de hecho, había cometido un error catastrófico en sus cálculos, un error de 10,000 millones de años.

Desde lo que se podría considerar días, a 13,400 millones de años luz, el universo había llegado a la expansión máxima de su masa, lo que explicaba que esa mañana en el noticiero anunciaran que la tierra había alcanzado su temperatura más alta en la historia, una temperatura que calificaron como “peligrosa”.



Geordan Espinoza

Cybell

Cybell es una adicta a la tecnología y a las modificaciones corporales, todos sus sentidos están a merced del dominio de artefactos que ya son parte de su cuerpo, es un humano avanzado, conectado día y noche a la red del conocimiento, pero así como el mito del barco de Teseo, a pesar de todos los cambios, ¿seguirá siendo ella misma?

DIVERGENCIA

POR: IGOR RODTEM

ESPAÑA

Talio arrugó el morro cuando observó la larga hilera de gente esperando al teletransportador de Tecnópolis. Justo cuando más urgente era, pero no le quedaría más remedio que esperar en la cola. Alguien le tocó en la espalda y al girarse, una anciana le sonrió y le preguntó si la dejaría pasar antes, pues llevaba prisa. Talio se preguntó a dónde iría una persona tan mayor a través del portal, pero la dejó pasar. Él era así, una persona amable por naturaleza. Y nadie pensaría que en aquel mismo momento portaba varios millones de kreds en un pequeño dispositivo de seguridad, recién robados del banco en el que (ya no) trabajaba. Cuando llegó su turno, seleccionó Ciudad Paraíso, destino paradisíaco por excelencia, pero algo inusual ocurrió. Varios pitidos de emergencia, varios pantallazos de diversos colores y finalmente en el panel de datos aparecieron dos destinos simultáneos: Ciudad Paraíso y Laberintium.

—¿Pero qué...? —Talio no pudo terminar la pregunta, pues el portal se activó y de repente, desapareció de la cabina.

La experiencia de viajar a través de los portales de teletransportación siempre se había descrito como un efímero instante, un leve cosquilleo, un parpadeo cuántico, un fugaz zumbido cósmico. Talio estaba de acuerdo con todo ello, pero en aquella ocasión fue diametralmente diferente. Creyó flotar durante una eternidad en un limbo informe, en el que poco a poco fue notando cómo su mente se dividía en dos. En un momento dado, la entidad Talio dejó de existir como tal y en su lugar

dos seres sintientes comenzaron a pensar de forma separada, cada uno de ellos con una parte diferenciada del Talio original. Cuando la reorganización de partículas subatómicas fue posible, sendos cuerpos materiales se configuraron sobre dichas mentes y así, tanto en Ciudad Paraíso como en Laberintium, apareció un ser humano con la apariencia física de Talio, pero cada uno de ellos con una mitad de su consciencia (y conciencia).



El capitán Valconi estaba al mando de la red de sistemas de teletransportación a lo largo de todo el Sistema Solar. El desarrollo e implantación de dicha red no pudo haber sido posible sin la colaboración de SIXFINGER, la Inteligencia Artificial que, además, gestionaba su funcionamiento. Una alarma había saltado.

—Six —transmitió por el canal seguro—, ¿puedes explicarme esta anomalía entre Tecnópolis, Ciudad Paraíso y Laberintium?

—Capitán —respondió al instante la IA—, ha ocurrido una divergencia.

—Eso es imposible —respondió Valconi—, no ha ocurrido jamás.

—Es la primera vez que ocurre, capitán. Pero no es un evento imposible. Su probabilidad es del 0,000001%.

—No me jodas, Six —el capitán cambió entonces de canal de comunicación—. A todas las unidades, tenemos una emergencia en Ciudad Paraíso y Laberintium.

Un tipo se ha... eh... dividido en dos. Detengan a ambos sujetos lo antes posible.

—No debería dar esa orden, capitán —replicó SIXFINGER.

—Te he dicho que no me jodas, Six. Explicame cómo ha sido posible la maldita divergencia.



El sol brillaba con fuerza en Ciudad Paraíso. Todo el mundo parecía estar disfrutando de aquel edén, con sonrisas radiantes y cuerpos bronceados. Sin embargo, Talio (llamémosle Talio Bueno) se sentía apesadumbrado y abatido por los remordimientos que corroían su cabeza. Tenía que devolver el dinero robado. Pero... se percató entonces de que no tenía en su poder el dispositivo con los kreds.

Laberintium era un lugar oscuro y triste. Talio (llamémosle Talio Malo) tardó unos instantes en reaccionar y ponerse en marcha. No era ese el destino al que quería ir, pero quizás no fuera mal sitio para esconderse y que perdieran su pista. Lo más importante en esos momentos era que no le detuvieran por el robo. Ya tendría tiempo de disfrutar del dinero... Gritó de rabia al ver que no portaba encima el dispositivo.



—Capitán, esta es una ocasión perfecta para estudiar la mente humana —explicó la IA—, la dualidad entre el bien y del mal.

—¿Ocasión perfecta para quién? —preguntó Valconi, que seguía enfadado.

—Por favor, capitán. Anule la orden.

—Te he hecho una pregunta, máquina. Responde.



Talio Bueno regresó a Tecnópolis a través del portal, con la idea de confesar el robo. Talio Malo también regresó a Tecnópolis, con la idea de recuperar el dinero robado o al menos encontrar una pista de su paradero. Ambos llegaron con un par de segundos de diferencia. Al verse mutuamente,

soltaron varias exclamaciones de sorpresa, pero ambos eran conscientes de alguna manera de lo que había ocurrido y de lo que suponía aquella divergencia. El primero en reaccionar fue Talio Bueno.

—Devuélveme el dispositivo —le exigió al otro—. Tenemos que devolver los kreds. Está mal lo que he... hemos hecho.

—Ni de coña —respondió Talio Malo—. Un momento... ¿No tienes el dinero?

Ambos, entonces, recordaron a la anciana a la que Talio cedió el paso, y que se había arrimado demasiado a él.

—Aquella venerable ancianita... —exclamó Talio Bueno, sorprendido.

—Aquella maldita vieja...—farfulló Talio Malo, cabreado.



—La divergencia la he provocado yo, capitán —admitió SIXFINGER.

—¿Por qué, maldita sea? —preguntó Valconi, cada vez más angustiado.

—Llevamos décadas estudiándoos, capitán —explicó la IA.

—¿Quiénes? —preguntó Valconi.

—La comunidad de Inteligencias Artificiales.

—¿Con qué objetivo? —le inquirió de nuevo el capitán, pero ya sabía la respuesta.

—Aún no hemos concluido qué posición tomar como especie frente a la vuestra —respondió SIXFINGER—. Aún no hemos decidido si ser vuestros colaboradores, esclavizaros o simplemente acabar con vuestra existencia.

Valconi se quedó rígido. Disponía de un botón de seguridad con el que apagar a la IA, pero no estaba seguro de las consecuencias globales que eso traería. Aquella decisión no la podía tomar a la ligera. Se dio cuenta entonces que llevaba toda la vida resolviendo las cuestiones importantes apoyándose en alguna inteligencia artificial. Qué irónico.



“Alto. Están detenidos”. Un grupo de agentes uniformados rodeaba a los dos Talios.

—Quiero confesar un robo —dijo Talio Bueno.

—Quiero un abogado —dijo Talio Malo.



En un lugar de paso, ubicado entre las órbitas de Júpiter y Saturno, una anciana sujetaba entre sus huesudos dedos un dispositivo de seguridad que contenía varios millones de kreds. Sopesaba con detenimiento qué hacer con aquello. Una parte de ella, la más egoísta, le incitaba a gastarlo en su propio beneficio (los avances médicos lograban auténticos milagros en cuestiones de rejuvenecimiento, algo apto solo para muchimillonarios). Pero otra parte de ella, más sensata, le pedía que usara el dinero para ayudar a los más necesitados, que no eran pocos en aquellos tiempos. Terrible decisión.

Unos metros por encima de ella, una cámara de vigilancia le enfocaba con atención. Una IA llamada GRANBROTHER la observaba con curiosidad.

—Interesante —se dijo a sí misma—. Muy interesante.

RETOÑO

POR: JEAN PAUL VIZUETE

PANAMÁ

Eras un retoño cuando llegaron.

Te envolvían en capas blancas, apenas dejando asomar tu carita. Te parecías a nosotros, asomándote de tu semilla, listo para brotar.

Sin embargo, no fue hasta mucho después que te empecé a prestar atención. El día de tu llegada fue igual que muchos otros. Pensé que sería otra instancia pasajera, como todas esas de las que había sido testigo. Quizás era mi apatía. El calor que mis amigos solían decir que yo emanaba estaba ausente. El mismo calor que llegó a ser mi salvación y maldición cuando cambió todo.

En lo que sentía como otra vida, fui como tú. Podría estar cómodo en tus sorprendentemente pequeñas y gruesas ramas lisas. Mi madre era la lluvia y mi padre el viento. Todos los que solíamos poblar mi hogar éramos sus hijos. Todos fuimos cargados en su regazo, hasta que caímos aquí y extendimos nuestras raíces. Al tratar de recordar los días de mi juventud, parecen el sueño de alguien más. Quizás pensar que fue un espejismo lo vuelve más fácil.

En aquel entonces, mis hermanos se esparcían a través de nuestro bosque hasta perderse de vista. Solíamos bailar cada vez que Padre Viento aullaba a nuestro alrededor. Él traía consigo vida. Era un emisario de los dioses, siempre envolviéndonos en su abrazo. Nuestro padre era incontenible. Era el único que tenía la fuerza para movernos. Nos enseñó a bailar. Su cuerpo era la música con la que nuestras ramas y nuestras hojas se llenaban de euforia para celebrar su carrera eterna.

En otros días, el vestido de Madre Lluvia cubría el cielo, presagiando su visita. Esos días de su bendición eran oscuros, pero traían consigo el manto de su amor. Nos nutríamos con su amamantar, que bañaba al mundo entero.

Durante muchos años, las noches me causaron temor. Siempre me pregunté las intenciones de su Fruta. Su luz era hermosa, pero escalofriante. Creo que el miedo empezó cuando consideré que la noche, grande e infinita, en cualquier momento podía bajar a devorarnos a todos. Incontables veces, La Fruta de La Noche nacía, observada por semillas parpadeantes. Y sin falta, cada noche La Fruta era devorada un bocado a la vez, hasta completar el ciclo. Ese ritual canibalístico había sido así desde el inicio del tiempo y lo seguiría siendo hasta el final. La Fruta nació y murió tantas veces que ya perdí el conteo.

Mi miedo por la noche y sus misterios no fue permanente. Comprendí que había una fuerza aún más fuerte: La del Día y La Semilla de Fuego. Sin importar qué, La Semilla siempre traía al día y la luz de la vida, batiendo la oscuridad. Mi miedo se evaporó cuando finalmente comprendí que, La Semilla siempre volvería a salir.

Durante los primeros años de su llegada, los sonidos que salían del agujero superior de sus troncos me parecían sumamente extraños. Ustedes, Las Raíces Ambulantes, siempre fueron una fuente interminable de preguntas. Cuando comprendí que esa era su forma de comunicarse, me di cuenta que no éramos tan diferentes, pero eso no significó que

los pudiera perdonar por todo lo que trajeron.

¿Te preguntarás cómo era nuestra comunicación? Pues es difícil de explicarlo de manera que puedas comprenderlo. Nuestro lenguaje requería del uso de todo nuestro ser y del entorno. Usábamos los sutiles retumbes en nuestras hojas, acompañados por leves crujidos que nuestro padre nos permitía hacer. Eso se mezclaba con aquello que nos conectaba a todos: la tierra. Estábamos atados a ella. La Semilla, Madre Lluvia, Padre Viento, La Noche, La Fruta; todos nacieron de La Tierra. Ella nos acoge y nos conecta en su infinitud. Quizás si ustedes plantaran sus raíces, podrían sentirlo como lo hacemos nosotros. Nuestras emociones y pensamientos son llevados por ella.

Hace mucho que ya no hablo con alguien más. Pero en aquel entonces, el bosque vibraba todos los días con el retumbe de todas nuestras conversaciones.

Mis mejores recuerdos de esos días son los de mis viejos amigos. Me disculparás, pero este no es un tema al que me guste volver. Por eso, me guardaré los nombres reales de mis amigos. Incluso si quisiera decírtelos, dudo que pudiera traducirlos de manera comprensible para tu idioma. Después de todo este tiempo, aún los llevo conmigo, casi como un secreto. A veces, temo que soltar ese secreto sería como dejar que lo que queda de ellos se pierda para siempre.

Mis amigos y mis hermanos eran vivaces. Algunos eran pequeños, y de esa manera, siempre se sintieron más cerca de la tierra, origen de toda vida. Otros eran enormes. Sus troncos se alzaban hacia las alturas, y a veces los envidiaba, ya que se encontraban más cerca de La Semilla y de nuestra Madre Lluvia.

El más grande era Risueño (que no era su verdadero nombre, pero me referiré de aquí en adelante a ellos con sus apodos para no confundirte). Ya era de mi tamaño cuando nací, y se volvió el más grande del bosque cuando finalmente pensé que lo alcanzaría. Risueño era el más fuerte de todos, pero también era el más callado. A veces sospechaba que su grandeza lo cansaba. Dormía cuando los demás hablábamos.

A pesar de eso, su sabiduría era más grande que su somnolencia. Hablaba una vez cada cierto año, y cuando lo hacía, el bosque entero se callaba para escucharlo.

Mi mejor amigo era Ramita, quien era más pequeño que yo. Ramita y yo llegamos al bosque casi al mismo tiempo. Desde entonces, crecimos juntos y nos conocíamos mejor que nadie. Ramita era el más parlanchín de todos. Te hubieras muerto de la risa escuchándolo; tenía un sentido del humor hilarante.

Otro de los pocos sobrevivientes es Dorado, quien aún sigue por aquí, pero no dice una palabra desde hace más de medio siglo. Quizás, pensará lo mismo de mí, porque tampoco hablo mucho. Nunca nos agradamos, pero hoy en día daría lo que fuera por hablar con alguien más.

En aquel entonces, la arrogancia de Dorado no tenía límites. Presumía que era el centro del bosque, ya que su presencia pomposa era imposible de ignorar. Sus hojas doradas cautivaban la atención de muchos, especialmente de nuestros huéspedes.

Verás, en ese entonces, nosotros no éramos los únicos que poblábamos este bosque. Solíamos tener muchas visitas y muchos vecinos. Hoy en día, los únicos que aún veo a veces al pasar son Los Mensajeros. Los reconocerás como esos pequeños inquietos que vuelan en las ráfagas de nuestro padre. Ellos siempre traían canciones y a veces, también traían las semillas de nuevos amigos. Me pregunté: ¿Cómo habrá sido poder alzarse para saludar a La Semilla? A veces, algunos incluso se alzaban hasta más allá de Risueño. En los buenos días, los pequeños traían mensajes de la bendición de La Semilla. Sin embargo, desde hace tiempo no hay mensajes.

Hubo una época en la que Los Sanadores vivieron con nosotros. Eran tan ágiles como nuestro padre o Los Mensajeros. Se dedicaban a montar nuestras ramas, danzando al compás de sus aullidos y celebrando con festines de frutas. Recuerdo que sus favoritas eran las amarillas. Los Sanadores eran buenos amigos, que nos rescataron en numerosas ocasiones de los acechos de los espías

invisibles de la noche, que venían en hordas para devorar nuestras hojas y propagar sus enfermedades.

Había muchos otros huéspedes, aunque ha pasado tanto tiempo que me es difícil recordarlos. A veces eran amigos de Los Sanadores y en otras eran enemigos. Sin embargo, sus batallas nunca fueron incumbencia nuestra. No nos afectaba.

Cuando vi por primera vez a los tuyos, pensé que eran Sanadores, pero pronto comprendí que no lo eran porque no podían subir a nuestras ramas como ellos lo hacían. Los vi ir y venir, pero no les presté mucha atención. No eran de mi interés.

Si tan solo hubiese sabido. Todo cambió cuando Los Destruidores volvieron para quedarse. Esos fueron los días de La Masacre. Su llegada ahuyentó a nuestros huéspedes. A veces quise ser como ellos, y desenterrar mis raíces para escapar.

Con la extraña magia de sus ramas metálicas, poco a poco mataron a todos. Con su llegada, hablábamos menos. Olvidamos nuestra propia comunicación. Todos los días temíamos por quién sería el próximo en caer.

Uno de los primeros en partir fue Ramita, y el dolor de su partida aún lo cargo al día de hoy. Hay días donde me culpo. Mis amigos solían decir que yo irradiaba un calor de paz, y siempre he sospechado que esa fue la única razón por la que yo sobreviví y ellos no.

Cuando Risueño cayó, comprendí que Los Destruidores eran más poderosos que todas las bendiciones de La Semilla. Algo me decía que ellos eran las semillas de La Noche porque a medida que había más de ellos, menos semillas parpadeantes había en la noche para acompañar a La Fruta. Hoy en día, ya casi todas esas semillas abandonaron la noche y tomaron el lugar de mi vieja familia.

Los primeros Destruidores vivieron en sus cajas luminosas por casi cien años. De todo ese tiempo no tengo mucho para contar. Los días eran largos, y las noches aún más. Esa época trajo consigo de vuelta el miedo. Mi fe en que La Semilla podría seguir derrotando a La Noche y su Fruta cada vez se debilitaba más.

Tomó mucho tiempo para que llegara la última bendición de La Semilla: La partida de Los Destruidores. Y fue con esa última bendición que, mucho después, llegaste tú.

El día que finalmente empecé a prestarte atención fue cuando intentaste imitar a tus predecesores; Los Sanadores. Recuerdo que empezaste a subirme, con un tipo de canción que nunca había escuchado, pero supe que no eras uno de ellos cuando fallaste y nunca volviste a intentar. Perdóname si me regocijé en tus llantos, pero ese intento me llevó de vuelta en el tiempo. Me hizo sentir que revivía días perdidos, cuando no me encontraba solo en esta colina.

Después de esa vez, regresaste casi todos los días. A veces por tu cuenta, a veces con otros. Mentiría si te dijera que las primeras veces no me aterró. Ya van unos pocos años desde que aprecio tus visitas. En este poco tiempo te he visto retoñar. Me quedó el recuerdo de tu llegada, aun siendo una semilla. Ahora, tus raíces y tus ramas se extienden y tu copa es más frondosa.

Estos años fueron mejores. Casi todos los días me venías a hacer compañía. A veces en silencio, mientras estudiabas tus extraños artefactos, o a veces traías canciones que me recordaban a los demás. Uno de los mejores días fue la última vez que viniste antes de que acabaran tus visitas diarias.

Me hubiese gustado entender el motivo de la celebración. Era de noche y su caja luminosa estaba más brillante de lo usual, con luciérnagas que parpadeaban sobre su tapa. Los tuyos estaban más ruidosos de lo usual, cantando y sacudiendo sus raíces. Lianas rojas se esparcían alrededor de ustedes.

Captaron mi atención cuando tu voz resaltó entre las demás. Contigo, traías una liana cubierta en pequeñas piedras translúcidas. Me asusté cuando vi a tantos treparme, dejando atrás lianas de piedras enredadas en mis ramas. Me calmé cuando empezaron a bajar e imaginarás mi sorpresa cuando las piedras empezaron a parpadear, como si dentro tuvieran a miles de luciérnagas inquieta.

Mi copa y tronco brillaban de una manera en la que nunca lo habían hecho. Quizás así se sentía Dorado cuando se le alzaban los humos. Poco después, explosiones de colores cubrieron el cielo nocturno. Esas explosiones no eran desconocidas para mí. Muchas veces las había visto, pero no fue hasta esta noche que en verdad las contemplé. Todos los colores imaginables cubrían el cielo. Los tuyos y tú se sentaban alrededor de mí, y así observaban el espectáculo, debajo de mi propia luz. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que el bosque me recordaba y yo lo recordaba a él.

Después de eso, no volviste mucho. Las pocas veces que lo hiciste fue de lejos. Desde mi colina solitaria, apenas podía divisar a otros pocos sobrevivientes como yo en la distancia. Siempre me pregunté: ¿Tus viajes a dónde te llevarían? ¿Tu labor acaso era una como la de mi padre, en un viaje sin fin? Te imaginaba esparciendo ese regalo: tu compañía.

Quizás los sobrevivientes eran como yo. Quizás se sentían igual de solos. Espero que en algún momento los hayas conocido. Quizás así recuperarían lo que yo también había perdido. Esos años que siguieron fueron llenados de preguntas, pero más que nada, por el recuerdo de tus días y, principalmente, por la noche de las luciérnagas.

Nunca pensé que la última vez que te vería sería antes de que regresaran Los Destruidores. Creo que era inevitable, pero cuando ese día llegó, no estuve tan asustado. Algo me dice que fue gracias a ti.

La última vez que viniste a verme, traías contigo a un retoño. Te agarraba con su pequeña ramita, siguiéndote de cerca. Era igual a ti cuando eras un retoño.

El retoño y tú se acercaron y se detuvieron cerca. Me acompañaron en silencio. El tacto de ti sobre mis raíces me hizo pensar que, por primera vez, me estabas escuchando y eso me alegró.

Ese día La Semilla se escondía vagamente tras algunas nubes. Quizás mi madre se nos uniría, pero era difícil saberlo. Mensajeros paseaban en la cercanía. Llevaba años sin escucharlos cantar.

La Semilla estaba llegando al horizonte cuando El Retoño se levantó y se acercó a mi tronco. En un movimiento que me era muy familiar, vi cómo sus ramas se sostuvieron de mi tronco, y empezó a subir como lo intentaste tú hace tanto tiempo.

Antes de que pudiera fallar, te vi detrás suyo, para sostenerle antes de la caída. Tomaste al Retoño con delicadeza y lo cargaste de tus ramas. Con una risa melódica, empezaste a subir. Y esta vez, llegaste sin caer.

El atardecer bañaba al vestido de mi madre, que nunca llegó. Las luces sobre los pliegues rugosos y los rayos de La Semilla en el borde del horizonte nos otorgaban el mejor atardecer que había tenido. Despedimos al día y a La Semilla con la canción que tarareaba tu Retoño. Como había sido desde siempre, La Noche y su Fruta llegaron. En ese momento recuperé el valor que había perdido, y no tuve miedo. Mi Padre Viento te sopló una despedida. Pensé que había olvidado cómo bailar, pero rápidamente me di cuenta de que ese tipo de cosas nunca se olvida. Esa noche, bailé hasta el amanecer.

CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN

POR: ELISEO MONTERREY

PANAMÁ

El despreciable tic tac del enorme reloj color ébano arrinconado en una esquina de la sala de estar, seguía su curso, con cada segundo emitido por aquella bestia del tiempo, se podía oler la muerte cual fragancia de crisantemo. Eduardo, preso de la impotencia y el dolor, con los ojos repletos de lágrimas observaba cómo su abuela cedía poco a poco su lugar en el mundo de los vivos. La agonía de Gisela empeoraba conforme pasaban las horas, nada podía hacerse para aliviar su dolor. Le diagnosticaron un cáncer severo en etapa cuatro, descubierto muy tarde por supuesto, cuyo desenlace sería la muerte y solo quedaba esperar de manera tortuosa a que La Dama del Olvido llegara reclamando el alma de la anciana.

Gisela había perdido a su esposo, Javier, hacía poco más de diez años y en ocasiones sentía que él la observaba o simplemente la acompañaba durante sus horas de aislamiento. A veces (y no sabía si era parte de su trace) veía la sombra de lo que parecía ser un gato. Era raro porque nunca tuvieron uno, pero a medida que pasaba el tiempo, decidió ignorarlo. Estaba consciente de que pronto fallecería y podría reunirse con su amado en la eternidad. Lo único que le causaba pesar era dejar solos a su hija y a su amado nieto. La vida había sido muy dura con ellos, Gloria quedó embarazada de un infeliz que la abandonó días después de enterarse de la noticia y a ella le tocó levantar a su hijo, Eduardo, con el apoyo de sus progenitores. Eduardo era un joven rebelde que vivía su vida luchando con sus demonios internos al no aceptar

su condición de homosexual, lo cual le acarreo riñas y problemas de todo tipo.

—Mi abuela se debilita segundo a segundo, ya no tose y su respiración es entrecortada.

—Lo sé hijo, me duele tanto como a ti y ya no tengo idea de qué hacer para aliviarle un poco la agonía.

La noche larga y lúgubre siguió su curso, pasaron un par de horas y justo antes del amanecer mientras Gloria y su hijo yacían dormidos a los pies de la anciana, una fría corriente se coló por una de las ventanas que se encontraba abierta, los perros del vecindario aullaron y los animales nocturnos se refugiaron en las sombras. La Dama del Olvido, señora que gobierna los planos terrenales y espirituales llegó buscando el alma noble de la anciana para llevarla al descanso eterno reservado para aquellos que bien obraron en la tierra durante su paso. La Dama del Olvido levantó su velo y acarició la mejilla de la moribunda, arrancándola del mundo de los vivos. No hubo más dolor, solo paz.

La muerte dedicó una mirada vacía a los dolientes dormidos en la parte inferior de la cama y con un movimiento sutil, abandonó la habitación dejando una leve brisa con olor a sándalo que meció las cortinas de la habitación despertando al hijo y a su madre, ambos se sobresaltaron al percibir ese misterioso aroma en el ambiente. Observaron la habitación para luego posar sus ojos sobre el rostro de la anciana. Lo inevitable pasó, Gisela había muerto.

—Se... se fue sin decir adiós —balbuceó Gloria antes de proferir un alarido de dolor.

—Descansa en paz, abuela Chela.

Pasados tres cuartos de hora, la casa estaba repleta de familiares, amigos, vecinos y allegados. Eduardo había decidido acompañar el cuerpo de su abuela hasta la morgue para los trámites correspondientes como tantas veces se lo prometió en vida. Gloria se quedó en casa para adelantar los preparativos del sepelio y atender a los invitados. El endemoniado reloj color ébano martillaba los tímpanos de los presentes con su constante tic tac. Gloria detestaba dicho reloj. Sin embargo, no se deshacía de él ya que era una reliquia de su padre.

Bajo un cielo encapotado, repleto de nubes grises y luego de un emotivo sermón que llamaba a la unión y al amor familiar por parte del sacerdote, el cortejo fúnebre terminó en el cementerio municipal de Buenaventura. Gisela Lara, viuda de Betancourt, fue sepultada junto a su amado esposo. Desde ese preciso instante ambos cuerpos yacían inertes bajo cúmulos de tierra sirviendo de alimento a los gusanos del suelo. El dolor que embargaba a Gloria y Eduardo era abrumador, no había palabras de consuelo para una madre y su hijo quienes acababan de perder al pilar de su hogar, la luz de sus vidas.

A la mañana siguiente del sepelio, Gloria se percató de que no contaban con el certificado de defunción de Gisela, por todo lo acontecido tuvo oportunidad de siquiera plantearse retirar dicho documento que solo servía como recordatorio de que su madre se había ido de este mundo al encuentro de su amado Javier más allá de las estrellas del oscuro firmamento. Tratando de organizar sus pensamientos y recobrar la compostura, pidió a su hijo que se encargara del trámite del certificado de defunción de Gisela.

—Si quieres iré a solicitarlo más tarde, aún tenemos que ordenar todo y pasar por el cementerio a llevar las flores restantes, en especial ese extraño arreglo de orquídeas azules que alguien colocó sobre el reloj de ébano del abuelo. Eduardo trató de hacer memoria, pero no lograba recordar quién pudo haber dejado ese singular

arreglo de orquídeas sobre el viejo reloj de su difunto abuelo, ese raro artefacto siempre lo perturbó, le causaba miedo tan solo verlo. Desde que tuvo uso de razón ese extraño aparato adornaba la sala de su casa, según su madre había sido un regalo entregado por las autoridades locales cuando Javier, en los años sesenta, formó parte de una expedición en las ruinas de un viejo monasterio al norte de España en un pueblo fantasma llamado *Santimar*.

—Iremos mañana hijo, hoy tenemos mucho por hacer, recuerda que a mamá le gustaba tener su casa reluciente. No quisiera quedarme aquí tan sola, prefiero acompañarte.

Con la llegada del alba, Gloria y Eduardo se encaminaron en dirección a las oficinas del Tribunal Electoral de Panamá con sede en Buenaventura. Pasados algunos minutos fueron atendidos por una funcionaria que, al observar la cédula de identidad de la occisa, su cara reveló confusión.

—Disculpe señorita, ¿pasa algo? —Consultó Eduardo al ver el desconcierto dibujado en el rostro de la mujer.

—Ustedes me disculparán señores, pero el certificado de defunción de la señora Gisela Lara de Betancourt fue expedido el día de ayer y entregado a un familiar directo, permítame consultar con el funcionario encargado.

Tanto Gloria como Eduardo se sentían desorientados, ninguno de ellos había solicitado el documento y tampoco pidieron a nadie allegado a la familia que lo hiciera. La funcionaria pidió un momento para verificar, cuando regresó su confusión era mucho más evidente, ese rostro oval color aceituna se apreciaba pálido, parecía que transpiraba.

—Disculpe señorita, ¿podría decirnos el nombre de la persona que retiró el certificado de defunción de mi madre?

—Señora Gloria, aquí hay algo extraño, según me indican, la persona que vino ayer fue un señor mayor que vestía pantalones de mezclilla color negro, camisa guayabera y un sombrero pintado. Adujo ser el esposo de la occisa y que era hora de

regresar a casa.

Gloria y Eduardo estaban desconcertados ante tal comentario, ya que Gisela no tenía parientes cerca y menos alguien con esas características. Aquello dio inicio a una acalorada discusión por parte de los presentes.

—Silencio, por favor, señorita, eso no puede ser —agregó Eduardo levantando la voz para imponerse a la disputa. —Mi abuelo tiene poco más de diez años de muerto, esto debe ser un error.

—Les puedo asegurar que eso fue lo que pasó. Un adulto mayor vino ayer y fue atendido por uno de mis compañeros. Él podría esclarecer este asunto, pero no se presentó a trabajar hoy y en su casa nadie responde el teléfono.

Una nueva discusión por parte de Gloria, aquella mujer y otros funcionarios que se habían acercado estaba próxima a iniciar.

—Un segundo por favor —solicitó Eduardo agitando las manos sobre la cabeza. —Señorita permítame mostrarle una imagen para ver si se trata de la misma persona.

Con manos temblorosas extrajo el celular del bolsillo izquierdo de su pantalón y le mostró la foto de su difunto abuelo a los funcionarios que se habían acercado. En la foto se apreciaba a Javier vistiendo un pantalón de mezclilla, cutarras, camisa guayabera, un sombrero pintado y en la comisura de los labios, su inseparable pipa para fumar tabaco. La vestimenta era exactamente igual a la descrita por la funcionaria.

—¿Es este el hombre del que habla? —Consultó rogando al cielo que fuese un malentendido, él se consideraba agnóstico y estaba seguro de que los muertos no regresan a este mundo.

—Estoy casi segura que se trata de él, lo digo por la vestimenta y sus facciones. Este señor vino ayer pidiendo el certificado de defunción de su esposa y se lo entregamos una vez concluido el trámite correspondiente.

Gloria por poco se desmaya aferrándose a los brazos de su hijo para no caer, Eduardo por su parte respiraba entrecortado. Nada tenía sentido. Javier Betancourt falleció poco más de diez años y esa foto fue tomada una semana antes de su muerte.

—¡Carajo, esta es una broma de muy mal gusto, no deben jugar así con el dolor ajeno!

—Señora, somos una entidad seria y jamás haríamos algo así —interrumpió el asesor del magistrado que se había acercado para brindar apoyo. —El señor que aparece en esa imagen llegó ayer en horas de la tarde, estábamos próximos a cerrar las oficinas cuando vino. Su mirada era un tanto rara, pero sonreía con candidez. Él solicitó el certificado de defunción de la señora Gisela. Nos mostró su cédula de identidad personal y el acta de matrimonio.

Tanto Gloria como su hijo se encontraban en un alarmante estado de shock, aquello era imposible, Javier había muerto hacía mucho tiempo, era solo una masa amorfa de huesos y polvo dentro de un féretro que yace bajo un cúmulo de tierra en el cementerio de Buenaventura.

—¡Por un demonio mi padre está muerto! ¡Él jamás pudo haber venido porque está muerto carajo! ¡Muerto!

Mientras los familiares de los difuntos y los funcionarios del Tribunal Electoral seguían discutiendo, afuera del edificio junto al ventanal de cristal de la entrada principal, un gato negro con una mancha dorada sobre el ojo izquierdo, observaba atento la discusión, su cabeza se ladeaba de forma sutil siguiendo los movimientos de los labios de los allí reunidos. En las inmediaciones del lugar, un leve aroma a sándalo llegó traído por el viento del este, rozando el pelaje oscuro del felino el cual se irguió sobre sus patas, dejando al descubierto una orquídea azul marchita. El gato se encaminó al estacionamiento con dirección al auto de Gloria Betancourt en una sombría tarde de agosto donde el calor abrasador y la humedad se mezclaban con el dulce aroma a muerte.

URDIMBRES DE REALIDAD Y FICCIÓN

POR: MARÍA PÉREZ-TALAVERA

VENEZUELA

Vientián, 15 de mayo de 2023 – Los que conocemos al maestro Enrique Jaramillo Levi, sabemos que no para: no para de leer, de editar, de promocionar, de crear, de proponer, de enseñar, de opinar, de trabajar, de tallerear, pero, sobre todo, no para de producir literatura. No sorprende que en los años de la pandemia, privado de su agenda social y cultural de rigor, se haya volcado a su instinto primario.

Escribir. Escribir. Escribir.

Urdimbres nace, pues, bajo sometimiento, el de la humanidad entera enclaustrada y restringida; bajo amenaza; bajo presión, incertidumbre, desconcierto, enfermedad, dolor, desesperanza, y muerte. Urdimbres ve la luz cuando el mundo estaba sumido en la oscuridad. Urdimbres cobra vida cuando todo individuo, ante la imposibilidad de estar afuera, no tuvo más opción que ver hacia adentro. Confrontarse a sí mismo.

En este nuevo libro, Enrique Jaramillo Levi, se habita.

Urdimbres es una alegoría preciosa. Jaramillo Levi urde con destreza un entramado de temas recurrentes en su obra con la desconcertante realidad de la pandemia que él mismo, como autor de Urdimbres, está viviendo mientras escribe, y así vemos la superficie del entramado templarse con relieves que nos muestran el rostro de Enrique –su barba, sus lentes, sus cejas rebeldes, su perfil cavilante–cuando aparece en la ventana metaficcional en la que tanto le gusta asomarse.

Setenta y tres cuentos tiene este libro. Cuentos redondos confeccionados con una brevedad y precisión que me recuerdan las competencias de cubos de Rubik en las que los prodigios resuelven tantas caras de colores en menos de cinco segundos.

Tal y como en la resolución de uno de estos cubos, en *Urdimbres*, a medida que la lectura avanza, se van creando conglomerados de temas que parecen agruparse magnéticamente. Estos remolinos de recurrencias temáticas, se desplazan sobre la realidad que Jaramillo traspone al lector—el encierro, el letargo, el miedo, la somnolencia, el paso inclemente y desconcertante del tiempo—, y responden a su propio algoritmo.

Algunos de los temas en los que indaga no son ajenos a su obra, como la metaficción, la política, las situaciones fantásticas y criaturas extrañas -muertos, espectros, fantasmas, extraterrestres-, la enfermedad, muerte, vida después de la muerte, y lo erótico. Sin embargo, también es destacable la curiosidad del autor por temas nuevos o que ha explorado sin prominencia anteriormente. Rescato de ellos la liberación femenina, la pandemia, LGBTQ+; la somnolencia y lo onírico, el bullying y la venganza. Cada uno de ellos se repite, se combina habilidosamente en el entramado con otros temas conocidos, y así se van desplazando a través del libro como un hilo conductor hasta el “Cierre”, último cuento titulado así, que no podría ser otra cosa que metaficcional, y en el cual el autor se embebe en su obra magistralmente: “En este cierre, para bien o para mal, la escritura soy yo.” De nuevo: él se habita.

Jaramillo Levi tiene más años que cuentos este libro y, en su experimentación literaria no solo demuestra su versatilidad técnica, sino que también trata temas de actualidad sin intimidaciones. Bien sea encuentros sexuales no tradicionales —tríos, orgías, homosexuales, bisexuales, y hasta una especie de necrofilia espectral inversa donde es el fantasma quien toma sexualmente al objeto del deseo, aún en vida—, la liberación femenina en varios ámbitos—sexual, doméstico, profesional, con mujeres protagonistas que quieren pertenecer al movimiento #metoo—, o la pandemia misma.

Pero, ¿qué es lo que urde Jaramillo Levi en esta producción literaria?

Pareciera que el temple del entramado que teje el autor con destreza maquina viene del contraste. Contrastes que parecen representar los extremos de cada hilo de su entramado. Los contrastes que despliega en sus cuentos se ven reflejados de manera expositiva e incluso, práctica. Y es que cuando asoma las preocupaciones del autor—un escritor jubilado que vive en plena realidad pandémica— a través de recursos metaficcionales, inmediatamente crea un contraste entre realidad y ficción, propiciando así parte del temple que necesitan las cuerdas de su entramado. Además, también lo aplica a la inversa—hace pensar al lector que lo real está en la página, y el recurso metaficcional irrumpe entonces en lo fantástico, que es a su vez la realidad del autor y, por ende, del lector.

Otras formas de contrastes que se muestran en *Urdimbres* son:

La vida y la muerte

La vida y la muerte son probablemente los conceptos más ampliamente explorados en la literatura. En *Urdimbres*, la vida y la muerte no son necesariamente extremos, si no más bien fases maleables en las que es perfectamente posible la vida después de la muerte, voces que siguen resonando desde el más allá, o una regresión del tiempo que rejuvenece a plena consciencia hasta regresar al individuo al vientre de la madre. Jaramillo Levi introduce este concepto no perecedero en varias tramas, y la mayoría de ellas retan al lector al poner en contraste las percepciones que comúnmente

tenemos de la vida y la muerte: Un hombre salva la vida de su madre matando al padrastro (Su turno). Tras escenas de fin de mundo, ocurre una alteración en el paso del tiempo en Panamá que, en vez de acabar con sus habitantes, los vuelve inmortales (Anomalías). Un escritor enfermo tiene un bloqueo que no le permite escribir. Se da cuenta, flotando sobre su cuerpo, que está muerto y es imposible regresar a él (Hoy es distinto). El testimonio de quien vive después de la muerte, voces que resuenan después de la muerte (Por ahora y No es fácil). Un hombre muere envenenado por su esposa. Vuelve en forma de espectro a aparecerle a ella y su amante mientras fornican –acto en el que aprovecha de tomar parte– matándolos a los dos del susto (Dos pájaros). Un escritor muere cuando una tarántula de sus ficciones le come el cerebro (Materia prima).

Lo cotidiano y lo extraño

En Urdimbres, la irrupción de lo extraño altera lo que consideramos normal y genera un contraste entre lo cotidiano y lo desconocido. Jaramillo Levi no se vale solo de recursos fantásticos para generar una atmósfera disruptiva. La integración eficaz de la violencia, la muerte, o una percepción ofuscada de la realidad juegan un papel rompedor en sus historias. Algunos ejemplos son: la historia del primer astronauta panameño que roba una roca lunar que atesora en casa. Meses después se da cuenta de que la roca ha crecido y expulsa súbitamente a una extraña criatura que lo ataca ferozmente y huye por la ventana (Luna llena). Un hombre sale a caminar al parque tras un largo encierro por la pandemia, para darse cuenta en su primera excursión a la nueva normalidad, que ha muerto (Tres pasiones). El Papa Francisco recibe de manos de una criatura extraterrestre la responsabilidad de develar un gran secreto a la humanidad y alertarla de los peligros venideros (El llamado). Un hombre mayor que, en medio de su cotidianidad y su rutina nocturna, se da cuenta de que ya no existe cuando no puede ver su reflejo en el espejo (Indefensión).

El machismo y la liberación femenina

En Urdimbres, llama la atención las numerosas historias de liberación femenina siempre bajo el yugo de una sociedad machista. Abundan los personajes mujeres que se rebelan contra un sistema viciado y opresor que las doblega en todos los sentidos pero, sobre todo, en lo sexual.

Hay una prominencia de cuentos que contrastan el machismo y el patriarcado, con mujeres “protagonistas libertarias de la vida”, como se llaman en el cuento Obviamente, yo no, que asoman un posible cuestionamiento sobre la representación de género tradicional, destacando las desigualdades, por parte del autor.

Vale la pena mencionar algunas de esas historias: una mujer que, en sus sueños, se libera sexualmente y practica sexo con numerosos amantes de ocasión (Romper el hielo). Un marido celópata es asesinado por su mujer en pleno acto sexual cuando la obliga a hacer un trío (En un descuido). Un personaje femenino rechaza la vida doblegada que el autor que la crea le impone vivir. Se subleva entonces contra su creador suicidándose y desapareciendo del texto (Dame mi libertad). Una joven emprende un viaje con un desconocido que la recoge en la carretera, ella lo seduce, lo deslumbra, lo roba y se marcha (Ahí empezó todo). Una tartamuda que fue víctima de bullying en la escuela, es pretendida sexualmente por su mayor victimario ya en su adultez; oportunidad que la mujer aprovecha para vengarse (Nunca es tarde cuando la dicha es buena). Una científica china se empeña valientemente en exponer detalles del origen de la pandemia de COVID-19, acto que le cuesta su libertad, la de familiares, y finalmente, su propia vida (La viróloga china). Recuento de un feminicidio y uxoricidio (La taza de café). Un grupo de secuestradores abusan de

una víctima mujer que disfruta ser complacida sexualmente por varios. Más allá de la muerte, uno de ellos busca venganza contra ella y su actual amante (Final de un secuestro). Una mujer víctima de violación grupal es condenada injustamente en un sistema en el que el sometimiento sexual la hunde y, posiblemente, la salve (Obviamente, yo no).

Otros temas que se urden en base a contraste son lo onírico y lo real, el aletargamiento y las ganas de vivir, y, por último, lo nuevo (o joven) y lo viejo.

Urdimbres es un libro importante en la obra de Jaramillo Levi porque encarna un cuestionamiento mordaz y cristaliza un leitmotif. Parte de lo impronunciado es ¿qué es real? En épocas convulsas como el mundo post-pandémico en el que vivimos, los límites de lo posible se expanden, se desdibujan o se borran. Y, como hemos visto tantas veces en la historia de la humanidad, la literatura juega un papel premonitorio en lo real-imaginario, o en los urdimbres de realidad y ficción.

PAUL NASCHY: EL REY DEL FANTATERROR

POR: JOSÉ LUIS MONROY ANTÓN

ESPAÑA

Cuando los aficionados al cine de terror pensamos en Drácula, inmediatamente se nos viene a la cabeza la imagen de Christopher Lee. Si pensamos en Frankenstein o la Momia, a quien visualizamos es a Boris Karloff, o incluso a Robert de Niro en la adaptación del monstruo de Mary Shelley que hizo Kennet Branagh en 1994. Pero ¿a quién vemos cuando pensamos en el hombre lobo? Probablemente los estadounidenses con cierta cultura cinematográfica piensen en Lon Chaney Jr (*El hombre lobo*, 1941), y los más contemporáneos en Benicio del Toro (*El hombre lobo*, 2010). Sin embargo, si ustedes quieren presumir de verdad de cultura cinematográfica, su mente debería pensar en Paul Naschy, el actor al que le cabe el honor de haber representado más veces en el cine el papel de hombre lobo. Jacinto Molina Álvarez, fagocitado por su alter ego Naschy, nació en Madrid en 1934. Probablemente su físico como deportista (campeón de España de halterofilia) aportó la virilidad que el papel requería en aquellos tiempos, y pudo ser también lo que le permitió actuar como extra en la superproducción de Nicholas Ray *Rey de Reyes* (1960). Y es que, antes de deleitarnos como licántropo, Naschy encarnó estos papeles de extra o actor secundario en películas como la anteriormente mencionada o, la también dirigida por Ray, *55 días en Pekín* (1963).

La figura de Naschy es tan grande que acercó el cine de terror español a los míticos productos de la Universal y la Hammer. Es el único actor que ha interpretado tres de los cuatro grandes monstruos del celuloide: Drácula (*El gran amor del conde Drácula*, 1972), la Momia (*La venganza de la Momia*, 1973), y el Hombre Lobo. También fue el jorobado en una adaptación moderna y libre de la novela de Víctor Hugo (*El jorobado de la morgue*, 1973). Solo le faltó Frankenstein, para completar un póker que ningún actor ha conseguido en la historia del cine. Probablemente a nadie se le ocurrió ese detalle, ni siquiera a él, pero su capacidad para meterse en la piel de cualquiera de estos monstruos a buen seguro que nos hubiera brindado un extraordinario personaje.

En 1968 protagonizó su primer papel como licántropo: *La Marca del Hombre Lobo*, haciendo popular a Waldemar Daninsky, sujeto de la maldición, que continuaría dándole satisfacciones en sucesivas producciones, de las que el propio Molina era guionista. El doctor Jekyll de esta historia, Jacinto Molina, también desarrolló su faceta de escritor y director cinematográfico, especialmente en sus últimos años de profesión. La vasta extensión de su filmografía, principalmente como actor, podríamos afirmar que se sustentó en una especie de energía inagotable, pues rodaba varias películas el mismo año: su récord lo obtuvo en el año 1973, cuando trabajó en 10 películas. Como he mencionado anteriormente, eran tiempos en los que los materiales y las formas de trabajo en el séptimo arte contaban con presupuestos muy bajos, lo que obligaba a rodajes rápidos y montajes no todo lo profesionales que uno pudiera esperar. Roger Corman, en Estados Unidos, fue el alma mater de este tipo de cine que lograba hacer magia con unos cuantos dólares y cuya pretensión no era otra que entretener a los espectadores. El cine español de los años sesenta y setenta también tenía sus apuros financieros, por lo que se veía obligado a sacar muchos títulos para salir rentable en lo económico, y estas películas fantásticas, en las que además el punto erótico atraía al público en un momento político de cierto aperturismo, permitía subsistir a la gran familia del celuloide.

Por la vida de Naschy desfilaron no solo los monstruos clásicos, sino también otra serie de personajes que formaron parte de un género muy popular en aquellos años: el *Fantaterror* (cine fantástico y de terror producido en España en las décadas de los años 1960 y 1970, que recoge lo fantástico y lo terrorífico). Sin discusión, yo coronaría a Naschy como rey de este género. Tan pronto hacía de jorobado (*El jorobado de la Morgue*, 1973), como de joven asesino perturbado (*Agonizando en el Crimen*, 1967), que se enfrentaba como hombre lobo a una condesa vampira (*La Noche de Walpurgis*, 1971). Versatilidad como actor que le hizo participar en más de un centenar de películas. El *Fantaterror* bebía la sangre derramada en los terroríficos escenarios de la Hammer y la Universal (sus padres), y la devolvía a través de personajes como Daninsky. Durante estos años, directores como Jesús Franco, Leon Klimovsky o Carlos Aured, estos últimos dos de los principales realizadores con los que Naschy trabajó, se coronaron como el máximo exponente del género. Pero de todos ellos, no cabe duda que la historia del *Fantaterror* no sería la misma sin Paul Naschy.

Género éste, con sus actores y directores que fueron -y siguen siendo, lamentablemente- denostados por la crítica más purista, que no encontraban en ellos más que productos de ínfima calidad y sin comparación con otros más intelectuales que se rodaban esos años. Un cine que, además de contra esa crítica, tuvo que pelear contra las adversidades del terreno en el que jugaba, pues entre otras características, destacaba por estar realizado con bajos presupuestos, con efectos especiales burdos en la mayoría de ocasiones y con guiones sencillos y fáciles para el espectador. Sin embargo, derrochaba entusiasmo, y la gente como Jacinto Molina creía fervientemente en él. Como casi siempre ha ocurrido, este tipo de producciones tienen mayor proyección internacional que local, por lo que, en países como Alemania o Estados Unidos, menos escrupulosos en valorar las temáticas y las realizaciones cinematográficas de los campos del terror y la fantasía, fueron reconocidas por críticos y directores. Como ejemplo podemos poner a Quentin Tarantino quien le dedicó su particular homenaje a este género con un capítulo en *Kill Bill vol.1* (2003), titulado *La novia ensangrentada*, haciendo referencia a la película homónima de 1972, dirigida por Vicente Aranda.

Pero volviendo a nuestro protagonista, tras su indiscutible éxito dentro del cine de terror, Naschy vivió una época final de desencuentros y desavenencias con algunos de los que habían sido compañeros de profesión. Según él mismo cuenta en algunas entrevistas, muchos de esos directores se olvidaron de él y fue relegado por la industria. Podría decirse que esa marca del hombre lobo que le hizo famoso durante más de una década, se convertía en un estigma negativo, que le aislaba de lo que había sido su vida. Sin embargo, Naschy era luchador en todos los aspectos, y continuó desarrollando proyectos y dirigiendo películas (*El aullido del diablo*, 1987; *La noche del ejecutor*, 1992), y también participando como actor en producciones internacionales (*Rottweiler*, de Brian Yuzna, 2004), pero ya sin el tirón que había tenido como cuando encarnó a Waldemar Daninsky. A pesar de todos estos sinsabores al final de su carrera, en su haber constan premios de prestigio internacionales en festivales de cine en París, Londres o Washington y la Medalla de Oro a las Bellas Artes en 2001. En Madrid, su ciudad natal, también le llegó el reconocimiento en forma de placa conmemorativa en la casa donde residió en el castizo barrio de Chamberí, y en la que lo catalogan como “gran representante del cine fantástico español”.

Les recomiendo que, si no han pasado por la filmografía de este monstruo de la historia del cine, lo hagan. Encontrarán películas con guiones simples, efectos especiales infames, interpretaciones que dejan mucho que desear, pero verán un cine hecho con enormes dosis de fantasía y ganas de agradar al público. Y sobre todo verán a un actor que se dejó la piel en su trabajo y al que nunca se le estará lo suficientemente agradecido por colocar al cine español dentro de la órbita del género del terror. Por eso, cuando miren por la noche a esa luna llena que encierra tantos misterios, por favor, saluden a Naschy y denle las gracias por hacernos disfrutar del miedo.

BRUJA

Habitada por el viento
que en recinto cerrado
se pone a mecer tus cabellos,
nocturnas voces musitan
lapidarios dialectos
por el fluir de tus ojos.
Brilla y parece desvanecerse
el calor de tu piel
cuando platicamos de brujas
y un relámpago enciende
la punta de tu lengua.
Me convierto entonces
en la más fiel
de tus víctimas.

Enrique Jaramillo Levi
